

LAURENCE DEBRAY

---

*Hija de  
revolucionarios*



Lectulandia

En este libro sincero y directo, Laurence Debray ajusta cuentas con el pasado y relata el mito y la verdad de sus progenitores revolucionarios y de su propia vida. Y así, aparecen el padre ausente, la madre que prefirió ser libre que acabar encajonada en el papel de esposa de intelectual comprometido, su infancia austera y solitaria en París, el verano que pasó en Cuba en un campamento de las juventudes comunistas dedicado a la formación de perfectos revolucionarios, su estancia en Sevilla, donde Alfonso Guerra se convirtió en un padre adoptivo, y después su paso por Venezuela, Londres y la banca de Nueva York...

La autora combina con fluidez la mirada de una hija que escruta a sus padres, la sinceridad sin velos de los recuerdos más íntimos y la perspectiva distanciada de una historiadora que repasa una época de fervores revolucionarios, todo ello escrito siguiendo la contundente máxima de *El misántropo* de Molière que encabeza esta deslumbrante obra testimonial y autobiográfica: «Cuanto más se ama a alguien menos debe adularsele; el verdadero amor es el que nada perdona».

**Lectulandia**

Laurence Debray

# **Hija de revolucionarios**

ePub r1.0

Titivillus 02.05.2019

Título original: *Fille de révolutionnaires*  
Laurence Debray, 2017  
Traducción: Cristina Zelich

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

*Para mis hijos, Roxane y Samuel*

Cuanto más se ama a alguien menos debe adularsele; el verdadero amor es el que nada perdona.

MOLIÈRE *El misántropo*

# I. La emancipación

Nada quise saber durante mucho tiempo. Me la habían ocultado; era su historia. Cuanto menos sabía, más protegida me sentía. ¿Para qué hurgar en el pasado? Demasiado peso para cargar con él, demasiado molesto. Tenía una infancia por vivir, una vida por construir: preferí seguir adelante. Y avancé por la vida dejando «eso» de lado, en la orilla del camino.

En Venezuela, intenté armar el rompecabezas de mi familia materna. Atraída visceralmente por aquella tierra y apegada a aquella parentela, iba al acecho de las claves para entender. Mi madre no era muy esclarecedora: había huido de sus raíces y no había dejado de criticar su país natal, que la había decepcionado. Quizá incluso traicionado. Mi búsqueda, poco explícita y deshilvanada, me permitió sin embargo construir mis orígenes. Podía contar con la complicidad de mis numerosos primos y la indulgencia de mis tíos y tías, que, gracias a su afecto fiel y efusivo, constituían para mí un cordón umbilical indestructible con Venezuela.

Aquel país era mi edén: el único lugar sobre la tierra donde me sentía feliz. Me había apropiado de él paulatinamente con cada una de mis visitas. La llegada de Hugo Chávez al poder en 1999 —que se acompañó de una inseguridad alarmante y una rápida degradación de la situación socioeconómica— obstaculizó aquel idilio. Esto explica en parte mi antichavismo radical. Había seguido de cerca al joven militar golpista durante su campaña electoral, e incluso predije su victoria por haber recorrido los barrios de chabolas. La comida que tuve con él a solas no sirvió para tranquilizarme sobre el personaje: imposible no desconfiar de aquel populista de elocuencia enardecida. Por aquel entonces se pensaba que el agitador sería capaz de sanear un sistema bipartidista desgastado tras cuarenta años de estabilidad democrática excepcional. La gente no se había percatado del dominio de Fidel Castro sobre él: la revolución bolivariana se convertiría en un subproducto de la revolución cubana. Ver a tu patria naufragar resulta tan doloroso como ver apagarse a un ser querido. He sufrido ambas cosas con amargura.

En Francia, gracias a mis abuelos paternos, vivía en una protegida atmósfera burguesa y hogareña. Me contaban anécdotas familiares entre risas



y confesiones. Todo lo que era áspero o doloroso se suavizaba. Aquel mundo documentado, ilustrado con fotografías, encarnado en casas, marcado por algunas reuniones familiares, me daba seguridad. Podía situarme al final de un árbol genealógico.

Al contrario que mis padres, cuyas respuestas estaban hechas de ambigüedades y alusiones evasivas, mis abuelos siempre respondían a mis preguntas con detalle y seriedad. Me inscribían en una historia, la suya. Sin embargo, cuando abordaba el tema de la juventud de mis padres, me topaba con un muro. Entonces todo se volvía más enigmático: mis abuelos se mostraban reticentes, mis padres cambiaban de conversación. Mi padre tenía recuerdos vacilantes. Mi madre, evasiva, pretextaba las sutilezas complejas de la época que me impedirían entender del todo.

No se equivocaba. Nunca entendí nada, ni sobre su compromiso político ni sobre su vida disoluta. Eran mis padres, mi entorno más íntimo, pero aun así el más indiscernible. Eran —y siguen siendo— incomprensibles. Sus motivaciones —a excepción de tener tranquilidad para leer y escribir— siguen resultándome enigmáticas; sus alegrías, desconocidas; sus angustias, pictóricas y existenciales. Comparten un sentido analítico agudo y la sensación de ser unos marginados. Todo ser tiene sus misterios, por supuesto. A veces cae la máscara y se vuelve menos impenetrable. Pero no les importaba ser indescifrables. En los medios se hablaba de ellos, los veía en la televisión, pero en casa nada revelaban y explicaban aún menos. Yo me resigné a esa situación.

Más tarde deserté del seno familiar. Y a medida que fui avanzando en la vida, cada vez me interesaron menos. No compartíamos opiniones, ni ocios, ni ritos familiares. ¿Fractura generacional o incompatibilidad de carácter? «Ambas, mi capitán». Aquella distancia era conveniente para todos. Lo que ganaba en libertad, lo perdía en afecto. Y ellos protegían su tranquilidad.

Hay cosas que nos alcanzan cuando menos lo esperamos. Durante una entrevista en Madrid, con motivo del lanzamiento de mi biografía del Rey de España, Juan Carlos I, en el momento de su abdicación en junio de 2014, un periodista, joven y simpático, me preguntó si era la hija del intelectual francés acusado de haber entregado al Che cuando fue detenido en Bolivia. Le pregunté sobre su fuente. Wikipedia. Evidentemente. Reconduje la conversación sobre «mi» rey y salí corriendo a comprobar lo que había dicho. En efecto, el sitio web español de esa enciclopedia de referencia confirmaba las sospechas.

Al volver a París, le pedí explicaciones a mi padre. ¿Podía ser claro una vez por todas sobre aquel asunto? Sin bellas perífrasis, sin metáforas rebuscadas, sin referencias inteligibles que entenderían únicamente los académicos. Solo los hechos, sobrios y detallados. El silencio no ayuda a comprender. Tampoco el desprecio ante las difamaciones. «Tu madre lo hizo muy bien». Se refería al artículo publicado en *Liberation* en 2001, cuando la polémica alimentada por la hija del Che cobraba importancia. Edwy Plenel ya había denunciado aquellas «calumnias castristas» en la portada de *Le Monde* en 1996. «Pero, entonces, ¿por qué mi madre no aparece siquiera citada en el artículo de la Wikipedia?». «¡No tengo ni idea!», concluyó con su semblante ceñudo habitual. Su exmujer, su único testigo y memoria, sin lugar a dudas le estorba. Conoce las claves del mito. ¿Cómo construirse una leyenda ante la mirada de un censor? ¿Y cómo explicar a los que viven en otro mundo y en otra época hechos y gestos que pertenecen a un tiempo pasado?

Mi padre solo se ocupa de su obra. Para lo demás, delega. Estudia las diferentes formas de transmisión desde la mediología, disciplina de la que es fundador, pero se preocupa muy poco de los escándalos que deja a su descendencia. «¡Después de mí, el diluvio!». Ya se sabe, en casa del herrero, cuchillo de palo. ¿Qué hacer, pues, con esa sospecha que ensombrece mis orígenes? ¿Y si fuera la hija de un delator? ¿Y si hubiera vivido hasta ahora en la impostura? Una sensación de malestar se apoderó de mí. Y de repugnancia ante tanta cobardía y ambivalencia. Mientras los adolescentes, y los adolescentes eternos, enarbolan camisetas con el retrato de Ernesto Guevara por todo el mundo, el asunto seguirá siendo embarazoso... ¿Qué les contaré a mis hijos cuando les llegue la edad de la rebelión y la admiración por los revolucionarios?

En abril de 2015, volé a Cuba gracias a *Paris Match*. Se había convertido en un destino de moda desde la normalización de las relaciones con Estados Unidos. Una vez allí, resultó imposible escapar de mi historia familiar: pasé por casualidad delante de lugares donde habían vivido mis padres; de improviso me encontré con algunos de sus amigos. Mis recuerdos enterrados se arremolinaban. Ahí unos helados deliciosos, los más deliciosos porque acababa de salir de un mes de entrenamiento en un campamento de jóvenes pioneros donde los dulces no eran lo más frecuente. Yendo por el Malecón, emergió la reminiscencia de mi primer concierto al aire libre, de esa sensación tan rara de placer y emoción. Y ese viento caliente que te hace cosquillas en el cuello y anuncia lluvia. Pero al final me invadió un profundo sentimiento de desesperación ante la situación social del país. Se ha santificado al Che y a

Fidel Castro, pero los verdaderos héroes son los cubanos, que, con un sentido del humor y un ingenio sin igual, sobrellevan las dificultades del día a día. ¿Cómo es posible que mis padres aprobaran un proyecto político como aquel, fundado sobre la represión, la exclusión y el poder absoluto? ¿Cómo pudieron pensar que una economía establecida por funcionarios podía ser viable? ¿Pueden justificarse, en nombre de la emancipación y la igualdad, todas las decisiones erráticas?

En los años sesenta, mis padres eran jóvenes, atractivos, brillantes y revolucionarios..., y lo perdieron todo con la Revolución. O quizá fue al contrario: ganaron sabiduría —y notoriedad— más deprisa que los que no se «mojaron», los que se quedaron discutiendo pacíficamente de política en los cafés del boulevard Saint-Germain. Por implicarse demasiado, se les condenó para siempre a ser sospechosos a los ojos de aquellos que no lo hicieron, o que no creyeron en ello, y quizá incluso a los ojos de la historia. ¿Es este el reverso de la moneda de todo compromiso?

A mi regreso de La Habana, me permitieron acceder al archivo de *Paris Match*: artículos impactantes de estilo novelesco y grandes fotografías en blanco y negro que relataban la trágica situación de mi padre, encarcelado en un calabozo perdido en medio de Bolivia. Ante aquellos documentos, mi corazón se encoge: me emociona la seriedad, la dignidad de mis padres, la pureza y lo implacable de su compromiso. Le muestro a mi padre los vestigios de esa «prensa burguesa» que él tanto ha fustigado. Se encierra en el mutismo y por fin dice: «En aquella época era posible escribir reportajes extensos». ¿Es el pudor lo que le obliga a encerrarse de ese modo? En las entrevistas, lo resuelve diciendo: «La cárcel te ofrece una oportunidad formidable: tienes tiempo para leer y escribir». Pero durante su detención no siempre tuvo acceso a los libros ni tranquilidad para la reflexión. ¿Acaso esa alegre cantinela le permite conjurar los malos recuerdos? Esa experiencia puede ser anecdótica para ciertas personas, ya que muchos se han dejado la piel en ella, pero, en relación con una vida, resulta forzosamente determinante.

¿Un apellido implica valores? ¿La filiación supone obligaciones? Toda pertenencia es una cárcel; toda leyenda una servidumbre. «Debemos profundizar en nuestras pertenencias, cultivarlas, visibilizarlas. Y si la mirada de otro intenta transformar ese regalo original en una tara, entonces tenemos que [...] convertir la vergüenza en orgullo», dice Mona Ozouf. Programa ambicioso..., intimidante por su amplitud.

He escarbado para intentar comprender mejor el recorrido de mis padres, esos seres desgarrados y tan previsores como torpes. Para mostrarme más indulgente con ellos. Para asimilar su herencia simbólica. Yo que soy en todo lo opuesto a ellos: una familia estable, una existencia prudente, ordenada y organizada, lejos del poder y de la *intelligentsia*. Me encontré entonces con un laberinto de complejidades y sutilezas que he intentado desentrañar.

No soy testigo, ni especialista, ni mucho menos juez. Tengo el privilegio de conocer el final de la historia y de haber frecuentado a personas y lugares que son actores de esta aventura novelesca. Tengo la desventaja de estar convencida de los estragos que provoca el compromiso político en la existencia. De despreciar dicho compromiso cuando se convierte en arribista. Y de ser impermeable a la mística de la lucha y de los mañanas gloriosos. Los ideales no me hacen soñar: soy pragmática, realista y me baso en los hechos.

Durante una mudanza, reaparecieron testimonios de su pasado familiar. Mi abuela había dejado unos archivos que ilustraban unos recorridos animados y pictóricos. Con ocasión de un robo con allanamiento, comprendí que aquellas pruebas eran frágiles. Aquellos talismanes —fotos, notas manuscritas, recortes de prensa—, a pesar de estar bien conservados, eran volátiles. Hubo que compensar su desaparición, reorganizar lo que quedaba, fisgonear.

Mi instinto de historiadora me empujó entonces hacia los archivos. Pero resultaba más cómodo realizar una investigación sobre el Rey de España, todavía en funciones, que sobre las tribulaciones de mis padres en América Latina. Algunos archivos no se abrirán hasta 2051: ¡nada mejor para alimentar rumores y conspiraciones! Mi madre, preocupada por no traicionar sus compromisos de juventud y por proteger a mi padre —el divorcio no había mermado su lealtad—, aceptó responder a algunas preguntas, entre el bullicio de mis hijos y las comidas que nos prepara siempre con tanto talento.

Finalmente comprendí que jamás podría entenderlo todo ni saberlo todo. Muchos de los aspectos de las vidas de mis padres permanecen opacos. La verdad, según Mona Ozouf, no reside «ni en lo que se dice ni en lo que se escribe, sino en lo que se hace». Únicamente ellos conocen sus verdades. ¿Quién puede explicarlas en su lugar? ¿Son héroes o renegados? Supervivientes en todo caso. Pertenecen a una época en la que las estrellas no eran los presentadores de televisión o los futbolistas, sino los intelectuales comprometidos.

¿Por qué me excluyeron de su historia? ¿Deseaban ahorrarme el papel esclavo de guardiana del templo? ¿O fue porque yo no estaba a la altura de la

leyenda? ¿El sentimiento de culpabilidad propio de quien ha salido indemne de una catástrofe les impedía confiar en mí? De común acuerdo, no querían relacionarme con su pasado. Me gusta pensar que deseaban protegerme de él.

He descubierto hechos que no habría querido conocer. A veces el mito fantaseado es preferible a la cruda realidad. ¡Menuda idea realizar una investigación sobre mis padres en el momento en que empezaba a ser madre yo misma! La búsqueda de mi identidad llegaba con algo de retraso. Para protegerme, les consideré los héroes de una película de aventuras cuya historia, romántica, complicada y a veces dramática, acababa bien gracias a mi nacimiento. Aunque mi llegada acentuara el deterioro de una pareja y de un compromiso... He avanzado siguiendo el hilo de la comprensión y la lucidez, intentando no vacilar.

He aquí la crónica de una película que conjuga la pequeña y la gran historia.

Mi madre procede de otro lugar, de un lugar exótico, Venezuela, donde la desmesura es ley. Allí todo es extremo, tanto la vegetación exuberante —la selva densa del Orinoco, los Andes altaneros, las playas de tarjeta postal— como la sociedad, con barrios de chabolas sin fin que dominan las zonas residenciales elegantes y sus villas lujosas. La naturaleza también ha dotado a esta tierra de un suelo fértil y de gran abundancia. Venezuela es, ante todo, un país petrolero, hasta hace poco el más rico del continente. Se asienta sobre una montaña de oro negro, lo que constituye su fuerza y su debilidad. Mi madre no pertenece a la cultura del petróleo, americanizada y desacomplejada. Procede de un mundo anterior al petróleo, un mundo tradicional que vivía en las haciendas, al ritmo de las estaciones del año y de las cosechas de café y cacao, un mundo culto y refinado.

Don Salvador Tortolero embarcó en 1630 en Sevilla para hacer fortuna en las Américas. El Rey de España le concedió una propiedad en la región de Carabobo, que gozaba de un clima suave de montaña. Se beneficiaba de un apellido raro que significaba «el que se ocupa de las tórtolas», que por aquel entonces eran consideradas pájaros sagrados, mensajeros de Dios. Esta mística repercutía en la familia, consciente de su valor y de sus privilegios. Para evitar la parcelación de sus tierras fértiles, se casaron entre primos. A veces se aliaban con familias de comerciantes de Puerto Cabello, el segundo puerto del país. Así controlaban todos los eslabones de la cadena, desde la siembra hasta la exportación hacia Europa. En sus explotaciones, establecieron pueblos para cuidar del bienestar de una mano de obra entregada y sumisa. Llevaban una vida agradable de propietarios ilustrados.

Algunos herederos no se interesaron demasiado por los negocios de la familia y prefirieron ilustrarse en el dominio de la filosofía y las artes. Carlos Brandt Tortolero fue, a principios del siglo xx, un librepensador que pagó con creces su toma de posición en favor de la libertad de expresión en su periódico, ya que fue encarcelado en condiciones sórdidas bajo la dictadura de Juan Vicente Gómez. Durante su exilio en Europa, publicó entre otros títulos *El fundamento de la moral*, prologado por Albert Einstein, antes de convertirse, en Estados Unidos, en doctor en naturopatía y fundador del

movimiento vegetariano. La correspondencia que mantuvo con Tolstói, George Bernard Shaw o Gabriela Mistral alimentó su reflexión, recogida en unas cuarenta obras publicadas a lo largo de su vida. Aquel hombre alto, de expresión seria, porte aristocrático y rigor de asceta fue demasiado adelantado para su época y su país como para poder saborear la gloria y el aprecio de sus compatriotas. Mi madre tuvo la suerte de conocerlo y apreciarlo, de percatarse de las marcas de grilletes en sus tobillos, de valorar su valentía y originalidad. Solo después de su muerte, acaecida en 1964, fue reconocido y se le rindió homenaje.

Su hermano menor, Augusto Brandt Tortolero, se interesó por la música y llegó a ser admitido como becario en el conservatorio de Bruselas, donde consiguió el primer premio. Aquel violinista de gran talento tampoco soportó el sesgo autoritario y represivo bajo el que vivía el país. Huyó de la dictadura para convertirse en primer violín y luego en director de la orquesta de Nueva York. Compuso sobre todo melodías románticas que le valieron la fama a su regreso a Venezuela en 1935, tras la muerte del dictador.

Mi madre tenía antepasados ilustres, de los que nunca presumió, o terratenientes, ligados a una región pero sin perder de vista el mundo, que padecían los avatares políticos pero administraban de la mejor manera posible su propiedad. Hasta que Néstor —el abuelo de mi madre—, que administraba la explotación familiar, murió brutalmente aún joven, en 1920, dejando a su esposa María, encinta e inocente, con cuatro hijos, de los cuales el mayor resultó ser un despilfarrador y un irresponsable.

María esperaba dar a luz a un niño, pero tuvo una niña, Néstar, llamada así en recuerdo de su difunto marido y a la que colocó enseguida en un internado de monjas. María era capaz de cantar todas las estrofas de «La Marsellesa» y mantener con buen gusto su casa, pero se vio agobiada por la educación de sus hijos mayores y los problemas que engendraba una propiedad demasiado grande para ella. La hermosa hacienda de café, tabaco y cacao, que había permitido a tres generaciones de Tortolero hacer llegar de París vestidos elegidos sobre catálogo y beber champán francés las noches de fiesta, fue extrañamente donada a la Iglesia. María había buscado consuelo en la religión. Los hombres de fe le prometieron como compensación una pequeña renta, además de asumir la instrucción de la menor de sus hijos, Néstar. También se ganó un lugar en el cielo. Fue así como se destruyó la obra de toda una dinastía, construida a lo largo de dos siglos. Ningún primo pudo hacer valer sus derechos contra el control del clero; ningún tío consiguió llevar a buen puerto recurso alguno contra la Iglesia. La familia acorralada se

instaló en la ciudad, en Valencia, la segunda urbe del país, que estaba saliendo de su aislamiento y se estaba modernizando, y dejó atrás aquella propiedad, aquel rinconcito de paraíso perdido y su arte de vivir, apacible y delicado, que acaparó el imaginario familiar y acaparará el mío hasta hoy. Desde entonces somos todos unos desarraigados. Y nos sentimos desorientados.

En cuanto salió del convento, Néstar, mi abuela, una hermosa joven de tez blanca y grandes ojos verdes, se enamoró del primer donjuán que pasó. La pareja se instaló en una casita en Valencia. Después de cuatro hijos, la mayor de los cuales fue mi madre, nacida en 1941, y seis años de matrimonio, el señor Burgos, hombre de negocios aficionado a la bebida, vendió la casa familiar y se fue para fundar otro hogar, dejando sin recursos ni techo a una prole muy joven a cargo de una mujer desvalida. Nunca más se le volvió a ver. Después abandonaría otros dos hogares. He oído hablar de él en contadas ocasiones; incluso los reproches habrían supuesto un honor demasiado grande. No conozco la expresión de su rostro. Nuestros caminos nunca se cruzaron. No he tenido un abuelo materno. Y mi madre nunca tuvo que enfrentarse a la autoridad paterna.

Néstar se refugió con sus hijos en casa de una hermana, dejando a la mayor, Elizabeth, con su abuela María, para que siguiera su escolarización en un centro de muy buena reputación, dirigido por una congregación de monjas francesas, Saint-Joseph de Tarbes, que veneraban a la Virgen de Lourdes. Y también para liberarse de una carga, ya que la madre abandonada sobrevivía con dificultad participando en la campaña de alfabetización, dando cursos de costura y vendiendo bordados.

Don Carlos Mazziota, un elegante viudo italiano que vestía trajes de lino blanco y había conseguido prosperar en sus negocios, se enamoró de aquella madre soltera, hermana menor de su contable. Fue a buscarla en su Cadillac negro para instalarla, con su prole, en una casa tan grande que tenía un patio con veinte árboles de mango. Néstar habría podido alegrarse de aquella nueva situación que le permitía proteger a los suyos. Además, la ferretería de su cuñado, en la que ayudaba como dependienta, no estaba lejos. Pero ¿se mostró don Carlos Mazziota demasiado insistente o fue el orgullo lo que impidió a Néstar vivir bajo la sumisión y la dependencia? El caso es que acabó por abandonar al pretendiente, su casa, su fortuna y su benevolencia. Todos condenaron esta decisión impulsiva, que fue tildada de irresponsable. Sus hijos nunca se lo perdonaron.



Néstar se obstinó en celebrar un mal matrimonio con un primo lejano, Rafael, conductor de camiones y manitas, excluido del círculo familiar por ser fruto de una relación ilegítima con una criada negra. Néstar se instaló en la periferia pobre de Valencia con aquel hombre, pobretón, más amable que su primer marido, con el que tuvo dos hijos. A él tampoco llegué a conocerlo. Su presencia nunca fue inmortalizada en una foto. Néstar aparece con expresión melancólica entre un montón de niños, pero él nunca está. Mi madre vivía sin figura paterna y con una madre desbordada por la vida y por sus seis hijos a los que alimentar. En casa, a la hora de comer, los buenos modales se observaban aunque los platos estuvieran vacíos, se expresaban correctamente aunque no tuvieran invitados, apreciaban las cosas bellas aunque no pudieran adquirirlas.

La hija mayor, Elizabeth, ayudaba a su madre lo mejor que podía, ocupándose de sus hermanos pequeños después de hacer sus deberes. Pero un día se hartó de ser un ejemplo, y aquella adolescente, menuda a fuerza de comer solo fruta y arroz, con un corte de pelo a lo garçon que enmarcaba unos ojos negros de mirada triste pero decidida, se rebeló. No quiso asistir más a la misa dominical. Aquel primer gesto de insumisión fue tolerado. El cura de la parroquia, indulgente y perspicaz, amigo de la familia, que en el pasado había ejercido en Dinard, no se ofendió. «Las reflexiones de esta joven se inscriben en el pensamiento del Siglo de las Luces. Tiene un porvenir ya trazado en Francia», le explicó a Néstar, animándola a conceder más independencia a su oveja descarriada.

Mi madre se instaló en casa de una tía, y dormía en la biblioteca. Por la noche devoraba las novelas rusas y francesas del siglo XIX, y de día, los periódicos. Apreciaba la compañía de su primo de mirada penetrante y sonrisa dulce Teófilo José, empapado de literatura, música y política, que se convertiría en un poeta reconocido. También frecuentaba a sus vecinos, polacos, lituanos, alemanes, italianos, y disfrutaba en sus casas del modo de vida a lo europeo.

El dictador Marcos Pérez Jiménez había llamado, al terminar la Segunda Guerra Mundial, a una mano de obra cualificada para modernizar aquel país de cinco millones de habitantes que gozaba ya del maná petrolero. Venezuela integraba a aquellos inmigrantes a la misma velocidad que se construían carreteras, puertos, aeropuertos, líneas de ferrocarril, presas, que surgían flamantes campus universitarios, que aparecían localidades turísticas costeras y que cambiaban de aspecto los centros urbanos. Al mismo tiempo que se producía la rápida urbanización de la población —en 1940, el 60% de la

población era rural; veinte años después, el 60% de la población era urbana —, se construyeron resplandecientes aglomeraciones urbanas para trabajadores, en las que las condiciones de vida eran tan importantes como la armonía arquitectónica. Los desfiles militares celebraban las innovaciones e inauguraciones. Una nación nueva brotaba velozmente a pesar de la represión política y la corrupción.

Con apenas quince años, la joven Elizabeth se emancipó: se afilió a las Juventudes Comunistas, organización clandestina que tenía el mérito de permitir el trato con hombres modernos, cultos, abiertos, y de prometer un horizonte de libertad. ¿O se trataba en realidad de expiar su malestar? Se ahogaba bajo el control de la Iglesia, del colegio represivo de monjas —donde era una alumna brillante— y de su madre, en una sociedad sometida a una estrecha vigilancia ideológica y social.

Fue elegida por la Juventud Comunista para participar en el Festival Mundial de la Juventud y de los Estudiantes, bienal organizada desde 1947 por el Partido Comunista soviético. La dictadura de Pérez Jiménez había caído el 23 de enero de 1958, y los barbudos tomaron el poder en Cuba un año después: el tiempo de las esperanzas había llegado. La democracia venezolana balbuciente liberaba los espíritus e incitaba a la emancipación individual. Mi madre aprovechó la oportunidad que le ofrecía el PC para soltar amarras hacia Europa, con su título de enfermera en el bolsillo. Aunque todavía era menor, su madre no le impidió irse. Sin duda la envidiaba por emprender aquel periplo, ella que nunca había salido de las fronteras de Venezuela. En aquella época, no existían los chárteres: cualquier viaje lejano adquiriría la apariencia de una expedición extraordinaria.

En 1959, tras aterrizar en Roma, viajó en tren a Viena, donde le esperaban conciertos de bienvenida y talleres de reflexión anticapitalista. Pero prefirió recorrer los museos vieneses y frecuentar los cafés. Gracias a la solidaridad del PC, pudo proseguir su aventura hasta Moscú. No esperaba descubrir el subdesarrollo y la tristeza en los rostros, ella que acababa de dejar un país del trópico donde se bailaba incluso cuando todo iba mal y donde las comodidades estadounidenses se habían convertido en norma.

De regreso a Roma, el tren se detuvo en Venecia. Subyugada, descendió y se instaló en la pensión más barata del barrio de la estación. Telefoneó a su madre para prevenirla de que no iba a volver, al menos no de inmediato, y se encaminó hacia una pequeña trattoria donde conoció a unos italianos que sabían de Venezuela porque un miembro de su familia había emigrado a ese país. Fue a comer allí con regularidad y se dedicó a recorrer la ciudad durante

varias semanas antes de viajar a París, donde pensaba encontrarse con los jóvenes venezolanos comunistas que había conocido en Viena. Fue fácil; las células comunistas eran tan eficaces como hoy las redes de Facebook.

Aquella flacucha de larga melena negra y tez de color ámbar, que algunos habrían podido considerar frágil y tímida, no dudaba de nada. Allí estaba en la Ciudad Universitaria Internacional en compañía del que se convertiría en el crítico de arte más famoso de Venezuela, Roberto Guevara. Se introdujo en el círculo de los pintores y escritores, disfrutó de la vida bohemia parisina con pasión y saboreó los restos gloriosos de una cultura que iniciaba su declive.

París era por aquel entonces la capital de la literatura latinoamericana: Cortázar, García Márquez, Vargas Llosa buscaban el calor de los cafés mientras escribían sus primeras novelas. Mi madre, la más joven del grupo, y a menudo también la única mujer, encontró un trabajo de *au pair* en la place Saint-Sulpice, en casa del agregado de prensa de la embajada de Estados Unidos, al que no parecían importar demasiado las opiniones políticas de sus empleados. Las instalaciones sanitarias eran más nuevas que la media francesa —los cuartos de baño privados todavía no se habían generalizado—, y esto la alivió mucho.

Asistía a los cursos de la Alliance française; vio *Hiroshima mon amour* hasta entenderlo todo, *Noche y niebla* también; y leía todos los días *Le Monde* con un diccionario. Conoció, en casa de su jefe, al fotógrafo estadounidense Man Ray y a su mujer Juliet, cuyos originales atuendos admiraba. Frecuentaba su apartamento de la rue Férou, donde a veces se cruzaba con Tristan Tzara. El PC le había dado un pasaporte para el mundo, pero el entorno artístico era su lugar predilecto, y un refugio también, lejos de los tumultos de la Guerra de Argelia y de las muestras humillantes de sospecha que su físico podía inspirar.

Su curiosidad no tenía límites: fue a Múnich a visitar a una amiga alemana. Conoció el trabajo duro de la cadena de montaje en una fábrica de tapacubos, para poder pagarse una habitación en un albergue de estudiantes y clases de alemán. Visitar museos no era suficiente para compensar la dureza de la vida germánica, suavizada por la presencia de un grupo de cómplices bolivianos entre los que estaba Jorge Vázquez Viaña, que se convertiría en compañero de la aventura boliviana del Che antes de ser detenido, torturado y asesinado en 1967.

Hasta 1962 no regresó a Venezuela, después de tres años de un peregrinaje que habría tenido que durar tres semanas. Aquella vida llena de peripecias y despreocupación me recuerda el fragmento de Félicien Marceau

citado por Alain Finkielkraut en su discurso de ingreso en la Académie française:

«—Ante todo, ¿cómo está?

—Está muy bien.

—¿Es feliz?

—Es libre.

—¿Eso es distinto?

—Es un piso más arriba».

El comunismo suponía un estilo de vida, además de unas convicciones políticas. La libertad era para mi madre el valor esencial: la había elegido, practicado, amado y nunca más podría renunciar a ella.

A su regreso, consiguió un trabajo de bibliotecaria en la Universidad Central de Caracas, lo que le permitió seguir por libre las clases, y para redondear sus ingresos se dedicó a transcribir coloquios. Naturalmente, se reincorporó a las redes comunistas que, por orden de Fidel Castro, habían iniciado la lucha armada contra el socialdemócrata Rómulo Betancourt, elegido presidente democráticamente, algo que era una excepción en el continente. La militarización del PC no enfrió su compromiso.

Conoció a un profesor que había estudiado derecho y sociología en París, Oswaldo Barreto. Aquel mestizo de pelo rizado y tez blanca pertenecía a un grupo de apoyo a la guerrilla clandestina. Había vuelto de Francia con una esposa iraní, Vida, una estudiante de arquitectura cuya mejor amiga, Farah Diba, se convertiría en shahbanou. La Escuela de Arquitectura del boulevard Raspail podía, por aquel entonces, forjar destinos peculiares, de emperatriz a activista política. Entre Elizabeth y aquella pareja de sartrianos surgió una amistad sólida; y para mi madre la amistad es un lazo serio, un contrato de por vida.

Oswaldo, con su apariencia de eterno adolescente, tan divertido como inteligente y con una risa contagiosa, presentó a mis padres un día de 1963. Todo empezará —para mí— en ese momento.

Mientras estoy inmersa en la redacción de estas líneas, intento ir a Venezuela para realizar un reportaje sobre cómo sobreviven los venezolanos, cuyo día a día se reduce a hacer cola para abastecerse de lo necesario cuando lo encuentran, mientras que hace quince años este país era el más próspero de la región. Me asusta enfrentarme a esa situación agobiante, pero me alegro por adelantado de volver a ver a mi familia y a Oswaldo. Podría ser la ocasión de saber algo más de aquel primer encuentro entre mis padres. Siempre tiene un montón de anécdotas graciosas sobre aquella época y las describe con

elocuencia y humor. A pesar de una vida caótica, y a pesar de los años pasados en la cárcel, su vitalidad y desparpajo permanecen intactos. Por desgracia, no me darán el visado de periodista. Unas semanas más tarde, al hojear la prensa local buscando información sobre las últimas manifestaciones que ya habían causado una decena de muertos y varios cientos de arrestos, me enteré por casualidad de su muerte. Habría preferido enterarme de la noticia por mis padres. Aquello me dolió doblemente. El único testigo de su relación se había ido; su historia ya solo les pertenecía a ellos. Hay personas que se aventuran por territorios íntimos para apropiarse de lo que no han conocido. Yo no lo haré. ¿Por respeto? A medida que avanzo en mi investigación, me doy cuenta de que hay cosas que prefiero ignorar.

Un estudiante de la Escuela Normal Superior, rubito y flacucho de veintitrés años llegó a Caracas, acompañado del fotógrafo Christian Hirou y del cineasta Peter Kassovitz, para rodar un documental sobre la poderosa guerrilla dirigida por Douglas Bravo y los hermanos Petkoff en la selva del Falcón. Régis apenas chapurreaba español, sabía muy poco de las interconexiones políticas locales, pero, en busca de experiencia política, no quería pasar de largo la revolución venezolana. ¡Ya se había perdido la revolución cubana! No podía estar en todas partes. Por aquel entonces se preparaba arduamente en una biblioteca del Barrio Latino para el examen de ingreso en Ulm<sup>[1]</sup> que ya había suspendido una vez. La segunda lo consiguió: respondió al reto con brío y fue el primero de su promoción..., pero la revolución no lo había esperado. Y él no era de los que se quedan a ver pasar el tren; quería subirse a él para hallar su lugar en la historia. Pese a arremeter con las armas contra una democracia legítima y redistributiva que encarnaba el modelo político más progresista del continente. En Francia no se habría atrevido, De Gaulle reinaba en paz, pero en el trópico todo resulta más estimulante.

Mi padre huía de un entorno burgués y de una familia que, en su opinión, no estaba a la altura de la gran historia. Su madre, Janine, era una mujer comprometida, en la vida y en su carrera, cosa que en aquella época no era habitual. Había heredado la fuerza de carácter de su padre, Armand Alexandre, nacido en 1872, director de la compañía de seguros Gresham, administrador de la famosa Grande Maison de Blanc, y consejero municipal radical socialista del distrito 9 de París. Aquel hombre respetable y bien situado se había casado con una belga, Diane Van den Berghe, tan devota como golosa, cuyo primo formaba parte del estado mayor del rey de Bélgica.

La pareja repartía su tiempo entre un bello apartamento de empresa situado en el distinguido barrio del boulevard Haussmann, en la esquina con la rue de Courcelles, y una suntuosa casa normanda, construida con todas las comodidades modernas, en la localidad costera de Blonville-sur-Mer. Él se había rendido a la moda de la época con su socio de negocios Édouard Worms, que se marchó a Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial

y fundó el famoso banco. Un jardín inmenso, inundado de flores olorosas, separaba las dos villas, en las que las habitaciones tapizadas con telas de Jouy, con su cuarto de baño contiguo, señal de lujo e innovación, dominaban un inmenso comedor y un salón decorado coquetamente. Allí se dedicaban a recibir con esmero a los numerosos invitados que acudían a disfrutar del aire húmedo y tonificante.

Armand se escapaba con regularidad en su Hotchkiss, conducido por su fiel chófer Louis, con quien podía hablar dentro del automóvil gracias a un teléfono interno: aquel dispositivo que acababa de salir al mercado lo deslumbraba. Iba al golf de nueve hoyos de Marly-le-Roi, del que era propietario, o visitaba a las mujeres galantes a las que mantenía, entre las que se encontraba la actriz preferida de Sacha Guitry.

Mi abuela se confió conmigo un día de verano y aburrimiento en el que la acosé a preguntas, grabadora en mano. Acababa de terminar mis prácticas en un periódico y me consideraba reportera. Había contrastado su testimonio con el de mi tía abuela, Claude Busser, «la memoria de la familia», encantada de que por fin alguien se interesara por sus viejas fotografías y sus anécdotas. Yves Faure, atento y meticuloso, retomó dignamente la antorcha cuando murió su madre. Alimentó mi investigación con documentos y largas charlas nocturnas, reviviendo un estilo de vida, lugares y personalidades. Me habría gustado conocer a Diane y Armand, aquella pareja proustiana, típica de la alta sociedad de la Tercera República, amante del progreso, los eventos sociales y los buenos modales. Retomemos pues su historia.

Habían tenido una hija, Christiane, y esperaban tener por fin un hijo. Janine nació en 1910 y fue educada como un chico. Le dieron coches en miniatura para jugar. Su físico, muy flamenco, contrastaba con el pelo castaño de su padre, cuyo rostro se asemeja asombrosamente al de Stefan Zweig. Janine tuvo el honor de entregar a Charles Lindbergh una corona de flores tras su travesía sin escalas del Atlántico y de bailar con Fred Astaire en Londres sin que ello la desviara de realizar estudios serios. Doctora en derecho privado y derecho romano, abogada del Tribunal de Justicia, se inclinó por las ciencias políticas para convertirse en diplomática. Un amigo de la familia, Aristide Briand, la previno: «Nunca habrá mujeres embajadoras [la primera no fue nombrada hasta 1972, en Panamá]», lo que puso fin a sus ambiciones en el Quai d'Orsay.

Armand falleció brutalmente de cáncer en 1934. Una foto de él luciendo bigotito y con expresión severa permanecerá para siempre colocada en la mesilla de noche de su hija. Empujada por su entorno al matrimonio, Janine

tenía dónde elegir. Los pretendientes se amontonaban, entre ellos un primo lejano, el resistente Jean-Louis Crémieux-Brilhac, que un día me confesó su fascinación eterna por mi abuela. Contra todo pronóstico, fue un joven y encantador abogado, de modales suaves y con un sentido del humor cautivador, el que ganó la apuesta. Georges Debray desposó a mi abuela, vestida con un traje cortado al bias por Madeleine Vionnet, durante una elegante recepción parisina. Para la ocasión se volvieron a tapizar de satén blanco los sofás y las sillas Luis XVI con sello de Jacob.

Mi abuelo era el tercero de cinco hermanos educados con firmeza por Nany Ritzen, su madre, de origen belga, que no solo dirigía a sus hijos sino también la fábrica de tintes de puntillas más importante de Calais. Casada con Jules Debray en la catedral de Bruselas, tuvo que asumir aquel papel de jefa tras la desertión de su marido, demasiado aficionado a la bebida para poder ocuparse adecuadamente de la fábrica que había heredado. El establecimiento sirvió de hospital durante las dos guerras mundiales, y Nany ejerció de enfermera jefe, lo que le valió medallas y respeto. Fue la primera mujer de Calais que consiguió el carnet de conducir: para compensar su pequeña estatura, colocaba cojines en el asiento de su Packard negro para llegar al volante. Mi padre me había contado este detalle. Los Vendroux, familia política de De Gaulle asentada en Calais, eran los mejores amigos de los Debray: conexión valiosa que más tarde desempeñará un papel fundamental. Mi padre, en cambio, omite a menudo este detalle. Resulta difícil elegir entre lo fundamental y lo anecdótico. Y resulta aún más difícil ponerse en escena sin traicionar. ¿Qué historia contar: la que nos hubiera gustado que fuera o la historia tal como es? Mantener vivo el mito conlleva forzosamente algunas amnesias voluntarias.

Mi abuelo Georges, acostumbrado a las mujeres de carácter fuerte, permitió que su esposa, después de dar a luz a mi tío, en 1935, y a mi padre en 1940, buscara realizarse trabajando fuera de casa. Cuando estalló la guerra, ambos ejercían de abogados en su apartamento del número 20 de la rue de Lübeck, en lo alto de la colina del Trocadero. Buscaron refugio para sus hijos en el campo y ellos se quedaron en París e intentaron vivir lo mejor posible teniendo en cuenta las restricciones. Mi abuelo pronunció algunas frases que se hicieron famosas: «Debido a la guerra, he perdido a la mitad de mi suegra». O también: «Me casé con un Rubens y acabé con un Modigliani». Y no dejaba pasar la ocasión de constatar con satisfacción que las mujeres, de tanto andar e ir en bicicleta, lucían unas piernas hermosas, delgadas y



musculosas. Era muy sensible a la belleza femenina y sentía una admiración sin límites por su esposa, que poseía una distinción natural.

Mi abuela tuvo que conseguir un certificado de raza aria, ya que su padre era de origen judío —casi no hablaba de ello—, pero su madre era católica. Mi abuelo hizo lo que pudo para ayudar a sus amigos judíos, entre ellos Pierre Meyer, que le estuvo eternamente agradecido por salvar a su madre de la deportación. Con gran pesar por parte de mi padre, nunca fueron grandes resistentes, sino simples héroes de lo cotidiano que vivieron la invasión alemana como una humillación. Dieron cobijo con discreción a británicos y estadounidenses que preparaban el desembarco. El fin de semana se iban en bicicleta a ver a sus hijos. Mi padre fue operado de apendicitis en un hospital de campaña, bajo los bombardeos. Todavía lo recuerda... «¡Deja de meterme la mano en el vientre! ¡Me duele!», le gritaba a su padre, que le sujetaba la mano durante la operación.

Janine conoció a De Gaulle después de la Liberación. Había visto su retrato presidiendo la chimenea del apartamento de los Vendroux; había bailado con su hermano Pierre, escena que fue inmortalizada por *Paris Match*; pero no fue hasta después de la guerra, cuando el general buscaba candidatos para las elecciones municipales de octubre de 1947, a partir de entonces abiertas a las mujeres, cuando mi abuela conoció al hombre que había salvado Francia. «Me aterrorizó, me quedé helada», me contó. Un amigo de su padre, Louis Vallon, gaullista desde el comienzo, se encargó de hacer las presentaciones durante una comida en Lapérouse, un restaurante chic de la Rive Gauche. Aquella entrevista selló el inicio de la carrera política de mi abuela.

Bajo la etiqueta del RPF<sup>[2]</sup> y luego del grupo centrista, fue la primera mujer elegida vicepresidenta del Consejo Municipal de París, cargo que ocupó ininterrumpidamente desde 1947 hasta 1971, antes de convertirse en consejera general del departamento del Sena y luego en senadora. «Era la suplente del presidente del Consejo Municipal de París [Pierre de Gaulle], que desempeñaba un papel más activo que el que tiene actualmente. Ahora el alcalde es quien hace todo. Pero entonces cada consejero municipal tenía su correspondiente ámbito de actuación. Podía trabajar un poco por su cuenta y no únicamente por cuenta de un presidente», explicó en una entrevista. Llevó el presupuesto de la ciudad y emprendió multitud de proyectos culturales y de defensa del patrimonio.

El pequeño Régis, que cursaba sin tacha sus estudios en el liceo Janson-de-Sailly, esperaba pacientemente a su madre con la esperanza de que, entre

sus interminables reuniones políticas y sus innumerables recepciones, pudiera permanecer un rato a su lado. En vano. Tan trabajadora como elegante, estaba en todos los frentes. Sin embargo, en la intimidad era muy discreta acerca de sus luchas por la protección del viejo París y sus hazañas en el ámbito cultural. Al azar de nuestros paseos, me contaba su lucha por impedir la construcción de un edificio de pisos en la glorieta de los Campos Elíseos, para prohibir un aparcamiento en la place Dauphine, por la salvaguarda de las fuentes Wallace y de los pabellones Baltard de Les Halles, cuando estaba de moda la destrucción y la modernización a ultranza. Entonces no dudaba en aliarse con los consejeros municipales comunistas: ¡estaba dispuesta a cualquier compromiso para conseguir sus fines! El Festival d'automne y el Festival international de danse de París eran sus grandes motivos de orgullo; también el Pare Floral, inaugurado en 1969, y las Florales internacionales; haberle proporcionado un lugar de creación a Ariane Mnouchkine, cuya obra y energía admiraba, la llenaba de satisfacción. Nunca alardeaba de nada: su motor era el desarrollo de París —conocía todos sus rincones y a todos sus comerciantes— y la puesta en valor de la creación artística, incluida la más vanguardista; y su obligación, tener siempre una apariencia impecable, gracias a Dior, luego a su mejor amigo Pierre Cardin y a las visitas regulares de su peluquera. «Una mujer siempre debe tener una apariencia irreprochable», me repetía.

En 1977 hizo una huelga de hambre para llamar la atención sobre el ostracismo que sufrían las mujeres en el Senado. Fue antes de jubilarse y dedicarse a escribir biografías de personajes históricos como Victor Schoelcher, Haendel o La Païva, a presidir el premio literario de los Derechos del Hombre y a su papel de abuela, que se tomó muy en serio.

Tras el robo sufrido en su apartamento de la rue de Lübeck, donde residía desde su boda, decidió lucir joyas excéntricas de plástico para sustituir las que le habían sido sustraídas, y alababa la ligereza de los plumíferos, mucho más prácticos que los abrigo de pieles robados. Para acercarse a sus nietos se instaló en la Rive Gauche y decoró su nuevo hogar con muebles modernos y objetos chinos coleccionados por su padre y que los ladrones no se habían llevado. Adoraba las reuniones de la asociación Amis de Marcel Proust, de la que era vicepresidenta: siendo adolescente había leído *En busca del tiempo perdido*, a pesar de la prohibición de sus padres, que consideraban aquella lectura poco adecuada para una joven de buena familia, y desde entonces veneraba aquella obra, de la que era capaz de citarme pasajes enteros.

Mi abuelo, más hogareño, prefería la lectura y la música clásica a la vida social. Se ocupaba con dedicación de sus propiedades de Calais, transformadas en viviendas después de la guerra, frecuentaba los buenos restaurantes de París y jugaba al bridge en el Automobile Club. Todas las mañanas, a las 7.55, hablaba con su hermano menor Jacques, director de un laboratorio farmacéutico, después de leer los periódicos y antes de la llegada de sus primeros clientes, entre los que las Galeries Lafayette eran el principal. Antes de dormirse siempre leía algunas páginas de las *Memorias* de Chateaubriand. Se mantenía alejado de los asuntos públicos, dejando que mi abuela fuera la protagonista, sin por ello sentirse ofendido. Su hijo lo percibió como una confesión de debilidad, cuando en realidad era una prueba de serenidad. Régis buscó durante toda su vida figuras paternas carismáticas, mientras evitaba a su madre, una mujer demasiado moderna y exuberante, un estorbo para su gusto.

Mi padre, alumno funcionario del Barrio Latino, estatus oficial de todo estudiante de la Escuela Normal Superior, descubrió con la Guerra de Argelia «la faz oscura de la República». La independencia de Argelia no fue considerada «una pausa, sino un trampolín. La lucha tenía que proseguir en otro lugar; era simplemente una etapa de la insurrección general del Tercer Mundo. Era la prueba de que se estaba en el buen camino», comentó en la serie de televisión *Génération*. Algunos retomaron el curso normal de sus vidas de estudiante: «Teníamos prisa por [...] interesarnos un poco en nosotros mismos y en nuestros estudios, que habíamos descuidado bastante para contribuir a acelerar la necesaria paz en Argelia», explicó Bernard Kouchner. Sin embargo otros, menos numerosos, se marcharon para encarnar el mito del voluntario, cuyos más bellos ejemplos románticos había mostrado la Guerra Civil española, de Malraux a Hemingway.

Aquella generación de universitarios, que no habían hecho la guerra y que rechazaban el ideal de coche y nevera, se aferraron al proyecto revolucionario para dar sentido a su vida. No tenían que afrontar el paro, el desamparo de los barrios periféricos, la carrera por sumar años de cotización, ni la miseria de los finales de mes. Sus dramas eran una sociedad esclerotizada, el aborto ilegal y peligroso de sus compañeras y la incredulidad de sus padres. El lirismo político del marxismo, y todas sus variantes, les hacía vibrar. Tal como reconoce André Senik: «El comunismo nos suponía muchos beneficios. Teníamos una visión del mundo, teníamos una razón para vivir, teníamos una actividad que compensaba los problemas eventuales que podíamos tener en nuestra vida privada, y pensábamos que nuestras ideas eran útiles. ¡Era el colmo de la felicidad!».

Impulsado por este entusiasmo, el estudiante resuelto desertó en 1961 de las playas de Saint-Tropez, que tenía por costumbre recorrer en verano en escúter, para realizar un periplo por Estados Unidos, donde descubrió la segregación social y racial que alimentará su eterno antiimperialismo. Su viaje de pérdida de la inocencia, de Nueva York a Miami en autobús y en autostop, prosiguió hasta La Habana, donde consiguió integrarse, a pesar de su rudimentario nivel de español, en la campaña de alfabetización. Después

de este paréntesis aventurero de seis meses, regresó obedientemente a los bancos de la Escuela Normal. Apareció en la película de Jean Rouch y Edgar Morin *Crónica de un verano* (1961) con aspecto de dandi —jersey con cuello de pico, chaleco de tweed, pantalón de pana— y un aire patricio que favorecía sus rasgos finos y su pelo rubio. Más cinéforo que cinéfilo, dudaba entre la filosofía y el cine, yendo de los cursos de Althusser a las reuniones políticas en La Joie de Lire<sup>[3]</sup>, y a las proyecciones de la Cinémathèque. La lectura de *El siglo de las luces* de Alejo Carpentier —una «novela-verdadera» sobre la Revolución Francesa en las Antillas— lo inspiró. Finalmente huyó de su día a día parisino para volver a América Latina, esta vez a Venezuela, con un proyecto de película sobre la guerrilla y ejerciendo de corresponsal para la revista maoísta *Révolution*.

Su único contacto allí, Oswaldo Barreto, buscó a la más francófona y francófila de su entorno, mi madre, para iluminar a aquel joven de la Escuela Normal que quería ver una revolución de cerca y degustar la adrenalina de la acción. «Mi primera vida adulta se desarrolló bajo la égida de una madona morena, esbelta y menuda», explicó en *El indeseable*. Este libro, publicado en 1975 e inicialmente dedicado a mi madre, perdió su dedicatoria al ser reeditado en 2016: ¿olvido voluntario?

Pasar del «turismo político» a la integración activa suponía contactos que solo mi madre tenía. Sin ella, habría regresado a París contrito, como había vuelto de Cuba dos años antes. Gracias a ella, descubrió el compromiso político, el verdadero, no el del boulevard Saint-Germain.

Los dos tortolitos no iban a conformarse con vivir un idilio aburrido; prefirieron una vida de clandestinidad y conspiración. El arraigo es burgués; optarán por la persecución y los secretos. «Me toma por un trapo», se quejaba mi padre a Oswaldo Barreto cuando mi madre secaba los platos con su camisa. Comprendió que en las sociedades machistas las mujeres fuertes son los verdaderos ministros del Interior. Mi padre enviaba reportajes sobre los avances de la guerrilla venezolana a la revista *Révolution* y telegramas a su director, el abogado Jacques Vergès, para que le pagaran, en vano. La pareja vivía con el salario de mi madre, y a mi padre esto no le incomodaba en absoluto, a pesar de haber crecido en un país donde una mujer no podía abrir una cuenta bancaria sin la autorización del marido. Volvían a montar redes, organizaban entregas de armas y cambiaban de domicilio para no dejar rastro. El ocultamiento era su forma de funcionar, y la condescendencia, su forma de comunicación. Exponer ante cualquiera las tragedias del mundo que nadie ha descifrado todavía correctamente, integrando, si se puede, complots y

relaciones Norte-Sur, sigue siendo para ellos, cincuenta años más tarde, una costumbre.

Aunque hayan vuelto a la vida legal, mis padres no podrán nunca deshacerse de estos rasgos de carácter: predicar, dividen, esconden, conspiran, seguros de su superioridad intelectual. Secuelas de una clandestinidad de la que no se sale indemne. Mi padre respeta sobre todo a aquellos que han conocido una forma cualquiera de resistencia y rebelión, preferentemente armada, así se explica su reciente relación amistosa con Daniel Cordier, con el que hizo un documental, o, en otro ámbito, con el subcomandante Marcos.

Raúl Leoni, hijo de un inmigrante corso y miembro fundador de Acción Democrática, fue elegido democráticamente presidente de Venezuela en 1964, a pesar de la llamada a la abstención lanzada por la guerrilla y de sus amenazas de represalia contra aquellos que cometiesen la afrenta de ejercer su derecho cívico. Sucedió al famoso ensayista Rómulo Betancourt, «padre de la democracia venezolana», que había gobernado el país desde 1958, a pesar de los intentos de golpe de Estado y asesinato, así como de la oposición activa de la guerrilla. Harto de padecer las intrusiones de Fidel Castro en la política nacional, el gobierno, que llevaba a cabo una política social y económica de modernización gracias a un crecimiento anual fulgurante, inició una lucha activa contra la extrema izquierda revolucionaria. Oswaldo Barreto fue detenido. Sometido a un interrogatorio violento, consiguió que advirtieran a mis padres que ya no estaban seguros en Caracas. El estado de alerta constante y la desconfianza se convertirán desde ese momento en sus mejores aliados. El riesgo de persecución era real.

Abandonaron rápidamente la capital para refugiarse en el país vecino, Colombia. De autobús en autobús y de ciudad en ciudad, llegaron a Bogotá, donde otra guerrilla causaba estragos. Indudablemente, la violencia los atraía.

Nuestros aprendices de revolucionario proseguirán su peregrinación a través del continente sudamericano durante dieciocho meses: un viaje excepcional y duro. Tras más de mil kilómetros recorridos a pie, a lomos de mula o en camión, hicieron un alto en Quito, donde llegaron con una carta de recomendación a casa de Oswaldo Guayasamín, pintor expresionista del realismo social que se convertirá en leyenda viva. Disfrutaron de su acogida y generosidad. Incluso tuvieron el honor de ser retratados por el artista comprometido. Régis envió su cuadro a París, a casa de sus padres; mi madre, que no mantenía relaciones con su familia desde que vivía en la clandestinidad, no tenía a nadie a quien enviar el suyo. Su perfil majestuoso

con aires de Nefertiti, emanando autoridad y voluntad, acabará en el museo Guayasamín, creado tras el fallecimiento del pintor.

Prosiguieron su camino hacia el sur. Después de dos mil quinientos kilómetros codeándose con la pobreza, la enfermedad y el hambre, llegaron a Lima. Allí asistieron al homenaje organizado en honor de José Carlos Mariátegui, autor de *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, que predicaba la adaptación del marxismo a la realidad peruana. La guerrilla empezaba a desarrollarse y la policía aumentaba su vigilancia. El pelo rubio y la displicencia de mi padre llamaron la atención: se paseaba, distraído, con la revista *Révolution* bajo el brazo. Lo detuvieron, y con él a su compañera. En la prensa se habló de la detención de un agente ruso, llamado Dobrovsky, que había utilizado documentos franceses como tapadera.

Un amigo de mi abuela, Bertrand Gès, diplomático ineludible del Quai d'Orsay, se hallaba precisamente en Lima para ultimar la organización del viaje de De Gaulle, que se disponía a recorrer América Latina durante un mes. En aquella época, los presidentes se tomaban tiempo para viajar. Pidió al embajador de Francia noticias del hijo de su amiga, cuya inteligencia y gusto por la aventura ella había alabado en varias ocasiones. Régis, hijo modélico, compartía sus peripecias con sus padres, aunque, por consideración hacia ellos, solía edulcorar su compromiso político. Le contestaron que aquel joven izquierdista acababa de ser detenido. Naturalmente movilizaron a mi abuela, que se dirigió al presidente de Perú, el socialdemócrata Fernando Belaúnde Terry, a cuyo hermano conocía estrechamente, ya que había estudiado derecho con él en París, así como a sus padres, que en alguna ocasión se habían alojado en la casa paterna de Blonville-sur-Mer. Mi padre fue liberado al día siguiente: su estancia en prisión duró solo tres días, pero fue suficiente para que se creara en torno a él una aureola de prestigio. A riesgo de que se olvidara la intervención decisiva de mi abuela.

Mi madre en cambio no podía contar con la protección de su país ni de su familia. El cónsul venezolano fue a informarla de que a partir de aquel momento no podría entrar en su país: estaba condenada al destierro, al exilio forzoso. En la prisión de Chorrillos, durmió sobre un jergón nauseabundo, al final de un túnel húmedo, en compañía de lo que actualmente denominaríamos casos sociales. Unas religiosas custodiaban con mano de hierro a aquellas mujeres abandonadas y desesperadas, que no disfrutaban de ninguna ayuda jurídica ni médica y que quizá un día saldrían por decisión de algún carcelero. Elizabeth supo despertar en ellas una conciencia política y, al cabo de algunos días, organizó incluso una huelga de hambre que siguieron

también sus compañeras de detención. La situación se volvió insostenible: el director de la prisión decidió liberar a mi madre. Aquel era el precio que debía pagar para recobrar la tranquilidad de su rebaño. La estancia en la cárcel duró diez días y no socavó la fe de la militante, todo lo contrario.

La pareja fue expulsada de Perú y llevada hasta la frontera chilena en avión. Con el poco dinero que les quedaba, tomaron un autobús para ir a Santiago. Y con los últimos céntimos pidieron, para distraer el hambre, un café con leche en un bar del centro de la capital. Régis reconoció entonces a un hombre que había conocido en La Habana en 1961. Mi madre creyó que se trataba de un espejismo, pero de hecho el hombre se acercó hasta ellos. Juan Capra era pintor, hemofílico, y vivía en una comunidad de artistas que habían ocupado una casa colonial en el número 340 de la calle Carmen y se alimentaban de aguacates y frutos caídos de los árboles del patio. Allí es donde se instalaron mis padres, mucho antes de que Violeta Parra cantara allí todas las noches y transformara aquella casa en ruinas en un lugar mítico, La Peña de los Parra. También es ahí donde mi padre empezó a redactar un ensayo sobre la aplicación del castrismo al resto de América Latina.

Acudieron a un mitin de Salvador Allende en el que Neruda leyó una poesía: literatura y política a menudo se imbricaban en América del Sur, donde los escritores podían llegar a ser presidentes. Para ellos Allende era un burgués demócrata, por lo tanto un hombre poco recomendable, que no quería someterse al dictado de la revolución cubana. El pensamiento del futuro presidente no podía concebir la lucha armada como una práctica política viable para Chile: la democracia era la única vía posible. Así que los cubanos lo apoyaban de lejos y lo despreciaban de cerca. «¿Vas a París? Pues cómprate un uniforme de guerrillero en Dior», le soltaba Fidel Castro, que lo consideraba demasiado refinado. Mis padres prosiguieron su viaje, en busca de terrenos políticos más radicales.

Mi madre quiso volver a ver a los amigos bolivianos que había conocido en Múnich. Decidieron ir a La Paz, por separado, para no despertar sospechas, y recorrieron en tren las altiplanicies de los Andes durante dos días. A mi madre le gustó tanto aquella tierra árida, de aspecto lunar, que la convertirá en su país de adopción y del alma, e incluso se apropiará del carácter del altoperuano —impasible, silencioso, lento, minucioso, secreto—, lo que para una caribeña es todo un desafío. La expresión de su rostro se volvió cada día más impenetrable, como un caparazón sólido.

Gracias a sus contactos, fueron introducidos en el poderoso sindicato COB (Central Obrera Boliviana). Desde 1952, el gobierno del MNR



(Movimiento Nacionalista Revolucionario) había puesto en marcha una reforma agraria, nacionalizado las minas de estaño, otorgado la ciudadanía a los indios y hecho de la COB la columna vertebral del poder. Gracias a ese sindicato, mis padres viajaron a Oruro, al sur de la capital, para filmar la vida cotidiana de los mineros de la mina Siglo XX, una de las más importantes del país. Trabajar bajo tierra durante más de diez horas, masticar hojas de coca para soportar la falta de oxígeno, cavar la roca, en cuclillas y a la luz de una vela: el descenso a las entrañas de la tierra es un reto moral, además de físico, uno de esos retos de los que no se sale indemne. La esperanza de vida de los mineros era entonces de treinta y cinco años. Desgraciadamente esta película testimonial se extravió.

Siguieron hacia el oeste, a Cochabamba, donde Liber Forti, al que habían conocido en Lima, había creado una red de radios libres para los mineros, «radio minera». Desde su exilio peruano, aquel anarquista dulce y afectuoso les abrió las puertas de la ciudad. La universidad pidió a mi padre que diera una conferencia sobre Sartre, guía intelectual que se había convertido en el icono de una generación. Le prestaron una camisa limpia para el acto: era la primera vez desde hacía más de un año que se ponía una prenda inmaculada. A su regreso a La Paz, conocieron al ministro de Minas, René Zavaleta Mercado, un dinámico filósofo de veintiocho años. «He conocido a dos hombres brillantes en mi vida: él y Malraux», me contó mi madre. Mi padre debía de formar parte de los adolescentes brillantes...

Mis padres decidieron entonces tomar caminos distintos. Aquel largo viaje iniciático, hecho de precariedad e inestabilidad, quizá les había agotado. Mi madre había encontrado un arraigo en Bolivia y se quedó trabajando junto al ministro de Minas, mientras que mi padre siguió su viaje por Argentina y Brasil, antes de regresar a Francia para opositar a profesor de filosofía. ¿Por acto reflejo burgués o porque sentía nostalgia del Barrio Latino? Se puede pensar en la revolución al mismo tiempo que en el propio futuro profesional.

En noviembre de 1964, el general Barrientos dio un golpe de Estado: el gobierno boliviano se exilió a toda prisa. René Zavaleta Mercado voló a Venezuela. Mi madre, que desde su estancia en la prisión de Lima tenía prohibido volver a su país, se marchó a Chile. Mi padre se mostró excepcionalmente solidario y le envió un billete para que se reuniera con él en París.

El avión de mi madre hizo escala en muchas capitales sudamericanas, entre ellas Caracas. La tentación fue demasiado fuerte: bajó del avión, decidida a pasar la Navidad con su familia. ¿Por acto reflejo burgués o porque

necesitaba volver a sentir el calor de la familia? La arrestaron en el aeropuerto y la llevaron a la prisión de la Dirección de Seguridad Nacional, una de las menos amables. Tras una semana de aislamiento, llegó finalmente a París, donde se reunió con mi padre, instalado, gracias a mi abuela, en un pequeño apartamento del Ayuntamiento de París, en la avenue de la porte Brancion, desde el que se oía la vía de circunvalación. Estudiaba para titularse, veía a su familia a escondidas y presentó a su compañera a sus colegas de la Escuela Normal, Étienne Balibar, Robert Linhart, y a su musa, Natacha Michel.

Hicieron una visita breve a Praga para reunirse con su amigo el venezolano Oswaldo Barreto, que se había convertido en el «embajador itinerante de la guerrilla» y agente de enlace con los países árabes, que les puso al día de las últimas estrategias políticas y de las redes clandestinas de tráfico de armas entre China y Venezuela a través de Argelia. Cuando Oswaldo se encontró con el Che en Argel, donde este pronunció el famoso discurso de tintes antisoviéticos, le dio un ejemplar de *Les Temps Modernes*, donde mi padre había publicado en enero de 1965 su artículo «Le castrisme ou la longue marche de l'Amérique latine», ensayo madurado durante su periplo a través del continente latinoamericano. Fue traducido al español y enviado a Fidel Castro. Este será su artículo «ábrete, sésamo». Pero mi padre no lo sabía. Tras pasar brillantemente su oposición, esperaba resignado su nombramiento.

Al iniciarse el curso de 1965, aceptó la plaza de profesor de filosofía en un liceo de Nancy, aunque el puesto no le llenaba de alegría. Mi madre se fue de *au pair* a Birmingham para aprender inglés.

Después de la reelección de De Gaulle, obligado a una segunda vuelta por Mitterrand, mi padre abandonó la fría pensión de Nancy y volvió, aliviado, a París, donde pensaba pasar las vacaciones de Navidad. Un telegrama del embajador cubano, dirigido a Elizabeth Burgos y Régis Debray, le estaba esperando. Invitaban a mi padre a formar parte del jurado del Premio Casa de las Américas, y a mi madre a participar como «invitada especial» en la Tricontinental. Fidel Castro había percibido la importancia de los intelectuales internacionales en la campaña mediática a favor de la revolución. Pocos dominaban tan bien como mi padre la teoría marxista y la realidad americana. Su hermoso estilo de escritura y su compromiso a toda prueba constituían una ganga para el régimen cubano. En lugar de saborear un pavo y el tradicional postre navideño en familia, mis padres viajaron a La Habana, vía Praga.

La Tricontinental se estaba preparando activamente. Su programa: fomentar una revolución mundial, desestabilizar el imperialismo estadounidense y emancipar a los oprimidos del mundo entero. Ni más ni menos. El Che ya había expresado ese deseo en Argel. Cuba, pequeña isla de ocho millones de habitantes, se encargaba de materializarlo, eufórica por su política internacionalista desmesurada.

El país de los puros habanos y de la caña de azúcar pertenecía, desde el desembarco en la bahía de Cochinos en 1961, al bloque soviético, pero deseaba encarnar una tercera vía. La mayor potencia mundial se hundía por aquel entonces en la Guerra de Vietnam y en la lucha de los negros contra la segregación; la Unión Soviética se había autoproclamado propietaria del modelo único de «paraíso del proletariado», pero algunos, herederos de la cumbre de los no alineados de 1955 —el chino Zhou Enlai, el camboyano Norodom Sihanouk, el indio Nehru, el egipcio Nasser y el indonesio Sukarno—, soñaban con otra cosa, un socialismo empírico, un socialismo de guerra, expansionista y temerario, para inventar una nueva sociedad libre y justa. Ante la sucesión de golpes de Estado instigados en América Latina por los Estados Unidos en los últimos años —Argentina, Perú y Ecuador en 1962, República Dominicana y Honduras en 1963, Brasil y Bolivia en 1964—, surgían focos de guerrilla potenciados por los ejemplos de Argelia, Vietnam, Cuba y las guerras de descolonización en África.

La Habana era en aquel momento «*the place to be*»: quinientos doce delegados de ochenta y dos países del Tercer Mundo, partidarios de la lucha armada, de la vía parlamentaria, o incluso del pacifismo, acudieron para asistir a la primera cumbre de la Tricontinental, aquella gran misa de los «condenados de la tierra», inaugurada el 3 de enero de 1966. Envueltos en la utopía, con la esperanza de influir en el curso de la historia mundial en temas como la violencia, la injusticia y la arbitrariedad: el porvenir de continentes enteros estaba en juego. La ausencia de Ben Barka, impulsor de la Tricontinental secuestrado en París y asesinado, y del argelino Ben Bella, depuesto por un golpe de Estado militar, limitó sin embargo el alcance político de aquella conferencia político-militar.

«¿Dónde está el Che?», se preguntaba todo el mundo. Desde marzo de 1965 estaba desaparecido. Nadie sabía que se aburría en una embajada, en algún lugar de África, tras su fracaso en el Congo. Algunos, como Sartre, incluso estaban convencidos de que «yacía a tres metros bajo tierra».

Los militantes, acostumbrados a los peligros de la clandestinidad y a los escondites insalubres, saboreaban el confort americano y el calor sensual del

Caribe en el lujoso hotel Habana Libre, nacionalizado desde la llegada de los barbudos al poder. Las delegaciones de vietnamitas, africanos, chinos y europeos se alojaban allí y disfrutaban del *crédito general*, bebida y comida a voluntad y gratis. ¡Mejor incluso que el Club Med! Poco importaba que los cubanos estuvieran obligados a someterse al racionamiento y a la carestía de alimentos. «En aquel palacio donde se alojaban los VRP<sup>[4]</sup> del mundo insurgente», como lo califica Roger Faligot, cuanto más alto era el piso en que se hospedaban, más importantes eran. Mis padres acabaron alojados delante de la suite de Joséphine Baker, justo debajo de los míticos apartamentos en los que Fidel Castro se instaló al triunfar la revolución. Ni siquiera los consejeros rusos, que se lo pasaban en grande del brazo de seductoras mulatas, eran tan bien tratados.

Al finalizar la cumbre, animaron a mis padres a que se quedaran. ¿Cómo negarse? Mi padre no conseguía pronunciar bien las erres en español, pero empezaba a sentirse como en casa, seducido por tanta fraternidad y generosidad. Su lógica y su razón no se resistieron a la chispa de la locura ambiente. Solo se quedó con los grandes gestos bonitos y los bellos sentimientos.

En aquella época, todo Saint-Germain-des-Prés acudía a Cuba: el Salón de Mayo, en julio de 1967, reunió a los pintores internacionales pero imprescindibles; luego el Congreso Cultural, en enero de 1968, acogió a cientos de intelectuales en busca de exotismo e inspiración, llegados para participar en aquella fiesta permanente que era la revolución cubana, excepto Jean-Paul Sartre, que expuso sus reservas sobre el trato que el régimen otorgaba a los homosexuales. Sin embargo, había sido uno de los primeros en promover la revolución con su reportaje «Ouragan sur le sucre», publicado en *France Soir* en 1960.

En aquel momento no se sabía nada de los opositores del Frente Nacional Democrático fusilados, ni de los miles de alzados que resistían en el maquis del Escambray, donde serán todos eliminados, ni tampoco de los veinte mil prisioneros políticos. Todo estaba justificado por el miedo de otro desembarco estadounidense y el argumento infalible de la lucha contra la CIA. Mario Vargas Llosa se marchó, prefiriendo la democracia y la libertad a las ilusiones. Jorge Semprún, que milagrosamente había atravesado el tormento de la Guerra Civil española, de la Resistencia y de la lucha antifranquista, permaneció dubitativo. Su experiencia política única le dotaba de una lucidez inquebrantable. Alberto Moravia, desconcertado, le confesó a mi madre, después del discurso que Fidel Castro dio en la plaza de la Revolución el día

de Año Nuevo de 1966: «Esto me recuerda a Mussolini...». Fueron raras deserciones que no limitaron mucho el optimismo general. Todas las esperanzas estaban permitidas: la juventud estaba al mando y el país supuestamente sometido.

Una tarde, Fidel Castro se presentó de improviso en la habitación de hotel de mis padres. Se quedó toda la noche; mi padre tuvo que luchar contra su costumbre de acostarse temprano. Su admiración compensó aquel esfuerzo. Sobre todo porque la máquina de café, puesta a su disposición en la suite, no funcionaba. El Líder Máximo, atento a los detalles, se preocupó a la mañana siguiente de que fuera reparada. Las visitas nocturnas de Fidel Castro se hicieron habituales, y la estancia de mis padres en Cuba se prolongó. Mi padre pretextó una enfermedad tropical para excusarse de su deserción de las aulas de Nancy. Su ángel de la guarda, mi abuela, hizo después lo necesario para que fuera destinado como profesor a la Universidad de La Habana. Nunca fue a cobrar sus honorarios a la embajada de Francia. Aquella tapadera le permitía estar en regla con la administración y tranquilizar a sus padres, preocupados por el bienestar de su retoño en el trópico.

El icono revolucionario y fiel confidente de Castro, Celia Sánchez, se encargó de buscarles alojamiento en una casa de seguridad, una de aquellas villas elegantes confiscadas por el gobierno cuyo propietario había huido al exilio. De este modo los invitados «especiales» del Comandante se instalaban «con todas las medidas de seguridad» en el barrio exclusivo del Laguito, protegidos de las infiltraciones y de cualquier potencial veleidad de invasión del enemigo imperialista vecino. La isla vivía bajo asedio: los rumores de asesinato de Fidel Castro pululaban y el embargo económico mantenía una atmósfera de guerra. El Líder Máximo y sus acólitos nunca se quitaban el uniforme ni las botas militares. Los discursos oficiales finalizaban todos con el inevitable «Patria o muerte, venceremos».

Celia Sánchez propuso a mis padres que se mudaran a una casa espaciosa con jardín y piscina. Mi padre prefirió un apartamento con balcón en un edificio discreto de tres plantas, situado en el céntrico barrio de Miramar, cerca del Malecón: una vivienda modesta, práctica, alejada de los demás huéspedes distinguidos. No iba a sustituir la comodidad burguesa de su familia por el lujo tropical del jefe de los barbudos. Sin embargo, no utilizaba la guagua, el autobús en el que se amontonaban los cubanos, ni hacía cola con una cartilla de racionamiento para llenar la nevera. Tenía un coche con chófer

a su disposición, de esta forma controlaban sus idas y venidas, y le dejaban con regularidad la compra delante de su puerta. A veces mi madre conseguía convencerlo para salir por la noche al muy selecto club Monseigneur, donde se podía escuchar al famoso cantante Bola de Nieve. No pagaban en ninguna parte. Eran rehenes voluntarios de lujo. Vivían a cargo del régimen, dependiendo directamente de Fidel Castro, como niños que subsisten gracias a sus progenitores, a merced de las más mínimas muestras de generosidad y castigo.

A veces Fidel Castro se presentaba cuando menos se lo esperaba. La velada se prolongaba entonces hasta tarde en un restaurante. Un día, mi padre le soltó a su anfitrión: «En La Habana se come demasiado bien». Aquella opulencia desenfundada lo incomodaba. Su constitución frágil —pagaba caro los excesos de alcohol y culinarios— lo empujaba al ascetismo. Su actitud austera y puritana era el reflejo de una limitación física. El Líder Máximo, por su parte, podía hablar de política hasta el alba. «Hacia las seis de la mañana, desaparecía para ir a acostarse. Pero a las once ya estaba allí, con un montón de comunicados de prensa enrollados bajo el brazo, al corriente de todo. Y cuando digo “todo”, me refiero a ¡toda la actualidad mundial de todos los acontecimientos políticos de todos los países del planeta! Tanto Francia como Chile, Vietnam, Mozambique o —lo que más contaba para él— Estados Unidos», explicaba mi madre en *L'Express* en 2016. Poseía todas las cualidades de los grandes hombres, y «su fuerza telúrica» era la más notable.

No había contingencia material que desviara a mis padres de la razón por la que se habían quedado en Cuba: convertirse en revolucionarios profesionales, un oficio que no aparecía en la lista de la Oficina de Empleo o de la Seguridad Social. Mi padre siempre ha huido de la gestión de la vida cotidiana; mi madre ha tenido que afrontarla a regañadientes. Cualquier trámite administrativo les supone un profundo desasosiego, incluso pánico si se trata de rellenar formularios. Por desgracia, fue el precio que tuvieron que pagar para reintegrarse al curso de una vida «normal». En aquel momento, ambos querían cambiar el mundo, y eso suponía una formación exclusiva, lejos de cualquier preocupación rastaramente prosaica. Fidel Castro había creado una «escuela de aprendices de guerrillero», una especie de Escuela Normal Superior de la revolución. Además de una preparación en estrategia militar y contrainteligencia, los entrenamientos físicos y psicológicos fueron intensos: artes marciales, tiro con fusil o con pistola, montaje y desmontaje de armas, operación de sabotaje, radiotransmisión y tablas de codificación, explosivos, localización, burlar la vigilancia, y, sobre todo, resistir los

interrogatorios. Mi padre entonces se dejó bigote para dotar de virilidad a su cara de crío, la barba se reservaba para los «verdaderos» guerrilleros, no para los novatos.

Un chófer iba a buscarlos pronto por la mañana para llevarlos a una cabaña perdida en medio del campo donde hacían sus ejercicios militares cotidianos. El chófer era negro, y pasaban delante de una cárcel política, pero no se cuestionaban la segregación racial o los opositores al régimen, ocupados como estaban con el despliegue de la revolución por el continente latinoamericano y con el manejo de las armas. Mis padres destacaban en todo ello.

Un día mi madre le confesó a mi padre sus dudas: «La guerrilla nunca podrá ganar una guerra contra el ejército venezolano; los militares son demasiado numerosos y están demasiado bien armados». A pesar de su reclutamiento ideológico, la relación de fuerzas no le había pasado inadvertida... Al día siguiente fueron al campo de entrenamiento personal de Fidel Castro, Punto Cero, privilegio exclusivo compartido con algunos íntimos seleccionados con gran celo. «¿Qué tienes contra la guerrilla?», le preguntó el padre de todos los cubanos. Ella comprendió que estaban bajo escucha y que no se le escapaba nada.

Mi padre, durante los duros ejercicios que realizaba con su instructor personal, no rezongaba ante las largas marchas por la montaña con una mochila cargada de piedras para poner a prueba su resistencia: «La revolución es ante todo una batalla que hay que librar contra uno mismo». A mi madre no le gustaban los mosquitos ni las enormes alforjas porque tenía una espalda delicada, y se lo explicó a Fidel Castro. Según ella, la guerrilla no debía ser la única forma de resistencia. Pragmático, él le preparó meticulosamente otro tipo de entrenamiento, urbano. A partir de entonces, una decena de instructores desfilarían durante el día para adiestrarla en el espionaje: conducir un coche durante una persecución, fotografiar documentos con cámaras miniatura, codificar y esconder información en las tapas de los libros, evitar a la policía durante las localizaciones, practicar kárate. Todo lo necesario para convertirse en una perfecta chica Bond. Perfeccionista, el jefe supremo se tomaba su tiempo para controlar la calidad de su formación.

Mi madre era una baza para el régimen: políglota, abierta al mundo que ya había recorrido, con contactos por todo el continente latinoamericano, y sobre todo en Bolivia, lo que, como veremos, tendrá su importancia. Fidel Castro la trataba con consideración y hacía caso omiso cuando aparecía con minifalda, prohibida terminantemente en las calles de La Habana. Había comprendido



que no era posible embridar aquella yegua. Se resistía a formar parte de la corte que el jefe de la revolución había instaurado en torno a él, aunque de hecho pertenecía al «aparato cubano». «Crecí bajo una dictadura en Venezuela, y eso me ha inoculado la fobia a los militares, a la policía, a los chivatos. En La Habana, de forma instintiva sentí que todo aquello actuaba... en nombre, claro está, de la lucha contra la CIA». Así que, en cuanto podía, se escapaba a la universidad, donde cursaba la carrera de filosofía. En el camino, escuchaba a los cubanos comentar, entre el humor y la exasperación, los últimos caprichos del Líder Máximo: traer vacas normandas para fabricar queso francés, que le encantaba, producir fresas como hacía la esposa del embajador de Francia en su huerto, hacer que los niños plantaran semillas de cafeto alrededor de la capital, en detrimento de su educación y del sentido común campesino. La isla se había convertido en un lugar de experimentaciones, a veces descabelladas; un gran parque de juegos para comunistas.

Las charlas nocturnas entre mi padre y Fidel Castro proseguían. Mi padre estaba como hechizado por la logorrea del Comandante, capaz de hablar diez horas seguidas. Ponía por escrito sus comentarios, teorizando su pensamiento, clarificando sus intuiciones, sintetizando sus análisis. Mi padre escribía a mano en francés, mi madre traducía y mecanografiaba, y el Líder Máximo releía. *¿Revolución en la revolución?* fue publicado en Cuba a principios de 1967, con una tirada de doscientos mil ejemplares, y luego lo editó Maspero en París. «Debray fue la pluma, Fidel el pensamiento», resumió Jean Larteguy en *Paris Match*. Este libro se convirtió en el «discurso del método» de la revolución, el breviario del «foquismo», teoría encarnada por el Che que consiste en la multiplicación de focos guerrilleros y que fue estudiada a fondo por los militantes. En la Radio cubana se leía como un serial y se estudiaba en la Universidad de La Habana.

Moscú y Pekín se negaban a apoyar una lucha armada allí donde no existiera ya un partido «revolucionario de masas». Mi padre demostraba lo contrario: una guerrilla dirigida por un pequeño grupo de activistas conseguiría reunir progresivamente a la población en torno a la causa revolucionaria hasta transformar el combate en guerra «revolucionaria de masas». La organización militar podía, por tanto, preceder a la organización política. La radicalidad y la violencia de sus palabras se correspondían con el espíritu de los tiempos. Hoy resultan sorprendentes: «Para desbloquear este tabú, este retraso secular de miedos y humildad ante el amo, el policía, el guarda rural, no hay nada mejor que el combate [...]. En el nuevo marco de la

lucha a muerte, ya no hay sitio para las soluciones espurias, las búsquedas de equilibrio entre la oligarquía y las fuerzas populares, los pactos tácitos de no agresión. [...] Vencer supone aceptar por principio que la vida no es el bien supremo del revolucionario».

Mi padre fue ascendido al rango de «favorito de Fidel» y teórico del régimen. Mis padres cenaron en Nochevieja con el jefe del Estado; en su discurso de fin de año, los colocaron en la tribuna de honor de la plaza de la Revolución, al lado de la insustituible Celia Sánchez. Eran los únicos que no formaban parte del gobierno. Evidentemente, esto suscitó envidia y codicia. Estaban totalmente integrados en el primer círculo de íntimos del hombre fuerte de Cuba, un verdadero emperador sin imperio. ¿Los deslumbraba esa situación? Un poco, seguramente... En cualquier caso, ya estaban en el punto de mira de la CIA.

En febrero de 1967, mi padre fue enviado a Bolivia —con su pasaporte verdadero precisamente cuando, con la publicación de su libro, se hallaba bajo el foco de atención— para unirse a la guerrilla del Che como agente de enlace. ¿Cuál fue el objetivo de aquella operación? Impulsar un «segundo Vietnam» latinoamericano. «Crear dos, tres, muchos Vietnam», ese era el credo del Che.

Mi madre no aprobó aquella partida precipitada: su instinto político la incitaba a la desconfianza. Para los servicios secretos estadounidenses, era fácilmente localizable; para los comunistas bolivianos, era un agente prochino. Pero para Fidel encarnaba a un Malraux de la selva boliviana.

Mi madre conocía demasiado bien Bolivia y la importancia de su sentimiento nacional —los países vecinos le habían amputado casi la mitad de su territorio a lo largo de los dos últimos siglos— para no anticipar el fracaso de aquel nuevo foco de insurrección: extranjeros que sin hablar las lenguas locales esperaban contar con la ayuda de los campesinos para sobrevivir en aquel rincón agreste y hostil, mientras que serían considerados invasores por una población muy apegada a la propiedad de su parcela de tierra, y sin poder contar con el apoyo de una clase obrera organizada, confinada en las lejanas regiones mineras. Había que estar realmente obnubilado para creer en ello.

Pero el Che consideraba que el nacionalismo era un sentimiento ridículo y reaccionario que debía ser combatido en nombre del «internacionalismo proletario». Para él Bolivia, encuadrada entre Perú, Chile, Argentina, Paraguay y Brasil, podía constituir el santuario de todos los movimientos guerrilleros dispersos alrededor y una base de apoyo para los futuros frentes revolucionarios del continente. A pesar de sus recursos mineros, era el país más pobre de América Latina y tenía en su haber el récord de golpes de Estado. Pero también era el país en el que había tenido lugar una reforma agraria radical, llevada a cabo por el MNR durante la revolución de 1952: los pequeños propietarios se habían organizado desde entonces en sindicatos poderosos y estaban protegidos por el ejército. Los dos bandos no eran antagonistas sino aliados.

Para mi padre, «el deber de un revolucionario es hacer la revolución». Basta de teoría, había llegado el momento de pasar a la acción: «Sin fusil, mala pluma; sin pluma, mal fusil», repetía. Estaba dispuesto a todo por el Che, aquel héroe desaparecido desde hacía casi dos años de la escena oficial pero que, tal como sabían algunos iniciados, preparaba una operación de envergadura.

Antes de marcharse, mi padre quiso ver el despacho que el Che había abandonado en el Ministerio de Industria: ¿lo hizo para impregnarse de mística revolucionaria? Mi madre, intrépida y curiosa, no dudó en registrar los cajones del despacho del «superhombre». Encontró un cuaderno con anotaciones garabateadas y empezó a leerlo: era su diario del Congo, que nunca será publicado íntegramente. Mi padre, escandalizado ante tanta desfachatez y falta de respeto hacia aquel semidiós, la abrumó con amenazas para que dejara el manuscrito sagrado. Mi madre acabó cediendo de mala gana. Buscaba elementos de análisis, mientras que mi padre estaba en la admiración beata. Para él, el mito era intocable; para ella, podía ser deconstruido.

Para mi padre, aquel era un mal momento para partir hacia Bolivia porque esperaba la visita de sus padres unas semanas más tarde. Mi abuela había sido invitada como presidenta del Festival International de danse de París, que acababa de concederle un premio a la bailarina estrella cubana Alicia Alonso. Estaba impaciente por volver a ver al hijo que se había marchado a los trópicos hacía dos años.

Mi padre le pidió a Piñeiro, viceministro de Interior y jefe de los servicios de información y operaciones clandestinas, del que recibía órdenes, que anulara aquella invitación. Barbarroja, así le llamaban, le dio su palabra y mi padre se marchó tranquilo. Mis abuelos llegaron tal como estaba previsto a La Habana y se sorprendieron al ver que su hijo no estaba para recibirlos. Sus interlocutores cubanos intentaron convencerlos de que tuvieran paciencia, diciéndoles que se había marchado al otro extremo de la isla para cortar caña de azúcar: aquella «tarea voluntaria» era una ocurrencia de Fidel Castro para «movilizar a las masas». Mis abuelos, perplejos, pidieron información al embajador de Francia, que les mostró un telegrama de la agencia AFP que acababa de recibir: «Un francés fue asesinado ayer entre las filas de guerrilleros procastristas bolivianos durante un enfrentamiento con las tropas gubernamentales. Se trataría, según los militares bolivianos, de un tal Régis Debray o Lebrey».

Mis abuelos descubrieron en el mismo momento que su hijo no era profesor de filosofía sino guerrillero, y que había muerto. El golpe fue inmenso. Era el 24 de abril de 1967.

Aquel mismo día, mi madre volvió a casa después de su jornada de entrenamiento y encontró un mensaje deslizado por debajo de la puerta. Unos camaradas venezolanos le daban la noticia, discretamente, por si nadie la había informado todavía. Luego una amiga socióloga chilena, Paz Espejo, se presentó sin avisar. Mi madre se dio cuenta de que había descolgado sigilosamente el teléfono del apartamento. Comprendió que la enviaba Piñeiro con la misión de impedir que se enterara de la muerte de mi padre. Controlar la información equivale a controlar a las personas, y en consecuencia supone conservar el poder absoluto. Mi madre consiguió por fin deshacerse de aquella mujer parlanchina a la que yo conocí, de niña, exiliada en París, en su pisito lleno de humo. Nunca se lo reprochó: para mi madre, los recuerdos comunes prevalecen siempre sobre los rencores.

En lugar de sentirse abatida por la noticia, decidió pasar por alto las manipulaciones del jefe de los servicios secretos y tomó la iniciativa de ponerse en contacto con sus futuros suegros, sabiendo que se encontraban de paso en La Habana. Encontró un intermediario, un hombre de confianza que ella admiraba por su refinamiento y cultura. Saverio Tutino, miembro de la resistencia italiana durante la guerra y luego corresponsal de *L'Unità* en Cuba después de haber estado en China y Francia, aceptó aquella misión confidencial. Partió de inmediato en busca de mis abuelos, que siempre se lo agradecieron y le fueron fieles: todos los años irán a visitarlo a Roma hasta su muerte.

Mis abuelos enviaron un coche a mi madre para que fuera a encontrarse discretamente con ellos en el hotel. Nunca habían oído hablar de ella. Mi padre se había mostrado tan discreto sobre sus compromisos políticos como sobre su vida amorosa. Ya no les iba de una sorpresa más. Quizá esta sería más agradable que las demás.

Mi madre encontró a mi abuelo desamparado; sentado en la cama de su habitación del Habana Libre, no escondía sus lágrimas ni su decaimiento. Mi abuela, altiva y elegante, disimulaba su sufrimiento acentuando su compostura. Mi madre comprendió que se encontraba con su *alter ego*, tan inteligente y valiente como ella. Los tres se convirtieron en aliados infalibles:

mi madre será la hija que nunca tuvieron, una cómplice y una guía en aquel mundo que no conocían.

Cuando de niña preguntaba sobre aquella época «mítica», mi abuelo Georges suspiraba profundamente y mi abuela Janine adquiría una expresión que oscilaba entre el dolor y el despecho: les faltaban las palabras para hablar de ello, como si, veinte años después, la herida todavía no se hubiera cerrado. Yo estaba muy resentida con mi padre por haberles hecho sufrir tanto a ellos, que tanto hacían por mí.

Mi madre, siempre racional, les explicó que Régis no se había ido a Bolivia como combatiente. Así que dudaba de la hipótesis de una muerte en combate. Estaba convencida de que había sido arrestado y de que en aquel mismo momento estaría siendo torturado por los militares, que buscaban información sobre la guerrilla y la presencia del Che. No había tiempo que perder, había que ir lo antes posible a Bolivia para localizarlo. Habría podido admitir la idea de una muerte accidental, de un daño colateral durante una emboscada, algo tan probable como un arresto, pero prefirió excluir los escenarios derrotistas. Se aferró a cualquier precio a su versión de los acontecimientos, tan probable como cualquier otra, pero que se adecuaba mejor a su temperamento de luchadora.

Mi abuela, atónita ante el aluvión de noticias contradictorias recibidas a lo largo del día, pidió ver a algún responsable político cubano. Mi abuelo, demasiado consternado para poder reaccionar, dejó que su esposa tomara la iniciativa. El régimen aún ocultaba información a mi madre. Así que debía seguir actuando con prudencia. Se dirigió a una mujer a la que respetaba por su integridad, Haydée Santamaría, hermana de un mártir y heroína de la revolución, fundadora y directora de la Casa de las Américas —al frente del ámbito cultural de la política de expansión de la revolución—, que, demasiado agobiada por las muchas desilusiones políticas, se suicidará en 1980. Mi madre tenía la certeza de que Haydée conocía ya la noticia del fallecimiento de mi padre y le pidió que se reuniera con los padres de Régis sin contar nada a sus superiores.

Después de aquella entrevista, en la que Haydée apoyó a mi madre en su análisis, mi abuela pidió ver al responsable de aquella situación, Fidel Castro. Acostumbrada a recibir en el Ayuntamiento de París a los jefes de Estado en visita oficial y a tratar con dirigentes políticos de toda índole, mi abuela quería evaluar a aquel que había enviado a su hijo a aquella aventura peligrosa. Entonces mi madre se dirigió a otra mujer, Celia Sánchez, la compañera del Líder Máximo, para organizar dicha reunión, eludiendo

deliberadamente la autoridad del director de los servicios de información, Piñeiro. Mis abuelos se reunieron aquella misma tarde con el Comandante y mi madre hizo de traductora. La conversación fue cordial y directa, aunque mi abuelo rechazó el puro que Fidel Castro le ofreció. Él los animó a ir a Bolivia en busca de su hijo. Mi madre, en cambio, tenía que quedarse en Cuba «por razones de seguridad»: era una presa demasiado interesante para la CIA. Ya estaba todo dicho. Aunque hubiera querido rebelarse contra aquella orden, no resultaba fácil escapar del «Club Med»: no tenía papeles, ni agencia de viajes, y además estaba sometida a una vigilancia a toda prueba.



Mi madre animó a mis abuelos a ir de inmediato a Bolivia. Pero primero regresaron a Francia para activar sus relaciones e influencias políticas. Llamaron a todas las puertas: a la Cruz Roja internacional, al Papa —que intervendrá— y, por supuesto, al Gobierno. Mi abuela alertó a De Gaulle: «Mi hijo está en grave peligro. Me marcho esta tarde a La Paz para intentar salvarlo. Es la angustia de una madre la que hace que me atreva a dirigirle una llamada apremiante para que me conceda su ayuda en mi grave misión». Reconozco su estilo enfático e imagino su mueca de dolor al escribir estas líneas. Mi abuela era capaz de ser tan enérgica como teatral. Confiaba en la relación familiar con los Vendroux, la familia política del general, para que aquella petición de ayuda no fuera en vano.

A la mañana siguiente, el general envió un telegrama a otro general, el presidente boliviano Barrientos, al que había conocido tres años antes durante su periplo latinoamericano: «Deseo llamar su distinguida atención sobre el interés que tengo por preservar su vida, que, en última instancia, solo depende de usted. Es posible que este joven y brillante universitario se haya dejado llevar sin rumbo por su parcialidad excesiva y el deseo de aventura. Sin embargo, sería lamentable poner fin, por unos errores de juventud, a una existencia cargada de promesas y que augura un sincero arrepentimiento». Es la única vez que De Gaulle intervendrá personalmente a favor de alguien que no era ni mucho menos una personalidad, tan solo un joven perdido por los caminos de la radicalidad.

La respuesta fue mordaz: «Es posible que en Francia, y según su generoso concepto, se le considere “un joven y brillante universitario”. Lamentablemente, aquí en Bolivia solo lo conocemos como un intruso subversivo gravemente comprometido en el asesinato de veintisiete soldados, civiles y suboficiales de nuestras fuerzas armadas y como teórico de la violencia para la destrucción del orden institucional». Entre militares, ¡el estilo diplomático estaba de más!

A pesar de la hostilidad local hacia él, mi padre en adelante estaría protegido: el ojo de París velaba por él, pero no estaba a salvo de algún abuso. Además, las noticias contradictorias se sucedían: fusilado, fugado,

intercambiado. La confusión sobre su destino persistió hasta que las autoridades bolivianas reconocieron finalmente su detención en Camiri. Una foto de su arresto las traicionó. La historia de aquel cliché, tomado en Muyupampa y publicado en La Paz, es una verdadera novela, al igual que la existencia de mis padres desde hacía cinco años. Solo tenían veintisiete años, pero ya habían vivido varias vidas, a la vez despreocupadas e implacables. Era la primera vez que conocían el sufrimiento físico y moral, despiadado e intenso: su buena estrella se había esfumado.

## II. La prueba

Desde el 20 de abril de 1967, mi padre estaba sometido a la voluntad de los militares bolivianos. Le enseñaron la noticia de su muerte publicada en la prensa para demostrarle que en modo alguno podía contar con nadie. Nunca fue locuaz acerca de las torturas que sufrió: una serpiente venenosa metida en su celda —siempre evitábamos los terrarios cuando íbamos al zoo—, los simulacros de ejecución en plena noche. «Estaba definitivamente perdido, sin fuerzas para seguir resistiendo, y el nerviosismo de los oficiales, que desahogaban en mí sus rencores sin un fin preciso, estaba en su punto álgido, y se divertían disparándome entre las piernas y junto a la cabeza», resumió en *Le Procès de Régis Debray*. Nunca añadió nada más. Fidel Castro elogió «la resistencia y el valor que opuso a sus carceleros y torturadores», pero ¿qué sabía él realmente?

Un militar alardeó de haberlo subido a un avión. En pleno vuelo, había abierto la puerta y había colocado a mi padre de cara al vacío, sujetándolo por un brazo y amenazándolo con soltarlo si no decía todo lo que sabía sobre la guerrilla. Suficiente para soltar la lengua de cualquiera. Otro método consistía en llevarlo en camión con una pistola apuntándole en la sien: a la más mínima sacudida, se podía disparar fácilmente... Imposible no sentir un nudo en la garganta al descubrir estos testimonios, cincuenta años después, dignos de una escena del último *James Bond*. Hay una diferencia enorme con el intelectual de hoy, vehemente y centrado en lo francés, que se explaya en los medios y vive encerrado en su despacho del Barrio Latino. «Es nuestro destino ser en la vejez lo que en la juventud nos hubiera merecido el más grande desprecio», escribe Julian Barnes en *El ruido del tiempo*. No tuvo que enfrentarse a una tortura sistemática, versión Gestapo, con instrumentos, o al tipo de tortura practicada por su amigo Fidel Castro, que se había convertido en un experto en represión incluso contra aquellos que habían combatido con él en Sierra Maestra pero que constituían una amenaza para su poder absoluto. Tuvo que enfrentarse al rencor de los militares jóvenes, que tenían en sus manos al chivo expiatorio que debía pagar por los compañeros muertos en las emboscadas de la guerrilla.

¿Qué ocurrió realmente entre mi padre y sus carceleros? Nadie lo sabrá nunca. Mi padre guarda sus secretos y heridas para sí. No ha podido ocultarme las secuelas visibles en las uñas de los pies. Otras, más discretas pero más insoportables, seguramente le atormentan hasta el punto de tener que callarlas.

Si mi padre salvó la vida, fue gracias a un ángel de la guarda. Durante su primera estancia en Bolivia en 1964, mis padres establecieron una relación amistosa con Gustavo Sánchez, militante y periodista. Este hombre será triplemente importante: se convertirá en viceministro del Interior y se ocupará personalmente de la expulsión de Klaus Barbie a Francia en 1983, a instancias de mis padres y de Beate y Serge Klarsfeld; me sacará de un campamento de jóvenes pioneros en Cuba, en 1986, donde yo empezaba a sentir los estragos después de un mes de entrenamiento intenso; y, en aquel momento, su hermano, el comandante Sánchez, que había sido hecho prisionero unas semanas antes por la guerrilla y había recibido un trato digno, siendo liberado poco después, se hallaba destinado en la guarnición a la que mi padre fue transferido después de su arresto. El mayor Rubén Sánchez sabía que aquel francés era amigo de su hermano. Y puesto que en el continente latinoamericano la familia y la amistad son más sagradas que las leyes y las ideas, veló para que nada irremediable le sucediera, permaneciendo delante de la puerta de la celda improvisada en la que mi padre se pudría.

Algunos militares habrían preferido acabar con aquel hombre extranjero por partida doble, francés y a las órdenes del régimen cubano, que se entrometía en asuntos que no le atañían. El antiguo jefe de los servicios secretos del ejército boliviano, el coronel Federico Arana Serrudo, reveló en sus memorias que había recibido orden del general Ovando, entonces comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, de liquidar «al francés». Arriesgando su carrera, rehusó ejecutar la orden tras interrogar al prisionero, que afirmaba ser un simple periodista que había ido a entrevistar al Che en busca de una primicia para el editor François Maspero. El coronel no se dejó engañar; sospechaba que Debray ocultaba informaciones de capital importancia. Por razones morales y militares, matarlo constituía sin embargo un error. Llamó en plena noche al general Ovando apelando a su sentido común: un error como aquel podía cuestionar su futuro político (Ovando se convertirá en presidente en 1969).

«Los que asesinan a los ciudadanos de un país libre e independiente merecen la muerte. Régis Debray tiene que pagar sus delitos con la muerte», se podía leer en los muros de La Paz. El *Nouvel Observateur* titulaba en su

primera página del 24 de mayo de 1967: «¿Fusilarán a Régis Debray?». El general Barrientos exclamaba: «¡Las aventuras de Régis Debray terminarán en Bolivia!». Aquello evidentemente resultaba inquietante... La muerte era entonces una realidad más trivial que hoy en día. Mi padre la había mirado a la cara. ¿La había domeñado?

Seguramente se reprochaba esos segundos de descuido que lo habían llevado a aquella situación peligrosa: al bajar de las montañas, tras pasar un mes junto al Che, se había afeitado para que la barba no lo delatara. Sin embargo olvidó quitar los pelos largos de su maquinilla de afeitar, prueba irrefutable que lo acusaba. Esto es lo que me contó mi madre siendo yo niña, para tranquilizarme cuando mi padre olvidaba venir a verme. «Es tan distraído que, además de perder el pasaporte en Chile, incluso olvidó limpiar su maquinilla de afeitar al salir del maquis en Bolivia. Así que, cariño, olvidarse de una cita...». Sus referencias, Chile y Bolivia, no me importaban demasiado. Además yo creo que confundía ambos países, para disgusto de mis padres: había tantos exiliados chilenos y bolivianos que pasaban por casa que yo me perdía. En cualquier caso, todos tenían los mismos problemas, de persecución, de papeles, de exilio. Y yo no veía qué tenía eso que ver con mi decepción por no ver a mi padre. Había comprendido vagamente que no tenía que tomarme como algo personal sus ausencias y sus despistes..., algo que no estoy segura de haber conseguido hacer.

El embajador estadounidense contó más tarde a su homólogo francés que había protegido la vida de mi padre, al que la CIA rápidamente había considerado una presa de gran valor, una fuente de información más útil viva que muerta. «Estos señores de la CIA [que hacen que un médico lo cure y lo tratan con más cortesía que sus colegas bolivianos] tienen un enorme dossier sobre mí, un *curriculum vitae*, mis movimientos a lo largo de los dos últimos años, listas de amigos, etc.», explicó mi padre. «De la guerrilla ya lo saben casi todo. Tienen ya a tres prisioneros, entre ellos dos desertores, documentos olvidados en un campamento abandonado [...]. Muestran incluso dos fotografías del Che. Ni la apariencia física del Che ni su presencia en Bolivia en aquella época son el objetivo de los interrogatorios: hace tiempo que las conocen. Lo que les interesa a esos señores es el contexto, el contenido de nuestras conversaciones, los planes y los contactos».

Posteriormente mi padre negará vehementemente haber desvelado secretos a la CIA, que insistía en que firmara una declaración pública donde renunciaba a sus ideas y reprobaba sus escritos, a cambio de una liberación discreta y rápida. «Solo pido una cosa: que publiquen todos mis interrogatorios, todo lo que he dicho desde que fui interrogado por la gente de la CIA, y quedará claro que sé cien veces menos cosas que ellos». La presencia del Che, que actuaba con el nombre de Ramón, ya no era un misterio. Así lo confirma un militar: «Lo que Debray pudo decirnos no cambia en nada la historia, no nos servía de mucho. Ya sabíamos por qué zona se movía el Che cuando lo capturamos. La CIA nos había ofrecido un apoyo decisivo».

El argentino Ciro Bustos ya había conducido al ejército hasta la cueva donde la guerrilla escondía sus víveres, sus medicamentos y sus documentos y, echando mano de su talento de pintor, había realizado retratos de todos sus antiguos camaradas de lucha. «Nuestro dibujante», como lo llamaba el jefe de los servicios secretos del ejército, ocultaba su juego a su compañero de detención, que acabó comprendiendo que el traidor era su vecino de celda. ¿Fue una sorpresa para mi padre? Desde el principio de la operación, su acólito no había disimulado su falta de convicción. Seguramente, los

demasiados fracasos de la guerrilla argentina habían apagado su ardor. Y, sin ardor, la delación se hizo inevitable.

Las autoridades bolivianas, que detuvieron por un breve espacio de tiempo al editor de mi padre François Maspero, que había viajado desde París para apoyar a su autor y amigo, le hicieron escuchar las declaraciones de Debray, con la esperanza de suscitar confesiones. «Una inacabable exposición universitaria sobre la estrategia mundial como la que se puede leer en todos sus textos publicados [...]. Ni un solo detalle que pueda poner en peligro a la guerrilla. Todavía hoy me siento lleno de admiración por aquella hazaña, llevada a cabo ante sus torturadores», explicó Maspero.



¿Qué había hecho mi padre para provocar tanto odio entre algunos o tanto interés entre otros? En septiembre de 1966, se había dedicado a estudiar cuál era el lugar más propicio para la implantación de un foco revolucionario en el corazón de la cordillera de los Andes. Sirviéndose como tapadera de un estudio sociológico rural, encargado por un instituto de investigación francés, había recorrido durante dos meses la parte alta del departamento del Beni y la provincia del Chapare, había conseguido con malicia planos militares, había identificado los lugares en los que replegarse y había estudiado la logística. Aquellas regiones tenían la ventaja de poseer una población densa, comunicaciones fáciles entre las ciudades y la influencia de Perú, donde ya se había constituido un foco rebelde. Regresó a La Habana con dos informes precisos y detallados, ilustrados con fotografías, que fueron analizados en las altas esferas.

El Che, maquillado y calvo, llegó el 5 de noviembre de 1966 a Bolivia bajo la identidad de un empleado de la Organización de Estados Americanos. Fue recibido por un contingente de combatientes cubanos muy bien entrenados y elegidos cuidadosamente, lo que prueba la importancia que Fidel Castro concedía a aquella operación, financiada y orquestada gracias al apoyo inquebrantable de Cuba.

En el último momento, se decidió que la zona de combate se establecería más al sur, en la región de Ñancahuazú, casi desierta, ingrata, surcada por estrechos valles con vegetación densa, en los que los campesinos sobrevivían en condiciones difíciles. La Sierra Maestra era, en comparación, un campo de vacaciones. ¿Por qué aquella elección? Nadie lo sabe. Los adjuntos del Che habían cambiado los planes iniciales en el último momento. Y Fidel Castro se encontró frente a un hecho consumado. Aquella zona accidentada y casi insalubre, con apenas recursos alimentarios, no ofrecía ninguna ventaja, salvo estar cerca de Argentina, país natal de Ernesto Guevara. Este patinazo inicial sigue siendo incomprensible... y estuvo en el origen de la catástrofe. A no ser que el Che simplemente hubiese sucumbido a la llamada de la madre patria.

En diciembre de 1966, el líder del Partido Comunista boliviano, Mario Monje, reivindicó la dirección político-militar del movimiento, lo que el Che

rechazó argumentando que no tenía ninguna experiencia en la lucha armada. Del mismo modo que los cubanos toleraban mal la tutela restrictiva de los soviéticos, los demás latinoamericanos eran reacios a someterse a la de Cuba. El PC no proporcionará hombres, ni material, ni maquinaria propagandística. Segundo grano de arena que hizo que se encasquillase el engranaje. Una fracción disidente se alió sin embargo con el movimiento: ocho hombres sin experiencia, pero motivados, se unieron a las tropas rebeldes. Tres peruanos se sumaron al efectivo total de unos cincuenta hombres.

A principios del mes de marzo de 1967, tras la denuncia de un campesino y la desertión de dos bolivianos, tuvo lugar un primer choque con el ejército boliviano: el Che no estaba preparado para librar batalla. Los militares ocuparon el campamento y esto obligó a «la procesión de vagabundos jorobados» —según palabras de mi padre— a desplazarse constantemente de noche, para despistar a las tropas de las fuerzas especiales y al aparato de la inteligencia estadounidense, llegado para apoyar a los soldados de la región. Dos mil hombres armados y seiscientos *rangers* perseguían en un perímetro escarpado de ciento veinte kilómetros a una escasa tropa de guerrilleros, de los cuales la mitad estaban enfermos y la otra mitad febriles.

Las condiciones de supervivencia eran duras. El Che escribió en su diario el 4 de marzo de 1967: «El ánimo de la gente está bajo y el físico se deteriora día a día; yo tengo comienzo de edemas en las piernas». Y luego, doce días después: «Decidimos comernos el caballo pues ya era alarmante la hinchazón [de nuestras piernas]». Además del hambre, su asma era su peor enemigo. Fidel Castro dijo en su oración fúnebre: «Un día dijo a los guerrilleros en Bolivia: “Este tipo de lucha nos da la oportunidad de convertirnos en revolucionarios, el escalón más alto de la especie humana”». Aquella especie pasaba de la hambruna a la sed, a los edemas y a los cólicos. Superando las limitaciones físicas, se hacían dignos del glorioso título de «soldado de la revolución». Pero no estaban allí para batir récords de resistencia física en los Juegos Olímpicos: tenían que establecerse, hacerse aceptar por los habitantes, abastecerse gracias a ellos. Y en este ámbito no consiguieron la medalla de oro sino todo lo contrario. Nunca consiguieron hacer un reclutamiento local.

Los dos agentes de enlace, el argentino Ciro Bustos, encargado de estimular contactos con Argentina, y mi padre, alias Danton, encargado de hacerlo con Cuba y Europa, llegaron el 20 de marzo de 1967. ¿Por qué elegir Danton? Afortunadamente, no era Robespierre... «Audacia, una vez más audacia, siempre audacia», había repetido Barbarroja al atribuir a mi padre ese seudónimo.

El Che resumió así, en su diario de operaciones, su primer encuentro con mi padre: «[Danton] viene a quedarse, pero yo le pedí que volviera a organizar una red de ayuda en Francia y de paso fuera a Cuba, cosa que coincide con sus deseos de casarse y tener un hijo con su compañera. Yo debo escribir cartas a Sartre y B. Russell para que organicen una colecta internacional de ayuda al movimiento de liberación boliviano». Así pues, ocupó un pequeño lugar en el diario del Che, atrapada entre Danton y Sartre. Ahora estoy tranquila: no soy un accidente, sino fruto de la voluntad, un poco burguesa para un revolucionario, de formar una familia. Estoy en proyecto. Tendrán que pasar nueve años para materializarlo: la cárcel, los compromisos políticos, las sucesivas mudanzas, las infidelidades, no facilitaron demasiado mi llegada al mundo.

Durante su proceso, mi padre explicó las interminables semanas pasadas en aquellas montañas hostiles: «Yo mismo pedí compartir todas las obligaciones y todas las tareas de la vida de guerrilla, montando guardia en el campamento y fuera de él, ayudando en la cocina, la caza y en todas las demás faenas de la vida cotidiana». ¡Tareas domésticas que parecían mucho más estimulantes de realizar en plena selva que en un pequeño apartamento parisino!

La primera vez que fue enviado al puesto de vigilancia situado a la entrada del campamento, un avión militar sobrevoló la zona ametrallando a ciegas. Fue su bautismo de fuego. Cualquier negligencia podía resultar fatal.

¿Cómo era la vida de aquellos hombres escondidos en la montaña? Durante el día, los perseguían los soldados, y por la noche, batallones de mosquitos, unos enemigos feroces que atacaban sin tregua, a su lado las pulgas parecían amistosas. Caminaban una media de diez kilómetros al alba y luego descansaban tumbados en hamacas. «La ceremonia del café matutino era nuestra comunión diaria», explica Ciro Bustos: el Che lo tomaba amargo, mientras que a los cubanos les gustaba con mucho azúcar. Guevara impartía cursos de historia y economía y distribuía libros a todos. Bustos había llegado con el último libro de Julio Cortázar, y aquello había sido motivo de alegría para su acólito argentino. La biblioteca de la guerrilla se componía de un centenar de libros. Rápidamente, hubo más libros que medicamentos a disposición de los guerrilleros, todos dispuestos a dar su vida por el Che, a pesar de sus reprimendas severas y su rigor implacable, tanto consigo mismo como con los demás.

Mi padre reconoció humildemente no formar parte de la aristocracia de los combatientes clandestinos: «No tenía ni el derecho ni el deber de

combatir, tampoco de ser considerado un guerrillero. [...] Cuando hablé con el Che de mi incorporación a la guerrilla, me respondió que no estaba suficientemente entrenado para la vida en la selva y que para él diez intelectuales de la ciudad valían menos como guerrilleros que un único campesino de la región». Sin duda debió de sentirse un poco ofendido...

¿Mató a alguien durante las emboscadas con el ejército? Quizá por error, pero seguro que no voluntariamente. Sí abatió en cambio un oso pardo, «pesado de transportar», que permitió alimentar a toda la tropa. En agradecimiento, esta denominó a la base de repliegue «el campamento del oso».

Al cabo de un mes, el 19 de abril de 1967, los dos agentes de enlace abandonaron el grupo, aprovechando la visita inesperada del periodista británico George Roth. El argentino Bustos, poco motivado, tenía prisa por reunirse con su familia; y mi padre, por ponerse al servicio del Che, convirtiéndose en su indispensable agente de enlace. Los dejaron en el pueblo de Muyupampa con la misión de salir discretamente de la zona para llevar a cabo sus respectivas misiones de propaganda. ¿Cómo fue la despedida? «El diario del Che no refleja la opinión completa que tenía de Debray, hombre al que tenía en gran estima y al que reconocía un gran valor intelectual. El Che le dijo que tenía que marcharse y que más tarde tendría tiempo para llevar a la práctica su experiencia de guerrillero», cuenta uno de los pocos supervivientes.

Al día siguiente de su partida, el Che se enteró de la detención de ambos, «por tener documentos falsos. Danton debe salir bien», anotó en su diario. Fidel Castro subrayó a su vez: «El diario [...] evidencia la enorme preocupación que suscitó en el Che el arresto y encarcelamiento del escritor revolucionario a quien había encomendado una misión en Europa, aunque en el fondo habría deseado que aquel permaneciera en la guerrilla». En aquel momento solo quedaban veinticinco hombres, enfermos, perseguidos y aislados. Pero el mito del Che y de su guerrilla invencible —el fracaso del Congo todavía no se conocía— seguía alarmando a las autoridades bolivianas, totalmente movilizadas para erradicar aquella pretendida rebelión peligrosa.

Durante dos meses, hasta finales de junio de 1967, a mi padre lo mantuvieron en secreto, cambiando de lugar de detención regularmente, pasando de cuarteles a cárceles improvisadas, de interrogatorios brutales a jornadas de confinamiento, esposado de día y atado de noche. ¿Era capaz entonces de concebir un futuro? ¿O acaso la supervivencia del día a día se convirtió en su única aspiración? Me pregunto en qué piensa uno en esos momentos de soledad y dolor..., pero quizá no se piense en nada precisamente para conservar las fuerzas.

Bolivia no era el tipo de país en el que se comparecía ante un juez por acusaciones concretas. El jefe del Estado, el general Barrientos, llamaba a los

«insurgentes» «ratas y víboras» y quería «castigar a Debray» en calidad de instigador de aquel foco de insurrección. Para evitar que los mineros se pasaran a la guerrilla a pesar de los seiscientos kilómetros que los separaban de ella, ordenó el asalto por sorpresa de los campamentos de la mina más importante del país, la misma que mis padres habían conocido y filmado tres años antes. Las mujeres y los niños tampoco se libraron y fueron asesinados mientras dormían o tras despertarse al oír los gritos y los tiros. La crueldad de aquella masacre, denominada de la noche de San Juan, el 24 de junio de 1967, encarna el espíritu de la época. El número oficial de víctimas fue de 20 muertos y 72 heridos, aunque la cifra real sigue sin conocerse. Varios cientos de desaparecidos nunca regresaron. Se trataba de una guerra a muerte, sin compasión.

En cuanto sus contactos parisinos conocieron la triste suerte de su hijo, mi abuela voló a La Paz. Mi abuelo se quedó en París, forzado por sus obligaciones profesionales, e hizo de mensajero entre Bolivia y Francia. Tras veinticuatro horas de viaje, Janine llegó aturdida por el cansancio, la luz fría y la falta de oxígeno de aquella capital, la de mayor altitud del mundo. Todo le resultaba hostil y muy alejado de sus códigos y costumbres. A modo de comité de bienvenida, la madre de un soldado muerto en combate la esperaba en el aeropuerto, convencida de que Régis era el asesino de su hijo. Una cuarentena de soldados perecerán durante la erradicación de la guerrilla. En el hotel fue acosada con llamadas de amenaza u ofrecimientos de ayuda. ¿En quién confiar?

Felizmente podía contar con el apoyo indispensable del embajador de Francia en Bolivia, Dominique Ponchardier, amigo personal desde hacía tiempo, encargado de hacer prosperar una cooperación franco-boliviana beneficiosa. Antiguo jefe de la red de la Resistencia y antiguo responsable de los comandos anti-OAS, aquel hombre imponente y carismático era el inventor de la palabra «barbouze<sup>[5]</sup>» y autor de la famosa serie de espionaje *Le Gorille*. De Gaulle lo había enviado a Bolivia con la esperanza de que aquel destino le inspirara. La realidad resultó mucho más jocosa que la ficción... Comprendía perfectamente la desesperación de su amiga, ya que había perdido a un hijo en la lucha contra la OAS, que había atentado contra él y su familia en siete ocasiones. Contaba con la ayuda de Thérèse de Lioncourt, antigua operadora de radio de la Resistencia que ocupaba el cargo de cónsul en La Paz, después de haber trabajado en la repatriación y evacuación sanitaria en Dien Bien Phu. Estaba bien considerada por todos los militares bolivianos, impresionados al verla pilotar su avión y hablar con autoridad a los altos mandos, de soldado a soldado, mirándolos a los ojos.

«Cómo puedo explicarle todo esto a esta madre que viene a pedir clemencia para su hijo. Esta madre es una mujer de verdad a la que admiro y temo a la vez. Es también una vieja amiga de la Resistencia, del RPF. Cómo decirle que aquí estamos en otro mundo, en el que nada ocurre como en otros lugares. Cómo explicarle la susceptibilidad típicamente hispana de este

pueblo compuesto por un ochenta por ciento de indios. De estos aimaras que son a la vez la gente más pacífica y acogedora del mundo y, a veces, cuando la pasión política los arrastra, la más sanguinaria», se preguntaba su cómplice Ponchardier en *Paris Match*. Ella insistía en mantener una entrevista con el general Barrientos para pedirle clemencia. «La recibiré cuando tenga tiempo», respondió él públicamente. No estaba a las órdenes del general De Gaulle, ni a disposición de una consejera municipal de París desconsolada... La indulgencia no iba con él.

Entonces empezó un periodo en el que mis abuelos hicieron un paréntesis en su alegre existencia en la alta sociedad parisina, para dedicarse por completo a la suerte de su hijo: no hablaban español, les gustaban tan poco los militares como los guerrilleros, y se sentían más cómodos en un cóctel mundano que en medio de la selva boliviana. Se turnaban en sus estancias en Bolivia, con una abnegación admirable, apoyándose mutuamente y conservando siempre la esperanza. Como las viudas que se visten de negro para expresar su luto, mi abuela decidió no cortarse el pelo ni beber una sola gota de champán mientras su hijo estuviera preso: todo sacrificios para aquella mujer moderna convencida de que el pelo corto era prueba de emancipación y el champán prueba de alegría, dos atributos indispensables para una vida satisfactoria. Brindó, con expresión apagada y una copa vacía, con la Callas durante la fiesta de Año Nuevo de 1968, celebrada en París en casa de amigos comunes. Ambas iban peinadas con un bonito moño que hacía que parecieran princesas griegas trágicas con la mirada ojerosa.

Janine se exigía siempre estar impecable, hasta el punto de que no podía aparecer ante los periodistas con una carrera en una media, y mucho menos sin medias, a pesar del calor agobiante de Camiri. Y encontrar una media en Camiri, una aldea con pocos habitantes donde se construía a toda prisa una pensión para acoger a los visitantes que llegaban para comentar o participar en el «asunto Debray», era como buscar una aguja en un pajar. Sus trajes de chaqueta elegantes eran su manera de rechazar aquel mundo desordenado, inesperado y desconcertante que la irritaba porque siempre le reservaba alguna mala noticia. Se exhibía con la cabeza alta, un conjunto sobrio y tacones altos, por las callejuelas de tierra de aquel pueblo aislado en mitad de la región calurosa y desértica del Chaco, donde las casas eran bajas y tristes. No se había concedido tiempo para lloros. Estaba inmersa en la acción: demostrar por todos los medios que su hijo sin duda había cometido un delito de opinión, pero desde luego no era ese criminal al que los militares bolivianos trataban sin miramientos.



Las redes oficiales francesas, a las que sin cesar había pedido que intervinieran, eran las mismas contra las que su hijo se había sublevado. Todos se movilizaron para conseguir la liberación de aquel potencial opositor político. Pero, más allá de las diferencias de opinión, era, ante todo, francés y alumno de la Escuela Normal Superior: dos distinciones que era necesario defender a cualquier precio. Y si además era posible hacer comprender a los estadounidenses que su lucha contra el comunismo tenía límites y suponía el respeto de los derechos de un ciudadano francés, no estaba nada mal... En aquella época, el Estado francés se sentía orgulloso de reivindicar su independencia ante el «imperio yanqui». Las más altas instancias insistieron ante los servicios estadounidenses para que estos exigieran a las autoridades bolivianas un proceso legal, idea que el general Barrientos había rechazado inicialmente. Mi padre era para él un prisionero de guerra que no merecía justicia ni piedad. Estados Unidos hizo visiblemente esfuerzos: «Télex del Departamento de Estado a su Embajada en París: La misión US en La Paz ha aprovechado todas las ocasiones para hacer comprender al GOB (gobierno boliviano) que el prisionero debe ser tratado humanamente... Pueden informar de ello a la familia... Seguiremos instando a los bolivianos a que apliquen normas aceptables de procedimiento judicial regular, incluido un juicio justo, y subrayando los beneficios que ello aportaría al GOB». Mi padre se lo agradecerá con un eterno antiamericanismo, aunque rechace dicha expresión y prefiera la de antiimperialismo.

Todo enfrentaba a madre e hijo, a pesar de aquel carácter sin fisuras, de aquella exigencia moral que los empujaba a ambos a superarse, de aquella voluntad obsesiva y perfeccionista que les daba fuerza para mover montañas. Eran igualmente sinceros, desinteresados y apasionados. También les gustaba hacerse notar: aunque nunca lo confesaban, los focos les halagaban, la notoriedad les daba seguridad.

Mi padre volvía a ser un niño pequeño en su presencia. Con el tiempo, logró controlar su animosidad y activó, con esfuerzo, su indulgencia, pero su irritación acababa siempre por aflorar. Ella intentaba complacerlo torpemente, mostrándose demasiado generosa, demasiado «encantada» de verlo, demasiado protectora. Nada cambiaba la situación. Mi padre enseguida se exasperaba: miraba al cielo, suspiraba, farfullaba. Ella dirigirá hacia mí sus arrebatos de afecto, para mi gran satisfacción. Y mi padre dejará de ser el centro de sus atenciones, para su gran alivio. Los años de prisión no habían en modo alguno limado los conflictos ni cerrado las heridas. Yo fui el testigo mudo de todo ello... y la beneficiarla.

Mi abuelo, con un temperamento más tranquilo y filosófico, decía de su hijo menor: «A mí, Régis me tiene el afecto que un hijo maestro profesa a su padre campesino analfabeto». Siempre me gustó su agudeza y su discreción, apacible y tranquilizadora. Y también su humor. Una noche, mientras cenábamos él y yo en torno a un menú refinado del que guardaba el secreto, me contó cómo Janine se había obstinado en enviar a su hijo encarcelado, por Navidad, una lata de foie gras y una tableta de chocolate. Había movilizado a todo el servicio diplomático para que aquellas delicadas viandas llegaran a su destinatario el día de la Natividad del Señor. A causa del largo recorrido desde París, del calor que hacía en Camiri y de la negligencia de los militares, poco proclives a cumplir cuando se trataba de mi padre, el envío llegó hecho una papilla estropeada y poco apetecible. Mi abuelo sabía que mi padre detestaba el foie gras, lo incluía en la categoría de productos burgueses que había que prohibir, además su estómago delicado no lo digería, pero «era necesario que tu abuela se ocupara de él..., aunque resultara contraproducente, ¡era superior a sus fuerzas!». Intentamos imaginar la mueca

de mi padre al recibir el paquetito de su madre y nos reímos con ganas. La lucidez de mi abuelo respecto a su mujer y su hijo delataba su gran sensibilidad. Era el hombre más tierno del mundo.

Una tarde monótona de esas que acaban siendo deprimentes, enredada con la escritura de este libro sin estar totalmente convencida de poder conseguirlo, escucho por casualidad la voz de mi abuelo en France Inter.

«Estoy muy contento de que por fin mi hijo pueda hablar con un periodista francés. Ahora puedo verlo y vamos a poder trabajar juntos para desmontar esa increíble acusación. Me parece un juicio de la Edad Media. Tengo la sensación de que se repite el proceso de Juana de Arco, ya que me han pedido que le haga abjurar, cosa que no he querido hacer. Yo no tengo las mismas opiniones que él, pero no por ello voy a hacer abjurar a mi hijo, teniendo en cuenta la situación en que se halla. Aquí no se le ha comprendido».

Me emociono al escuchar ese tono familiar, tranquilo, reconfortante, por vez primera después de su fallecimiento. A menudo era la última voz que oía antes de acostarme cuando era niña: una pequeña fábula de La Fontaine, unas caricias en la espalda y llegaba Morfeo sin darme tiempo a apreciar el concierto de música clásica que sonaba en el salón. Siempre he tenido tendencia a olvidar que mi abuelo era también el padre de mi padre: este último se mostraba tan frío y distante con él que la filiación no era evidente. Tenía más relación, afecto y conversación con mi madre, su exnuera, que con su propio hijo. Al escuchar esta entrevista entre Georges y Régis, fechada a principios del mes de septiembre de 1967, ese parentesco se hace evidente; ya no es teórico, es real, está vivo.

Mi padre, con voz de hombre joven, contestó con ese tono perentorio que conozco bien: «No dramaticemos. Es el juicio de los tiempos modernos. Mi padre ignora que la Edad Media sigue presente en muchos países. Eso es todo».

«Es una cuestión generacional. Confieso que en las pocas semanas que han pasado desde que llegué, me he acercado a él. Y su madre, la reaccionaria número uno, tal como la llaman aquí, también se ha acercado a él desde que ha vuelto. Ve cosas que ni sospechaba», confiesa Georges. Mis abuelos abrían los ojos a una realidad que ignoraban. Era la primera vez que se sumergían en el Tercer Mundo. Su inmersión fue violenta y total.

Había conseguido la respuesta a mis preguntas iniciales. Ahora sabía que mi padre no había proporcionado ningún dato que hubiera permitido, seis meses después de su detención, la captura del Che. Habría podido quedarme ahí, contentarme con aquella verdad que me aliviaba. Pero no pude detenerme en mitad del vado; quise conocer el final de la historia. Así que me dirigí a los archivos de Asuntos Exteriores. Ese lugar tranquilo siempre me ha reconfortado: los archivos no mienten. Las pruebas llenas de polvo solo esperan nuestra atención para dar su testimonio. Pero se trata de una verdadera caza del tesoro: perseguir el expediente adecuado, pedir la ficha exacta, perderse entre carpetas mal clasificadas y enfrentarse a la normativa implacable. «Esta caja no puede consultarse antes de 2051». ¿Por qué esta y no la otra? Me contentaré con lo que es consultable: télex e informes intercambiados entre la embajada de Francia en La Paz y París, objetivos, concretos, instructivos. Disfruté zambulléndome en aquella época; me gustó el estilo elegante de los servicios diplomáticos franceses. Y me sorprendió su entrega a un hombre que no era ni amigo ni aliado. Mi padre ocupaba un lugar central en las preocupaciones bilaterales entre Francia y Bolivia, enredado en una situación a veces grotesca y con frecuencia dolorosa.

«Las reacciones importantes de la opinión mundial han hecho comprender a las autoridades bolivianas que una desaparición pura y simple [de Régis Debray] podía perjudicar a la causa que defendían», explica una nota diplomática francesa. El general Barrientos, sorprendido por la movilización internacional en torno al «asunto Debray», intentó recomponer su imagen, sustituyendo la de terrible verdugo por la de respetable militar en situación de legítima defensa. Autorizó rápidas entrevistas bajo una vigilancia férrea, primero con monseñor Kennedy, vicario de las fuerzas armadas bolivianas, el 21 de junio de 1967, que dio testimonio de la buena salud del prisionero; luego, quince días más tarde, con un reportero de Associated Press, que señaló las marcas de golpes que tenía en el rostro y una cicatriz encima del ojo derecho.

Mi padre siempre ha temido por los otros. Nunca ha soportado que me pusieran una inyección delante de él o que me acercara demasiado al vacío. ¿Cómo pudo soportar los golpes? ¿Cómo controló el dolor? La juventud y la esperanza debieron de ser las mejores corazas contra el sufrimiento...

Pasar de la sombra a la luz, de los bastidores de la lucha armada a las primeras páginas de los periódicos, no le resultó fácil a mi padre, inquieto por aquella repentina exposición mediática. Al principio se sintió tranquilizado, tal como reveló a *Paris Match*: «Estoy realmente emocionado con toda esta campaña de solidaridad en torno a mi persona. No sabía nada de todo esto porque siempre me dijeron que nadie se preocupaba por mí, que me consideraban muerto. ¡Qué sorpresa!». Después de la emoción, resurgió el militante que había en él; se rebeló. Contra ese «circo en el que me obligan a hacer el payaso», contra «esa notoriedad de mal gusto, ese repugnante alarde de buenos sentimientos que ha provocado mi detención, una maniobra, espontánea o no, poco importa, de nuestros adversarios que hay que frustrar y denunciar. Esto hace que nos olvidemos de la lucha de clases y de Bolivia». O también: «Me he beneficiado de un acto de solidaridad burguesa para salvar a un hijo perdido que se desearía pródigo, es injusto e innegable».

Actualmente, estas diatribas me hacen sonreír, sobre todo porque parecen sinceras. ¿Acaso hubiese preferido que lo dejaran pudrirse tranquilo en su celda y que lo olvidasen? Tal como recuerda el Che en su diario: «El clamoreo del asunto Debray ha dado más beligerancia a nuestro movimiento que lleva diez combates victoriosos». Fidel Castro tenía razón al apostar por un Malraux... Nunca lo dejará en la estacada: durante su encarcelamiento, y después, mi padre podrá contar con el apoyo indefectible del régimen cubano. Mis padres pudieron comprobar el famoso dictado: «Con Fidel, todo; contra Fidel, nada».

«¡Dios mío, cuánto ha cambiado! Nunca había visto a Régis mantenerse así, con la cabeza alta y con tanta calma y resolución en su mirada», dijo mi abuela a *Paris Match* ante las fotos tomadas en el patio de la cárcel de Camiri, que testimonian que mi padre había recibido un expediente de acusación de setenta y seis páginas: la justicia boliviana atendía a sus derechos y por fin se iniciaba un proceso legal. Sin embargo, el inicio del proceso, siempre inminente, se posponía sin cesar.

Después de múltiples negociaciones e infinitas conversaciones, finalmente mi abuela pudo ver a su hijo. Había pasado semanas interminables, resignada, esperando que las fuerzas armadas accediesen a su petición. El 22 de julio de 1967, en una pequeña habitación de dos metros por dos, vigilada por unos

oficiales, pudo hablar con su hijo durante cuarenta minutos. «No llores, mamá», fue el titular de *Paris Match*. Mi padre abrazó a su madre delante del objetivo de un fotógrafo. Las fotografías daban fe ante el mundo de que los «benévolos» bolivianos retenían a mi padre en buenas condiciones, a pesar de haberle obligado a llevar el humillante uniforme de reo. Ambos parecían incómodos, sin saber qué decirse, observados por los militares y grabados con un magnetófono. Por fin se atrevieron a abordar temas cruciales: las condiciones del futuro proceso, el abogado de oficio «comprado por el gobierno». Mi padre preveía una condena dura e irrevocable. Mi abuela se despidió haciendo la V de victoria. Se había esforzado por sonreír a pesar de su desánimo.

Después de algunas torpezas cometidas por arrogancia e ignorancia, mi abuela, que al menos había tenido la satisfacción de volver a ver a su hijo, regresó a París. Mi abuelo fue a Bolivia a sustituirla. Fue para asistir a su hijo como padre y abogado. Su actitud modesta y compasiva tenía el mérito de ablandar a los carceleros de su retoño, indócil y orgulloso. Llegó con la triste noticia del fallecimiento de su madre adorada, Nany, con la que Régis, de niño, jugaba al bridge los jueves por la tarde. Apenas iniciados sus estudios de filosofía, mi padre le había dicho con aplomo: «Tengo una mala noticia para ti, Nany: Dios no existe». Estaba muy apegado a aquella mujercita enérgica que, sin embargo, no dudó en desheredarlo, a él, su nieto preferido convertido en revolucionario. Los comunistas estaban en contra de las herencias; ¡tenía que vivir según sus principios! Pese a todo le guardaron algunos anillos que él se apresuró a vender —mal— al salir de la cárcel.

La embajada de Francia intentó conseguir su repatriación a La Paz y un estatuto de prisionero político que le garantizaría la posibilidad de leer, escribir, y recibir cartas y visitas con regularidad. Esperanzas vanas. Será juzgado por un consejo de guerra, a las órdenes del poder ejecutivo, en aquel pueblo aislado de Camiri, que repentinamente se hizo conocido y se llenó de actividad. Mi padre, recalcitrante, no tenía otra elección que doblegarse a la puesta en escena organizada por las autoridades bolivianas: su juicio tenía más que ver con una farsa que con la ley. La pena de muerte fue descartada, aun cuando el general Barrientos pidió al Congreso que la restableciera para aquella ocasión, pero sí se contempló seriamente la pena máxima de treinta años de trabajos forzados. Roger Lallemand, un gran abogado belga y futuro ministro socialista, dejó su despacho de Bruselas para defenderlo; mi abuelo lo ayudaba en sus esfuerzos. Hasta el último minuto, creyeron poder garantizar la defensa de Debray. Pero sus derechos no fueron reconocidos. Mi

padre pidió entonces que le dejaran asumir su propia defensa, lo que también le fue denegado. Así pues, solo podía contar con un abogado de oficio y una parodia de juicio para que se oyera su voz, en un país en guerra contra un peligroso enemigo interior que él mismo encarnaba.

Ya nadie dudaba de la presencia del Che en Bolivia. El 1 de julio de 1967, anota en su diario: «Barrientos tuvo una conferencia de prensa en la que admitió mi presencia pero vaticinó que en pocos días quedaría liquidado». Serán necesarios cuatro meses para que miles de hombres capturen a una decena de héroes, hambrientos y desorientados. «La leyenda de la guerrilla crece como espuma; superhombres invencibles. [...] Debray sigue siendo noticia pero ahora está relacionado con mi caso, apareciendo yo como jefe de este movimiento», sigue diciendo.

El Che seguía los acontecimientos desde la montaña, día tras día, y con todo detalle gracias a un pequeño radiotransmisor que le permitía únicamente escuchar las noticias, no emitir mensajes. «Se escuchó una entrevista de Debray, muy valiente frente a un estudiante provocador», anotó una noche, como un padre satisfecho de su pupilo. En efecto, había tenido que enfrentarse a una manifestación de jóvenes universitarios hostiles, manipulados por la propaganda gubernamental, que se habían acercado a las puertas de la prisión para desafiarlo. Los militares le permitieron discutir con ellos, convencidos de que lo lanzaban a la jaula de los leones y de que saldría vencido. No podían imaginar que la retórica sofisticada del estudiante de la Escuela Normal Superior acabaría con el descontento estudiantil. Mi padre tenía solo algunos años más que ellos, pero les aventajaba en teoría marxista. Aquella experiencia no volvería a darse.

«La única noticia de la radio es el tiro al aire que le soplaron a Debray padre y que al hijo le secuestraron todos los documentos preparatorios para la defensa con el pretexto de que no quieren que esta se convierta en un panfleto político», explica el Che. La seguridad de ambos Debray en Camiri se convirtió en un asunto que preocupaba seriamente a los servicios diplomáticos franceses, que por fin pudieron tener acceso al prisionero el 27 de septiembre de 1967, es decir, seis meses después de su detención. Temían un error transformado en intento de evasión, o un disparo vengador. Finalmente, la embajada de Francia consiguió que los trescientos metros que separaban la prisión del tribunal fueran recorridos en un furgón blindado, que los seis acusados —dos extranjeros, Régis Debray y Ciro Bustos, y cuatro



desertores bolivianos— fueran rodeados por una escolta de varios militares para entrar y salir del furgón y que el tribunal fuera protegido por soldados armados colocados cada dos metros. Incluso el abogado de oficio de mi padre reclamó protección policial, dada la animadversión creciente hacia él.

El gobierno boliviano, atónito ante la atención que suscitaba un joven marxista perdido entre personalidades de todo tipo, se había sumado a la idea de que un error mancharía la imagen del país. Todas las facilidades fueron concedidas sin rechistar al centenar de observadores y periodistas llegados para seguir el juicio del año a aquel rincón perdido, transformado en zona de efervescencia internacional.

Desde el inicio del «asunto Debray», la CIA y los servicios bolivianos pusieron bajo escucha a la embajada de Francia en La Paz, a mis abuelos y también a sus interlocutores habituales. Cuando empezó el año 1967, ¡todas las conversaciones telefónicas entre Francia y Bolivia estaban vigiladas!

¿Estaba mi padre al corriente de todas las preocupaciones y negociaciones de las que era objeto? Le preocupaba la salud de mi abuelo, afectada por el calor, la angustia y el desánimo. «Me ha parecido muy preocupado por su padre, agotado por su estancia en Camiri», escribió la bondadosa cónsul de Francia en La Paz Thérèse de Lioncourt en una nota diplomática. ¿Se sentía responsable de que su padre pasara por aquella prueba? Aquel hijo atento también sufría en una celda agobiante de dos metros por tres: «Estoy harto, siempre a oscuras. Me falta el aire. Esto cansa mucho», le dijo a un periodista durante una entrevista de diez minutos que tuvo lugar el día antes de su juicio bajo vigilancia militar estricta y que fue grabada. Se rebelaba contra «la prensa burguesa» que «sacaba provecho» de su detención, pero no se oponía a responder a las pocas entrevistas autorizadas por los militares. Para él suponían la oportunidad de ver rostros empáticos y de hablar en francés. La ventana de su celda estaba tapiada con tablones. Se alumbraba con una vela, cuando se la daban. Bajo la presión internacional, volvieron a abrir el tragaluz. Había comprendido cuál era la forma de presionar a sus guardianes, poco proclives a la simpatía...

No tenía acceso a su correspondencia, pero le habían permitido enviar una carta al general De Gaulle, una carta confidencial hasta ahora:

Señor Presidente de la República:

Cuando supe que el general De Gaulle se había dignado intervenir, hace unos meses, a favor de un joven francés detenido en Bolivia, no pude más que enrojecer, turbado, invadido por la confusión y la vergüenza.

Nada en mi persona justificaba tan alta intervención. Actualmente, esta extraordinaria señal de consideración me da valor y la autorización de contestarle, con un retraso impuesto por las

circunstancias de mi detención, que le ruego tenga a bien perdonar. Sencillamente, deseo expresarle mi emoción, mi gratitud, mi respeto.

Permítame, señor Presidente de la República, expresar algo más que mi gratitud personal. Como quizá usted sepa, América Latina se encuentra en el umbral de una dolorosa epopeya que, bajo diversas formas y con medios impuestos por la realidad de cada país, la conducirá a liberarse del aplastante vecino que la saquea y la desprecia, a recuperar su semblante y su pasado, la libertad de elegir su futuro y a sus amigos. No soy nadie para hablar en nombre de los hombres que la historia ha elegido para encarnar y dirigir este inmenso combate, pero, por ser su amigo y por ser francés, puedo dar testimonio de lo que piensan y me han dicho en varias ocasiones. La dignidad que intentan recuperar para sí mismos y sus países la encarna su nombre. Ayer no eran nada, pero hoy son suficientes para que se los tema y se los calumnie, para que se ahogue su voz. No he conocido a ningún patriota, en América Latina, obrero, estudiante, intelectual, que no sienta admiración y simpatía por su nombre. En las montañas, cuando de noche se escuchan alrededor del fuego las radios extranjeras, se alegran de captar la voz de Francia, que lejana, ininteligible para muchos, a veces discordante, alimenta sin embargo la esperanza. Desde Guatemala hasta Bolivia, aunque su forma de actuar le choque, los maquis, y los que los rodean, admiran y comprenden en usted tanto el pasado como el presente, tanto al jefe de la Resistencia francesa como al portavoz de la independencia nacional, de todas las independencias y de todas las naciones.

[...] Permítame que testimonie, según lo que he visto y escuchado, que Francia nunca ha estado tan acompañada ni ha sido tan respetada y admirada. Hay que estar cegado por el propio bienestar para no darse cuenta de este puente de confianza construido, de manera insólita, entre la muchedumbre de los desterrados de Asia, África y América, que no son lo bastante ricos para hacerse oír en el primer plano de la escena, y una gran nación de Europa que dice alto y claro lo que todo el mundo piensa y no se atreve a decir. Espero, Señor Presidente de la República, que no considere que este modesto e inútil homenaje a una parte de su acción es fruto de las circunstancias.

Ruego, Señor Presidente de la República, que crea en mi profundo respeto.

RÉGIS DEBRAY

Algunos declaran actualmente que el gaullismo paternal le ha llegado tarde, después de su desencanto mitterrandiano. No sabían que mi padre había pegado en una pared de su celda la portada de un *Paris Match* en la que aparecía el general en uniforme. Seguramente una foto del Che o de Fidel no habría sido vista con buenos ojos: el busto solemne de su ángel de la guarda reinaba, solo, en su antro, donde por fin tenía acceso a papel y pluma. ¿Volvía a tener fuerza y esperanza?

El juicio tuvo lugar en un tribunal improvisado: la biblioteca del Sindicato de Trabajadores Petroleros se reestructuró para la ocasión. Los vecinos llevaron sillas y bancos y los militares construyeron a toda prisa un estrado para acoger a los cinco coroneles encargados del juicio. Las familias de los soldados muertos en combate estaban junto a las personas que apoyaban a Debray y Bustos; jóvenes campesinos hostiles desafiaban con la mirada a los inculcados. El calor de la sala era sofocante. Entre las comparencias de falsos testigos y las de testigos verdaderos pero cuyos testimonios eran falsos, las sesiones se vieron interrumpidas con regularidad por desórdenes en la sala. Se oía a la muchedumbre gritar a la salida del tribunal: «¡Muerte a los guerrilleros!». Mi padre soportó aquella farsa, durante un mes, todas las mañanas: su semblante hosco y crispado revelaba su malestar. En su mirada podía leerse dignidad y dureza. Había perdido el candor de la juventud. Con veintisiete años, parecía tener diez más; seis meses antes, era lo contrario.

Numerosos reportajes relatan ese juicio. No me gusta verlos, los evito, molesta por la obscenidad de las imágenes. No quiero ver a mi abuelo cansado y enflaquecido, cacheado por jóvenes soldados brutales a la entrada del tribunal; ni a mi padre, fumando un cigarrillo tras otro, intentando mantener la compostura para no dejar que aflore su malestar por tener que representar un papel de composición y su abatimiento, ya que el resultado del juicio estaba cantado. Ambos se mostraron tan vulnerables..., como abandonados en un medio hostil, o como perdidos en el rodaje de una mala película.

El 10 de octubre de 1967, en plena audiencia, un alto mando anunció la muerte del Che. Se hizo el silencio en la sala durante algunos segundos, segundos de incredulidad y estupor. Mi padre se postró, con la cabeza entre las manos. Luego el guirigay se reanudó.

Los fotógrafos no dejaban de hacer fotos de la escena, mientras que los periodistas se agitaban, inquietos, y los militares se levantaban para felicitarse. Era la primera vez que las fuerzas armadas bolivianas ganaban una guerra. Mi padre, por su parte, seguía paralizado, golpeado por la violencia de la noticia. La ira de la historia acababa de abatirse sobre él.

Habría un antes y un después, no solo para él, Bolivia o Fidel Castro, sino para el mundo. ¿Fue capaz entonces mi padre de medir el alcance de aquel punto de inflexión?

Transcurrieron unos minutos interminables sin que se moviera. ¿En qué piensa?

A partir del día siguiente, mi padre, que hasta entonces defendía su papel de periodista inocente, cambió de estrategia y se declaró culpable. No pudo disimular su emoción: «Me habría gustado morir con el Che. [...] Mi mayor sufrimiento ahora es no haber muerto a su lado», declaró ante el consejo de guerra. Mi abuelo, que se encontraba en la sala, no debió de apreciar demasiado aquellas palabras... ¿Realmente mi padre pensaba lo que decía?

Prosiguió, para agravar aún más su caso: «Soy responsable de haber justificado y preconizado la guerra de guerrilla y acepto esta responsabilidad como un honor [...]. Existen distintas formas de combatir. La difusión y la explicación son también una forma de combate que solo temporalmente excluye a las demás. [...] Entre la violencia de los militares y la violencia de los guerrilleros, entre la violencia que reprime y la que libera, cada uno toma su partido». Y con gran lucidez concluyó: «La muerte del Che no marca el final de la lucha antiimperialista, sino su inicio, otorgándole su bandera, de manera irreversible...». Ejemplo y guía, Guevara será inmortal. «El imperio yanqui» había ganado la batalla sobre el terreno, pero había perdido la batalla de los corazones y los sueños, proporcionando un mártir a una izquierda ávida de símbolos.

En Cuba, la noticia se estrelló contra un muro de perplejidad. Acostumbrados a los rumores, y convencidos de la invulnerabilidad del Che, los cubanos se mostraron incrédulos. Fue necesario que Fidel Castro lo anunciara, el 15 de octubre de 1967, a través del micrófono de Radio Habana, y decretara duelo nacional, para que los más escépticos se rindiesen a la evidencia: «El Che no ha sobrevivido a sus ideas, pero ha sabido alimentarlas con su sangre». Durante el velatorio celebrado en la plaza de la Revolución, el comandante en jefe de la revolución subrayó, en un discurso interminable, «el estoicismo revolucionario» y «el espíritu de sacrificio» del camarada Che. Citando al difunto —«Todavía ahora y mientras el mundo sea lo que es, espero no tener que morir en mi cama. [...] En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que este, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo»— ultimó el mito. La fotografía de Alberto Korda se convertirá en su estandarte.

Mi padre ya no tenía que proteger al Che y se sabía de antemano condenado. Las audiencias se aceleraron. Finalmente se le concedió el derecho a pronunciar su alegato. Por fin tomó la palabra, después de «escuchar durante un mes, sentado y mudo como si hubiera estado totalmente ausente de los debates, un diluvio meticulosamente organizado de calumnias, insinuaciones y mentiras». Indignado, se rebeló contra el método de acusación: ir de los cargos a las pruebas, en lugar de ir de las pruebas a los cargos. «A pesar de haber proclamado cien veces que siento no ser culpable como le hubiera gustado al fiscal, que siento no haber muerto junto al Che, no les concedo ningún derecho jurídico para condenarme porque, en materia penal, se condenan hechos y no intenciones. [...] Sancionar aspiraciones o disposiciones es precisamente la razón de ser de los juicios políticos». Luego se enardecó con una retórica de salas de audiencias durante más de una hora: «Es el drama de la historia, de cualquier historia, de cualquier revolución. En la mayoría de los casos no son las personas quienes se enfrentan, sino las ideas que representan; sin embargo los que caen, los que fallecen, son hombres. No es posible eludir esta contradicción, escapar a este dolor». Un dolor que él hizo algo más que rozar.

No se olvidó de alimentar la leyenda del Che: «Cuando un médico le preguntó al Che si no era preferible guardar una parte de suero que quedaba para la guerrilla, que no disponía de medios para obtener más, el Che respondió que de ninguna manera y que, si era necesario, había que agotar lo que quedaba para salvar a cualquier precio al enemigo herido». También subrayó la fraternidad histórica de los pueblos latinoamericanos, que deben luchar juntos porque «lo comparten todo, la historia, la lengua, los héroes, el destino e, incluso, el amo, el explotador, el enemigo que los trata a todos del mismo modo: el imperialismo yanqui».

Con el lirismo del acusado que rechaza doblegarse, concluyó: «La insurrección es un deber sagrado para todo aquel que ama la justicia. [...] Haré todo lo que esté en mi mano para merecer un día el honor desmesurado que tienen que concederme al condenarme por lo que no he hecho, pero que, más que nunca, quiero hacer. Y con toda serenidad, desde lo más profundo de mi corazón, les agradezco por adelantado la pesada condena que espero de ustedes».

El tribunal militar escuchó religiosamente aquel largo alegato, y la audiencia siguió atentamente aquel relato sobre la historia de la lucha del continente latinoamericano contra sus sucesivos opresores. Una vez acabado,

«la sala aplaudió y también algunos militares», contó su compañero de detención Bustos.

Hubo que esperar el veredicto durante interminables semanas. El 18 de noviembre de 1967, cayó como un mazazo: treinta años de prisión incondicional, es decir, la pena máxima. ¿Qué pensamientos le cruzaron por la cabeza cuando recibió su condena, confirmada tras la apelación? La preveía, pero esperaba sin duda un gesto de clemencia, una atenuación de las condiciones de detención. No fue transferido a La Paz a una prisión «normal», sino que quedó acorralado, viviendo en una celda precaria dentro de una guarnición, expuesto a la arbitrariedad y al aislamiento. Le esperaban treinta años de vacío por delante, de resistencia moral, de esperanzas vanas... Salvo que se produjera algún imprevisto, feliz o desafortunado, no saldría hasta los albores del siglo XXI. Tendría tiempo para reflexionar y abordar tranquilamente algunas cuestiones existenciales.

Estaba recluido en una jaula de conejos, cuyo tejado de chapa ondulada acumulaba el calor y cuya ventana, ya sin tapiar pero con barrotes, dejaba pasar un hilillo de aire pocas veces fresco. La jaula estaba en medio del patio de la guarnición militar, que tenía el tamaño de un cancha de tenis y estaba rodeado de una galería cubierta que conducía al comedor de los oficiales. Podía salir de su celda dos veces al día: por la mañana, treinta minutos para asearse, y por la tarde, treinta minutos de recreo en aquel patio interior árido en el que el sol deslumbraba los ojos. Mis abuelos pagaban a una posadera para que le llevara la comida dos veces al día. La radio, que solo captaba las emisoras locales, era su único lazo con el exterior, así como los periódicos viejos que servían de papel higiénico. Después del toque de silencio, a las 22 horas, llegaban sus perseverantes compañeros de noche: mosquitos, cucarachas, termitas, que se comían el poco papel que tenía para escribir y le impedían dormir. Sobre todo, su celda estaba infestada de triatominos (llamados «vinchucas» en Bolivia), chinches portadoras de la terrible enfermedad de Chagas, que provoca, años después de la picadura, un edema mortal de corazón. Varios miles de bolivianos mueren por su causa cada año. ¿Cómo dominar, noche tras noche, ese pánico?

Los ratones se paseaban tranquilamente a cualquier hora del día. En una ocasión en que estaba concentrado en sus escritos de prisión, mi padre cogió maquinalmente un vaso de agua para saciar la sed. Se encontró con un ratón en la boca. Su compañero de detención, Bustos, que había oído desde su celda vecina sus gruñidos, le prestó su gato, regalo de una amable enfermera. Mi padre se lo agradeció infinitamente, pero no tanto como para prestarle sus libros. Su estado de ánimo oscilaba entre la depresión y la esperanza, entre la reflexión y la irritación; los pocos libros a los que podía acceder eran su salvavidas. El embajador de Francia, Dominique Ponchardier, le hizo llegar para su primera Navidad en prisión las *Antimémoires* de Malraux, *La filosofía* de Hegel, *El pensamiento político* de Saint-Simon y los últimos números de *L'Express* y de *Le Monde*. ¿Se fortalecía su espíritu, como el del Ingenuo<sup>[6]</sup>, en prisión?



La embajada había asignado el presupuesto necesario para asegurar visitas mensuales al joven prisionero. Un asesor técnico se desplazó a Camiri a partir del mes de diciembre de 1967 y constató; «Debray estaba aterrado, pensando que era objeto de un plan concertado para liquidarlo». Se quejaba de haber recibido maltrato físico durante las sesiones de gimnasia obligatorias. El asesor diplomático prosiguió: «El coronel, furioso, trataba a Régis de nenaza, incapaz de hacer el más mínimo ejercicio. Régis explicó que solo pedía la aplicación estricta del régimen carcelario». Las cartas de su abogado, sus padres y mi madre eran controladas y censuradas debidamente por los militares, que tardaban en entregárselas. «El coronel no deja de hacerle comentarios sarcásticos y malintencionados. Se nota que lleva a cabo una política de exasperación del prisionero y lo desgasta desde el punto de vista nervioso». Lo justo para endurecer a un hombre; o quebrarlo para siempre.

Las condiciones carcelarias mejoraron dos años después, gracias a un cambio en la cúspide del Estado. Los prisioneros tendrán la libertad de salir más a menudo de su celda y de jugar largas partidas de ajedrez que tendrán el mérito innegable de llenar el vacío cotidiano. Incluso podrán sobornar con discreción a algún militar para conseguir un paquete de cigarrillos, una pluma o un tubo de pasta dentífrica. A partir de entonces, pudieron disfrutar de luz toda la noche y de la visita de un cura franciscano italiano los domingos. Lo necesario para tranquilizar el alma.

Aproximadamente treinta años después de los hechos, viajé hasta allí. Había ahorrado dinero con mi primer trabajo en el ámbito de las finanzas en Nueva York. Tenía ganas de conocer ese país que mi madre apreciaba tanto y que había hecho sufrir tanto a mi padre. El taxista que me recogió en el aeropuerto de La Paz, al enterarse de que llegaba de París, me habló de un francés, cuyo nombre había olvidado, que había estado encarcelado en Bolivia mucho tiempo. Curiosa acogida... Fui a Santa Cruz, donde las condiciones de vida se hacen normales ya que la altitud no es un elemento predominante. Unos amigos organizaron mi excursión a Camiri. Me desplazé hasta allí en una avioneta destartalada, ahorrándome las malas carreteras sinuosas, destrozadas por las lluvias.

Entré en la pensión Chez Marietta, regentada por unos italianos instalados en Bolivia desde la Segunda Guerra Mundial, que vieron llegar al mundo entero y cuyos primeros huéspedes fueron mis abuelos y el famoso periodista judicial Frédéric Pottecher, de voz incomparable, que cubrió todos los grandes juicios de la época, desde el juicio a Eichmann hasta el caso de Patrick Henry. ¿Cómo se habían adaptado a aquel entorno sin comodidades? Tengo una foto de Pottecher, en zapatillas y calzoncillos, cruzándose con mi abuelo que salía del cuarto de baño común: esta imagen siempre me ha hecho sonreír. Daba la sensación de un campamento de vacaciones para chicos, muy distinto del entorno militarizado y funesto de Camiri.

Las habitaciones de la pensión seguían siendo espartanas, y los anfitriones igualmente acogedores. Habían conservado en su salón una foto de mis abuelos enternecidos con su hija. El calor familiar que todavía reinaba en Chez Marietta debía de haberlos reconfortado. Janine y Georges podían hablar con ellos en italiano y contar con una solidaridad europea.

Entré sin problemas en el cuartel y deambulé por aquella antigua guarnición vacía y austera. La celda de mi padre se había convertido en un trastero. Después supe que el gobierno de Morales la había transformado en museo, para así completar el recorrido turístico «por la ruta del Che»; el mito y el negocio son ya indisociables. El comedor de oficiales, limpio y ordenado, parecía suntuoso al lado de la decadencia del ambiente reinante.

Los habitantes todavía recordaban a mis abuelos. Era la primera vez que habían visto a personas rubias y blancas, altas y elegantes, recorrer las callejuelas de tierra roja del pueblo. Mientras me hablaban, yo me decía una y otra vez: «¿Qué diablos podía hacer en este antro?». Pensaba en la desesperación de mis abuelos, alojados en aquella pensión humilde, tan lejos de su ambiente y sus costumbres. Mi padre se lo había buscado, pero ellos lo sufrieron con la cabeza bien alta.

Contrariamente a mi madre, nunca me ha gustado Bolivia ni la tristeza que allí reina, a pesar de los esplendores coloniales de algunas ciudades como Sucre o las maravillas naturales como el desierto de Uyuni. Me gustan los colores intensos del Caribe, me gusta la gente expresiva que grita, ríe, llora, me gusta la espontaneidad y el cariño de los venezolanos, sus bailes y sus comidas. El odio que se reflejaba en los ojos de los indígenas bolivianos, cuya primera señal de revuelta es el mutismo, me paralizaba. Sus sopas, preparadas durante horas a base de tubérculos cortados lenta y minuciosamente, no me resultaban apetitosas. La luna me habría parecido más familiar y acogedora. Me fui a Buenos Aires aliviada, sin haber encontrado ni un atisbo de respuesta a mi pregunta: ¿qué diablos fue a hacer mi padre a esa galera<sup>[7]</sup>?

Desde La Habana mi madre seguía los avances del asunto. Al día siguiente del velatorio en honor del Che, al que asistió, Fidel Castro le ordenó que se fuera a Francia a organizar una campaña mediática de apoyo a mi padre. Fue recibida en casa de mis abuelos, en la rue de Lübeck, en el distrito 16. Había sido necesario que mi padre estuviese en prisión para que ella accediera a su mundo, burgués y confortable, culto y refinado, que él le había ocultado cuidadosamente. Se adaptó tan rápido como un camaleón. Eficaz y sistemática, puso en pie una red de solidaridad formidable, tomando el relevo de mis abuelos y del editor François Maspéro. Se dedicó a ello día y noche, con la aplicación de la buena alumna y la voluntad de la guerrera.

Contó sobre todo con Henri, un simpático primo Debray que apoyaba la causa revolucionaria; con Alba de Céspedes, la nieta novelista del héroe de la independencia cubana Carlos Manuel de Céspedes; con Serge Rezvani, un hombre inclasificable, de brillante inteligencia y sensibilidad, pintor y escritor, autor de la famosa canción de la película *Jules et Jim* que canta Jeanne Moreau. Una persona de una entereza que pocas veces he conocido. Se le ocurrió hacer firmar la petición para la liberación de mi padre a Sartre, Mauriac y Malraux; Claude Lanzmann se encargó de recoger las preciadas firmas. Fue la única vez que ese trío fabuloso aceptó apoyar la misma causa. ¿Valía la pena? Simbólicamente, no había que inclinarse ante una dictadura militar, ante el imperialismo estadounidense, ante la injusticia del mundo. Mi padre se sintió confuso, casi avergonzado: «Ya se ha hablado demasiado del asunto Debray. No me merezco esta campaña de movilización. Se ha hecho demasiado por mí; ¡no me merezco todo esto!».

Los maoístas no dieron ningún apoyo a la movilización político-mediática. Los socialistas de la SFIO<sup>[8]</sup> tampoco. El PCF<sup>[9]</sup> se subió al tren en marcha, bajo la batuta de Dominique Éluard, la esposa del poeta, y de Jean Marcenac, miembro de la resistencia comunista, amigo de Aragon y traductor de Neruda, gracias al cual mi madre conoció a los dos monstruos sagrados. El PSU<sup>[10]</sup>, dirigido por Michel Rocard, fue de lejos el más activo: «El único dirigente de un partido político que intentó reunirse conmigo y darme oficialmente el apoyo de su organización», me explicó mi madre, que le

profesó un agradecimiento infinito, mezclado con una pizca de admiración. Por extraño que parezca, mi padre nunca le estuvo agradecido..., se había vuelto demasiado mitterrandiano para simpatizar con aquel clarísimo progresista que no era lo suficientemente astuto para sobrevivir a la política politiquera. Otro miembro del PSU, el compañero de la Liberación y periodista Claude Bourdet, secundado por su compañera, la actriz de teatro Édith Perret, se movilizó con la misma determinación de la que hacía gala en todos sus compromisos.

Aquellos personajes con los que contactó para la buena causa constituyeron para mi madre una red de solidaridad inquebrantable. Su presencia jalonó mi infancia. La más determinante fue la de Simone Signoret e Yves Montand. Jorge Semprún, al que mi madre había conocido en Cuba con ocasión del Congreso cultural, en enero de 1968, organizó las presentaciones. Le debo mucho a Semprún: con su estímulo, escribí una biografía del Rey de España; con la confianza que depositó en mí, me dio alas.

Signoret era la columna vertebral de un grupo de cómplices que acogió a mi madre, conociendo así a otros exiliados brillantes como Luis Buñuel o Costa-Gavras. Fue nuestra brújula: determinaba el bien y el mal, aconsejaba a mi padre al salir de la cárcel, apoyaba a mi madre cuando esta lo necesitaba, acogiéndola en el quinto piso de su «caravana», en la plaza Dauphine, cuando su hija Catherine Allégret lo abandonó. A través de un amigo, profesor de medicina, obtuvo una carta de solidaridad para mi padre del Colegio de Médicos de Bolivia. «El apoyo de los bolivianos tenía mil veces más peso, para el general Barrientos, que el de todos los intelectuales de Saint-Germain-des-Prés», concluyó mi madre, satisfecha de sus proezas de antaño.

«¿Desea formular algún deseo, ahora, de inmediato?». «Tengo una compañera. Me gustaría que viniera. Eso es todo», había declarado mi padre la víspera de su juicio. Era la primera vez en seis años que estaban realmente separados.

El gobierno boliviano comunicó a mi madre que recibiría la autorización para visitar a mi padre con una condición: que se convirtieran en pareja legítima. Pensaban que ella jamás aceptaría doblegarse al rito burgués del matrimonio.

Viajó a La Habana para consultar a Castro, que le aconsejó que aceptara. Casarse con un hombre que no sería libre hasta 1997 era algo tan idealista como promover la revolución. No le importaba un sacrificio más, ni una ilusión más... El Comandante le recordó el tren blindado de Lenin, una de sus referencias históricas preferidas: desde su exilio suizo, el bolchevique negoció en abril de 1917 con Alemania, enemiga del zar, su entrada «triumfal» en San Petersburgo. Castro le dijo al irse: «Sabrás apañártelas en Bolivia, no estoy preocupado por ti. ¡Nunca conseguirán manipularte!».

Las fotografías de mi madre con Fidel revelan respeto y admiración mutuos. Y una complicidad innegable. Ambos sentados a la mesa, él explica, toma notas concienzudamente, ella escucha, replica, reflexiona. Dos estrategias en acción.

La compañía Air France invitó a mi abuela a la inauguración de la línea París-Río de Janeiro. Se llevó a mi madre con ella. La dictadura brasileña les concedió un permiso para viajar al país vecino, Bolivia. Fueron recibidas en Santa Cruz por la cónsul de Francia, Thérèse de Lioncourt, con quien llegaron a Camiri en avioneta. Hacía casi un año que mi madre no había visto a mi padre. Se volvieron a encontrar en medio de los militares en la oficina de la guarnición, con la cónsul como único testigo. El matrimonio se llevó a cabo rápidamente, un 14 de febrero de 1968. Un 14 de febrero, es decir, el día de San Valentín. ¡Aquellos militares eran sin lugar a dudas unos verdaderos románticos! Mi madre recibió un pasaporte francés a modo de alianza. Ni una foto para inmortalizar aquel gran momento. El champán proporcionado por

mi abuela desapareció en manos de los carceleros. ¿Aquel matrimonio fue un compromiso o una formalidad?

Mi padre se casaba con una mujer hermosa y sólida, exenta de toda contaminación burguesa; también se unía a una lengua, un continente, una causa política. Además se beneficiaba de su rigor intelectual y de su instinto político. Mi madre se casaba con la inteligencia pura y teórica, con un joven europeo al que la vida y la historia habían tratado con deferencia, con su ingenuidad y con la promesa de un futuro mejor. ¿Acaso esperaba que un día viviría con él una vida de pareja tranquila? Sabían que no estaban dotados para la felicidad. Es un ejercicio al que no tenían tiempo de entregarse.

Mi madre pudo visitar a mi padre a partir del día siguiente. Le llevaba libros en cuyas primeras páginas había pegado poesía inofensiva para no alertar a los militares que la cacheaban minuciosamente. En su segundo viaje, les dio discretamente revistas verdes para engatusarlos. De tanto llevar maletas pesadas, llenas de libros y dossieres para mi padre, se lastimó la espalda y desarrolló una alergia a los equipajes voluminosos.

Mi padre le pedía que elaborara planes de evasión, y mi madre no se atrevía a quitarle aquella esperanza, aunque Castro había impuesto su veto. Temía que el ejército encontrara la excusa ideal para eliminarlo. Esto es lo que declaró un ministro del gobierno boliviano: «Este hombre es una carga que envenena la vida de Bolivia». Su presencia empezaba a ser molesta para las autoridades, que deseaban pasar página cuanto antes. El general Barrientos había reconocido públicamente: «Solo tenemos una preocupación: que los comunistas consigan ayudarlo a escapar o que lo maten para ensombrecer aún más la imagen de Bolivia ante la opinión mundial. Por eso no vería con malos ojos que se marchara. Nos gustaría intercambiarlo». Nunca se llegó a nada concreto...

Mi padre vivía con aquella esperanza. Y con la perspectiva de recibir visitas, muy escasas para su gusto. Mi madre tenía derecho a ir a verlo cada tres meses, para darle ánimos, con libros, mensajes codificados, cartas de apoyo y proyectos. Contrariamente a la esposa de Ciro Bustos, que podía visitar a su marido cuando quería, mi madre primero tenía que ir a La Paz para obtener una autorización oficial que a menudo tardaba en llegar, y luego seguía su viaje hasta Camiri, donde dependía de la voluntad de los militares. Mi padre tuvo que hacer una huelga de hambre para que en septiembre de 1969 sus carceleros admitieran el permiso de visita otorgado en La Paz. Cuatro de ellos los vigilaban durante su entrevista marital de treinta minutos. Por lo tanto, mis padres se vieron aproximadamente seis horas en cuatro años. ¿Cómo puede una pareja sobrevivir a esos encuentros administrados en dosis homeopáticas?

Mi padre se veía obligado a renegociar sin cesar los términos y las frecuencias de los encuentros y las entrevistas. Cuando la famosa periodista italiana Oriana Fallaci consiguió vencer todos los obstáculos para entrevistarle, en septiembre de 1970, hacía siete meses que mi padre no hablaba más que con su compañero de detención y sus guardianes. Después de sus largos periodos de abstinencia, cuando por fin tenía ocasión de hablar, se irritaba, derrapaba, y luego se reprochaba haber hablado demasiado o no lo suficiente, y reclamaba la posibilidad de retractarse... Mi madre limaba



asperezas, tranquilizaba a mi padre y lo justificaba ante el periodista. Constituía el lazo con París, con Fidel Castro, con su comité de apoyo: era su ventana al mundo y la vida.

Demasiado orgullosa e independiente, no quería que la llamaran señora Debray. No quería verse reducida a aquella función representativa y subalterna. Estaba en todas partes y en ninguna, entre Cuba, Bolivia y Francia. De tanto viajar y conspirar, callar y compartimentar, vivía varias vidas a la vez. Pero ¿vivía alguna realmente?

El nuevo embajador de Francia en Bolivia, Joseph Lambroschini, antiguo jefe de red en la Resistencia en Saboya, convertido en diplomático de altos vuelos, mantuvo una conversación con mi madre: «Esperaba ver llegar a una izquierdista con vaqueros y el pelo grasiento y tengo frente a mí a una verdadera cabeza política. Vamos a gestionar el asunto ambos directamente», le dijo, frustrando de este modo las repetidas filtraciones de la embajada a la prensa. Así pues, estaba al tanto de las conversaciones de la embajada de Francia con las autoridades bolivianas, de los secretos de Fidel Castro, de las negociaciones entre las diferentes tendencias políticas del gobierno boliviano, de las disputas de los distintos grupos de guerrilleros disidentes, lo que le valió que pusieran precio a su cabeza. Mi madre seguía, a pesar de todo, sin bajar la guardia. Algunos años después se cruzó con la persona encargada de ejecutarla. ¿Habló con él? Me la imagino tendiéndole la mano con una gran sonrisa y soltándole una ocurrencia para desconcertarlo: nunca hay que acosar a un enemigo que quizá se convierta algún día en un aliado útil. A fuerza de no dejar huella nunca, de parecer siempre irreprochable, de ser escurridiza para anticiparse a cualquier trampa, de descifrar los peligros y descubrir a los traidores, mi madre se había convertido en una experta en manipulación y en una agente hiperinformada. ¿De dónde sacaba aquella resistencia inquebrantable?

Tenía la misión de sacar a mi padre de la cárcel: utilizaría toda su energía para llevar a cabo su tarea sin ceder ni rezongar. En lugar de dedicarse a recuperar la máscara funeraria y las manos del Che —escondidas en una caja fuerte de madera noble enterrada bajo la mesa de despacho del antiguo ministro del Interior del general Barrientos— para devolverlas a Cuba tras múltiples peripecias, habría podido sacarle provecho a su estatuto de víctima desconsolada, despertar compasión, conseguir cierta notoriedad, suscitar miramientos y pequeñas comodidades que le hubieran permitido conseguir un refugio en la Unesco o en cualquier otro sitio. Muchos izquierdistas latinos lo harán... Mi madre no era de las que se quejan. Y todavía menos de las que

buscan beneficios personales. Además, sabía que los ahogados pocas veces se muestran agradecidos con su salvador. La gratitud es una carga que resulta demasiado pesada. El comportamiento posterior de mi padre no la hirió porque había hecho lo que le dictaba su conciencia.

A pesar de las adversidades, mis padres conservaban su espléndida belleza: rasgos finos, expresión digna, actitudes gráciles, cierta majestad en su mirada y una sonrisa llena de esperanza. Viendo las fotografías de aquella época, resulta imposible no sentirse conmovido por los protagonistas de esta historia, tan trágica como lírica. Leyendo las palabras escritas por mi padre mientras estaba encarcelado, imposible no sorprenderse con tanto extremismo. La lucha armada suponía una fascinación por la violencia y una valorización de la muerte. El combate de David contra Goliat generaba forzosamente daños colaterales.

El duelo se convirtió en compañero de ruta para mis padres: perder amigos en la lucha era una constante —«riesgos del oficio», como me dijo el rey Juan Carlos en referencia a los ataques terroristas contra su persona—. Habían sabido domesticarlo. Yo nunca conseguí acostumbrarme. Siempre me he sentido indignada con la muerte y siempre me ha dado miedo. El anarquista argentino adoptado por Bolivia Liber Forti le dijo a mi padre en mi presencia: «El Che era médico. Habría podido venir a Bolivia con jeringuillas y una maleta de medicamentos, en lugar de llegar con armas. Sin duda, los campesinos lo habrían acogido mejor». Médicos sin Fronteras todavía no estaba de moda. Yo era una niña. Tuve la impresión de crecer de golpe: así que existían otros medios de hacer política sin tener que dejarse la vida en ello forzosamente.

Mi madre estaba acostumbrada a la jerigonza política de mi padre que hoy hace sonreír: «El castrismo no es más que el proceso concreto de reengendramiento del marxismo-leninismo a partir de las condiciones latinoamericanas». Ella sabía perfectamente que el ideal humanista, cuya meta era crear una sociedad utópica, iba de la mano con una atracción por las armas de fuego y una abnegación real. Esta radicalidad no la asustaba. Encantados, cegados, apasionados, podían olvidar el principio de realidad trivial. Eran inteligentes, pero estaban sobreexcitados. Harán de mí una persona totalmente hermética a las utopías.

La estancia de mi padre en la cárcel no suavizó sus convicciones radicales. Disponía de tiempo para leer, escribir y reflexionar, pero aquel soliloquio no calmó sus ardores, sino todo lo contrario. Como un futbolista en el banquillo que se enciende y sigue atentamente el partido, mi padre esperaba su vuelta al terreno de juego. Pero ¿cuándo? Los años pasaban uno detrás de otro: corrían rumores, se llevaban a cabo conversaciones secretas, esperaba la liberación, luego se desesperaba y se quejaba de no recibir suficientes visitas. ¿Tenía miedo a ser olvidado? La espera lo carcomía.

El fallecimiento brutal del general Barrientos, el 27 de abril de 1969, en un accidente de helicóptero, inauguró un periodo de gran inestabilidad política: el país sufría golpes de Estado y contragolpes. Mi madre aprovechaba para dedicarse a su pasatiempo favorito: desbaratar intrigas y traiciones. Podía contar con Juan Lechín, secretario general de la poderosa COB (Central Obrera Boliviana) y antiguo vicepresidente del gobierno cuando ella trabajaba en Bolivia, en 1964. Volvía entonces del exilio y amenazaba al gobierno con una huelga general si mi padre no era liberado. La Unión de Mujeres de Bolivia, dirigida por una amiga de mi madre, Delia de Quezada, se organizaba para realizar una huelga de hambre colectiva delante del palacio presidencial. La Federación de Maestros, dirigida por Guido Quezada, hijo de Delia, se unía al movimiento, seguida por los estudiantes de la Universidad de La Paz. La presión sobre el presidente, el general Juan José Torres, era grande, ya que gozaba del apoyo político de la COB. Pero también tenía que tratar, en el seno de su gobierno, con tendencias conservadoras poco favorables a los gestos de indulgencia.

Los diplomáticos bolivianos estaban hartos de ser las ovejas negras de los cenáculos internacionales. «¡Ni siquiera nos invitan a los cócteles de beneficencia!», se quejaba uno de ellos. El asunto Debray era el tema central de las relaciones franco-bolivianas. Francia prometía a las autoridades bolivianas la reanudación de la cooperación económica. «Hay que encontrar una solución de una manera u otra», escribía Pompidou en una nota diplomática que trataba de un posible préstamo para la construcción de una fábrica de pasta de papel. En abril de 1970, cuando el general Ovando

acababa de hacerse con el poder y decretaba una amnistía general, se confió en que mi padre pudiera disfrutar de ella. En noviembre de 1970, la embajada de Francia anunció su liberación inminente y previó repatriar a mi padre en un vuelo con rumbo a París, con escala en Lima y Caracas. Se cuidaron de pedir expresamente a mi abuela discreción, ¡algo que no era precisamente su fuerte! Un agregado militar boliviano fue destinado a París para negociar secretamente un acuerdo de entrega de equipamientos militares a cambio de la libertad de Debray. La confusión política que reinaba en La Paz no permitió llevar a buen término el acuerdo. Fueron nueve meses de incertidumbre y falsas buenas noticias que hicieron mella en la moral del prisionero.

Mi padre fue finalmente puesto en libertad la víspera de Navidad de 1970. Tras cuarenta y cuatro meses de prisión.

Si en algún momento esta historia ha podido parecer una película de acción digna de Hollywood, la liberación de Debray supuso su apoteosis. No faltó ningún ingrediente: los figurantes, los diálogos, los artefactos, el suspense y el *happy end*. Los productores pusieron toda la carne en el asador.

Entraron en la celda de mi padre en plena noche. Unos militares cuyos rostros desconocía le ordenaron vestirse. La hora de la liberación había llegado. Confuso, nervioso, preguntó qué instrucciones cumplían, si podía ver una orden escrita, si la embajada de Francia había dado su acuerdo. «Había una atmósfera de urgencia e ilegalidad que no dejaba de inquietarme», contó su compañero de detención Bustos. ¿Y si se trataba de un montaje para fusilar a aquellos prisioneros molestos? El oficial a cargo de la operación explicó a los dos reclusos, desconcertados y desconfiados: «En nombre del pueblo boliviano, las fuerzas armadas han decidido indultarlos, liberarlos y expulsarlos del país». Solo disponían de unos minutos para recoger sus efectos personales y seguir al comando. Mi padre, circunspecto, cogió sus cuadernos de notas. Al salir de la guarnición, su residencia desde hacía cuatro años, se negó a estrechar la mano de su carcelero, a pesar de que era el más amable de todos. Le hizo un simple gesto con la cabeza a modo de despedida.

Rodeados por un batallón de soldados, Bustos y mi padre caminaron en silencio por las callejuelas oscuras de Camiri. Un jeep los esperaba a la salida del pueblo. Se acomodaron en él, protegidos por hombres armados hasta los dientes. «El jefe dijo entonces como consigna de combate: “A partir de ahora, al primer obstáculo sospechoso, ¡disparen primero y pregunten después!”». Mi padre comprendió que algunos sectores del ejército eran contrarios a aquella operación y podían desbaratarla. Todavía no estaba a salvo...

Después de un largo trayecto en coche por una carretera tortuosa, llegaron a una pista de aviación que utilizaba la compañía petrolera boliviana YPFB (Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos). Era la primera vez desde hacía años que veía desfilar paisajes ante sus ojos, pero la angustia le impidió sin duda saborear la excursión. Descubrió un DC3 a lo lejos. ¿Adónde lo llevaban?, ¿y por qué no utilizar la pista de aviación del ejército? Empezaba a dudar del final feliz de su liberación, que, en cambio, adquiriría apariencia de secuestro.

Más tarde supo que el presidente de la YPFB de Camiri, general del ejército boliviano, había puesto a disposición sus camiones para llevar discretamente a un regimiento de soldados vestidos de civil que se mezclaron

con la población hasta caer la noche. Después de medianoche, exigieron al teniente a cargo de la prisión que retirara a sus guardias y les entregara las llaves de las celdas. Teniendo en cuenta la relación de fuerzas desfavorable para él, este obedeció sin rechistar.

Los prisioneros subieron a un avión de la Segunda Guerra Mundial que desde entonces nadie había tocado. El piloto, considerado, entregó mantas a los prisioneros y advirtió que la espera sería larga. Unos soldados protegían la pista de despegue.

—¿Qué sucederá ahora? —le susurró mi padre a su compañero.

—Tienen orden de expulsarnos del país.

—¿Adónde crees que nos llevan?

—Solo hay un país posible: Chile. Sería el colmo que nos entregaran a Onganía [general golpista argentino] o a Stroessner [dictador paraguayo].

En la niebla de la mañana, la carlinga despegó con dos pilotos a bordo, el comandante encargado de la operación y los prisioneros. El oficial inició la conversación, con tono cordial, pero mi padre se mostró poco amable, más bien agresivo, denunciando la subordinación del ejército boliviano a los Estados Unidos. Una fiera a la que acababan de sacar de su jaula. ¿Era capaz de valorar el final inesperadamente feliz de su liberación?

En la pista de Iquique, ciudad portuaria del norte de Chile, la prensa y las autoridades locales sirvieron de comité de bienvenida. Rápidamente condujeron a mi padre a un coche oficial. Horas más tarde presidía una comida en compañía del alcalde y de representantes del gobierno de Allende, en funciones desde hacía dos meses.

¿Cuáles fueron sus primeras impresiones como hombre libre? Por fin pudo sentir la brisa marina en su rostro, sumergirse en un horizonte lejano y asimilar con alivio su liberación..., o bien, exhausto de tantas emociones, solicitado por tanta gente, no tuvo tiempo de meditar sobre aquellas sensaciones nuevas, impaciente por volver a la acción política. Tenía treinta años y debía recuperar el tiempo perdido. Se había perdido el Mayo del 68, los éxitos de los Beatles y de Simon & Garfunkel, «la primavera de Praga» y la alianza de Fidel Castro con la Unión Soviética.

A la mañana siguiente, voló hacia Santiago en un bimotor a reacción, un Ferrari en comparación con la lata de sardinas del día anterior. Fue recibido por una delegación de la presidencia. Concedió algunas entrevistas y aprovechó para quejarse de la soledad insoportable a la que se había tenido que enfrentar. Olvidó expresar su agradecimiento a mi madre y a los servicios de la embajada de Francia en Bolivia, que nunca lo abandonaron. El

embajador tuvo que emitir un desmentido oficial, explicando las visitas y los servicios a los que había tenido derecho, beneficios excepcionales y constantes otorgados por el Estado francés, que había realizado todos los esfuerzos posibles. Después de aquellos golpes de efecto, mi padre desapareció de la vida pública durante algunos meses, protegido por el silencio oficial y atendido por Salvador Allende.



Mi madre fue a reunirse con él. No sé nada de aquellos primeros momentos de intimidad. ¿Seguían enamorados? ¿Podían compartir el mismo entusiasmo por la libertad y la vida?

Viajaron juntos a Isla Negra, a la casa de Pablo Neruda, como se va a rendir homenaje a un monumento. Contrariamente a la torre Eiffel, el acceso estaba restringido. Mi madre había frecuentado al poeta en París. Y mi padre gozaba de un aura que le abría muchas puertas, incluso las del premio Nobel.

La casa del poeta, situada junto al Pacífico, era un remanso de paz, un lugar ideal para reencontrarse y reconciliarse. Las fotografías muestran a unos protagonistas serenos y sonrientes, en compañía de la figura imponente, bondadosa y paterna de Neruda. Un momento suspendido de plenitud, lejos de la histeria política y de las recriminaciones conyugales.

Comprendí el valor que tuvo para ellos aquella estancia cuando escribí, para *Le Monde des livres*, un artículo sobre la famosa casa, transformada después en museo.

Mi madre me habló de los objetos insólitos traídos de viajes, de los imponentes mascarones de proa y los instrumentos de navegación que decoraban el refugio de aquel generoso escritor. Mi padre recordó la gran bandeja circular y giratoria colocada en el centro, que permitía servirse de todo sin tener que pasarse los platos o ir a buscarlos a la cocina. Una gran innovación, según él, que solucionaba las idas y venidas de toda ama de casa. Descubrí que mi padre se interesaba sinceramente por los detalles prácticos, objetos de estudio tan interesantes como la teoría marxista. Felicitó al escritor por el invento del *self-service* giratorio, así como por sus versos, que inspiraban a los militantes del mundo entero.

Neruda murió pocos días después del golpe de Estado del general Pinochet. De un cáncer o de envenenamiento. Su voz, sensual y comprometida, permaneció para encarnar la lucha contra el totalitarismo.

Salvador Allende había llegado al poder a través de las urnas y llenaba de esperanza a una izquierda que hasta entonces solo había cosechado fracasos. Pero mi padre, durante una entrevista filmada, le reprochó su moderación y los puntos muertos de la vía electoral. Era el profeta del pensamiento castrista, que había entrado «en el tercermundismo como se entra en las órdenes religiosas, monje soldado de la fiesta cubana», comentó Laurent Joffrin. Estaba encerrado en la imagen de Danton. En lugar de deconstruirla, la asumía plenamente. ¿Tenía elección? Se había hecho con un nombre y una reputación de revolucionario antes de escribir una obra o de construir un pensamiento personal.

Mi padre se había codeado con la aristocracia de los guerrilleros sin haber llegado realmente a formar parte de ella, lo que siguió siendo para él una herida o, como mínimo, una vejación. Se había comprometido, había viajado hasta allí, se había arriesgado, había cazado un mono y un oso para la comida, incluso había fregado los platos, había participado en los peligrosos turnos de guardia, había caminado kilómetros por la selva, había discutido con el Che, creía firmemente que podía cambiar el mundo y había sido arrestado cuando se iba, antes incluso de poder llevar a cabo la misión que le había encargado el Che. «Entre los dieciocho y los veinte años, la vida es un mercado en el que se compran valores no con dinero, sino con actos. La mayoría de la gente no compra nada», dice Malraux. Mi padre había actuado, al lado de un héroe. A partir de entonces formaría parte de la historia.

Durante los cuatro años de prisión de mi padre, mi madre había madurado políticamente... ¿O estaba saturada de tanta violencia, de revoluciones abortadas, del asunto Debray y de las órdenes de Fidel Castro? Mi padre, por su parte, quería recuperar los años de encierro, aquellos años que le habían parecido eternos. Su juventud efervescente había sido truncada. Quería mujeres, lo que, teniendo en cuenta su físico y su notoriedad, no planteaba ningún problema, y acción.

Más fiel a las ideas que a sus amigos y a sus amantes, volvió a marcharse a Cuba, haciendo caso omiso de los descarríos del régimen, que a partir del caso Padilla en 1971 serían denunciados públicamente por algunos. Padilla,

uno de los mejores poetas cubanos, que había abandonado su arte para dedicarse a la revolución como viceministro de Comercio Exterior, criticó la política cultural del régimen. Víctima de una campaña de difamación que precedió a su detención, confesó públicamente ser agente de la CIA. En una carta pública, Jean-Paul Sartre, Alberto Moravia, Susan Sontag, Carlos Fuentes y Mario Vargas Llosa condenaron el régimen castrista. A pesar de todo, mi padre reanudó sus entrenamientos militares y sus veladas con el Líder Máximo, simpatizó con Feltrinelli y siguió creyendo en un futuro prometedor. Quizá también porque ya no sabía vivir sencillamente, acostumbrarse a un día a día sin adrenalina ni lirismo. Desde la distancia, mi abuela seguía cuidando de él, y había llegado a un acuerdo con el Ministerio de Defensa, que lo perseguía por desertar del servicio militar, y con el de Educación Nacional, que se quejaba de su larga ausencia injustificada.

Mi padre tardó más de un año, tras su liberación, en decidir su regreso a Francia. «Descubrí que era francés. Y que en el fondo la revolución no es una patria». ¿Acaso había cometido una injerencia al ocuparse del destino de pueblos que no eran el suyo? Volvió a encontrarse con su país natal, pero siguió siendo «el más cubano de los franceses». Lafayette regresaba al redil.

Mi madre, que había despertado el interés de otros hombres comprometidos y había reanudado sus estudios gracias a la Universidad Libre de Vincennes, le fue útil una vez más para hallar las palabras de agradecimiento, que pronunció a regañadientes, para todos aquellos que se habían movilizado a su favor, y para introducirlo en su red de amistades, que se habían convertido en su familia y su refugio, y entre las cuales se encontraban Simone Signoret y el pintor surrealista chileno Matta. Ellos serán mi madrina y mi padrino.

Abandonar la burbuja romántica cubana y la vida bohemia de lujo para integrarse en la vida cotidiana gris de París es como pasar del sueño a la realidad: resulta doloroso. Ya no tenían que mirar hacia atrás para ver si alguien los seguía, tenían que pagar sus facturas y vivir por sí mismos.

Mi padre empezó a escribir y publicar y a considerar la opción socialista, junto a François Mitterrand, un compromiso político válido. La unión de la izquierda le hacía vibrar, y el descubrimiento de Francia, de sus pueblos, de sus mercados y de sus campanarios, también. Con el eurocomunismo, la ideología revolucionaria fue reemplazada por la conquista del poder a través de las urnas. ¿Era acaso la edad de la madurez?

Su pasado lo alcanzaba: la suerte de sus antiguos camaradas seguía atormentándolo. Pidió a algunos artistas comprometidos, Max Ernst,

Vasarely, Matta y Calder —solo faltaba Picasso, que en aquel momento estaba enfermo—, que le cedieran obras para la financiación del ELN (Ejército de Liberación Nacional de Bolivia), que tenía problemas. Un diamantista de Amberes subió cinco pisos a pie para descubrir con asombro, en la pequeña habitación de la place Dauphine que les cedía Simone Signoret, aquella colección compuesta por unas veinte obras maestras. Volvió con una maleta llena de dólares. La lucha podía seguir... A mi padre ni siquiera se le ocurrió quedarse con algún lienzo para alegrar el interior de su casa.

Adaptarse a una existencia sencilla, estable y rutinaria no fue fácil para mis padres. Empezaron comprando una casa en los alrededores de París, en Vert. El perfume de las rosas y la fachada mordisqueada por una viña virgen habían seducido a mi padre, que soñaba con un remanso de paz y un punto de anclaje. Pero se mostrará tan inestable e inconstante como una veleta. Cuatro años confinado entre cuatro paredes habían dejado secuelas, aunque él no lo admitiera: tenía que comprobar cada día que realmente era libre.

Yo llegaré tres años después de la muerte de Allende, como el remanente de una historia épica, saldada con muertes, grandes momentos de esperanza, fraternidad y desilusiones. Era como un regalo de adiós a la revolución. Y un regalo de bienvenida a Francia. Un elemento de reinserción en una vida más prosaica.

Empieza entonces mi viaje al «país de lo absurdo».

### III. La bohemia

He nombrado a los personajes principales de esta historia subrayando mi filiación con ellos. «Mi padre» y «mi madre». Realmente no ha sido por un afán de claridad de cara al lector, sino para intentar forjar un lazo que me uniese a ellos. Para domesticarlos, para acotarlos. En vano. Habría tenido que llamarlos, para ser honesta, por sus nombres, «Elizabeth» y «Régis»: los he perseguido durante sus aventuras prepARENTALES, pero al final siguieron siendo extraños para mí. Su destino me ha conmovido, su voluntad me ha dejado pasmada y su compromiso extremista me ha hecho penar por su sufrimiento y su desfallecimiento. Pero no he logrado asirlos. Pensaba quedarme ahí, con ese fracaso, con la satisfacción de haber rellenado los espacios en blanco de su recorrido. Convencida de que esta crónica, política y rocambolesca, merecía dejar un rastro, un sutil recordatorio en nuestra época, en la que poseer es más que ser, en la que lo individual vence a lo colectivo. También porque quería expresar mi admiración.

¿Es una manera de aferrarme a la leyenda, de ser una heredera digna que alaba a sus padres heroicos para beneficiarse, de rebote, del esplendor del mito? ¿Es la vanidad la que me hace hablar de mí misma? Si antes de mí todo fue increíble, conmigo fue torpe y caótico.

«Nada crece a la sombra de los grandes árboles», declaró Brancusi cuando abandonó el taller de Rodin. He asumido este hecho desde mi nacimiento sin una pizca de rebeldía ni de prórrogas.

Una periodista estrella de *Le Figaro*, con la que me disponía a hablar de «mi» rey, sobre el que acababa de publicar una biografía, me hizo preguntas sobre mí, mi juventud, mi recorrido, como si los hechos y gestos del jefe del Estado español no fueran bastante importantes comparados con mis tribulaciones. Desconcertada y molesta, me expliqué torpemente. «¿Nunca ha pensado en escribir sobre usted?», me dijo al final de nuestra entrevista. Confusa, hui. Las verdaderas estrellas son mis padres, o el Rey de España, pero yo no tengo grandes revelaciones que hacer, o proezas que contar, ni historias de drogas o de amantes célebres que revelar. No fue un «largo río tranquilo», pero no puede una quejarse de haber vivido. Atribuí aquella

sugerencia a la curiosidad suscitada por los años Mitterrand. Sin embargo la semilla estaba sembrada.

Más tarde mi padre se explicó en un largo documental y en *Carnet de route*, narrando la historia a través de la suya, saliendo a escena, apartando a ciertos personajes secundarios, poniendo en valor a otros. Era como si me robara mi historia, la de mi infancia a su lado, con mis abuelos y mi madre. A la postre, me atribuía un pequeño lugar en su vida, pasado por el tamiz de la memoria y de la autocensura, del cuidado de aparentar ante los ojos de sus contemporáneos. Pero ¿cuál había sido realmente mi lugar? ¿El lugar que me otorgaba reflejaba mis vivencias y mis impresiones? Entonces resurgieron recuerdos desordenados. Y nadie puede robar los recuerdos.



Mi padre quiso llamarme Florence. Su admiración por Malraux no tenía límites, hasta el punto de querer ponerme el mismo nombre que el de su hija: al menos tendrían eso en común. A Simone Signoret e Yves Montand les pareció una idea incongruente. ¿Tenía yo que encajar con una imagen antes incluso de nacer? ¿Tenía que ser la consecución de una identificación? Me salvaron de ese deber. «Laurence es un nombre bonito de raíces antiguas», sugirió Yves. Lo escucharon y como segundo nombre me pusieron el de Simone, grabando así en mármol su papel de madrina. Mi suerte quedó así sellada una tarde de verano normando del año 1976, en la casa de Autheuil en la que la pareja de artistas comprometidos reunían durante el fin de semana a sus protegidos y cómplices. Me daba un poco de vergüenza que mi identidad estuviera empañada con aquella connotación caduca hasta que mi marido se sintió seducida por ella, ya que él también tiene un nombre anticuado. Siendo dos es más fácil sentirse orgulloso de los particularismos.

Mi madre aceptó ponerme nombres impronunciables en español. Yo era la demostración de su integración en Francia. ¿Quería negar sus orígenes? ¿Era un gesto de sumisión a mi padre o una manera de responsabilizarlo? Él no podía renegar de mí: yo era un bebé mofletudo, de tez rosada y pelo rubio. *Pater semper incertus*. Por una vez, era a la inversa.

Mi padre me contó que en la maternidad, el día de mi nacimiento, la enfermera se equivocó al poner el nombre en el brazalete. Cual héroe, hizo modificar el error, evitando así el desafortunado intercambio de bebés. A menudo me he preguntado si el error fue realmente corregido, si no era de hecho la hija de otro. Mis ojos azules, por desgracia, me traicionaban. También supe que mi madre regresó sola de la maternidad; el heroísmo de mi padre tenía límites. Garantizar el biberón por la noche y cambiar pañales no formaban parte de la panoplia del intelectual comprometido, por muy heroico que fuera.

Yo no era el fruto de una felicidad conyugal apacible, sino el producto de una debacle conyugal. El aburguesamiento era un repelente absoluto; la fidelidad era tan deshonrosa como el aburguesamiento; mi llegada era como

un pelo en la sopa. No iba a ser un punto de anclaje, sino el testigo de un desmoronamiento.

Sus costumbres eran tan disolutas como intransigente su compromiso político. Como si aquella radicalidad fuera la condición *sine qua non* de una vida libertina. ¿O era al contrario? La pareja sartriana era la norma compartida por una generación. La inmoralidad, vencedora sobre las viejas mentalidades, permitía la afirmación de una libertad postsesentayochista. Habían heredado de sus entornos sólidas reglas de conducta que se sentían obligados a transgredir. ¿Lo hacían por despecho o por malestar? ¿El militante es forzosamente astuto o donjuanesco? La familia formaba parte de aquellos valores de los que renegaban y que se sustituían por el clan, ideológico, solidario y lírico. Así que ¿cómo criar a un niño cuando se rechaza el contrato familiar, cuando las adversidades políticas resquebrajaron más que unieron a la pareja?

Mis padres se habían vuelto discordantes. ¿Había que achacarlo a una incompatibilidad cultural? Ambos tenían como religión el talento, la inteligencia y la política. Compartían la misma manera de tomar las ideas al pie de la letra, es decir, a lo trágico. Eso habría podido constituir la base de una pareja sólida, pero fue precisamente el motivo de su desunión. La radicalidad desgasta.

Mi madre se había cansado de utopías, de los futuros prometedores y del romanticismo revolucionario. ¿Demasiadas decepciones y demasiados duelos? «Los muertos pesan más en mi cabeza que los sueños. Diez años de hecatombe son muchos», recuerda Pierre Goldman, su Dreyfus particular. ¿Fue un intelectual comprometido o un bandido? ¿Una víctima inocente de la extrema derecha o un atracador? Una única certeza: aquel escritor elocuente y conmovedor fue abatido en plena calle, después de múltiples vuelcos judiciales que habían movilizad o a la opinión pública, en 1979. Mi padre, que le había dedicado un libro, tuvo que identificar su cuerpo. Mis padres habían sido los testigos de su boda en la cárcel de Fresnes —indudablemente habían creado la moda romántica de las uniones en cautividad—. El hijo de Pierre nació pocas horas después de su asesinato y antes de su entierro en el Père-Lachaise, que congregó a quince mil personas. Desde entonces Pierre habitaba en sus memorias; su caso alimentaba las conversaciones nocturnas. Tengo la impresión de haber crecido con él.

Mi padre se había encerrado en su personaje. Era el icono del intelectual comprometido: su bigote servía de logotipo y sus diatribas encendidas de modo de comunicación. Sin duda irritaba a aquellos que no se habían

manchado las manos y conservaban la inocencia, y que habían vivido el Mayo del 68 como la apoteosis de su compromiso. Le costaba encontrar un lugar en la escena intelectual y en la carrera parisina por alcanzar prestigio y poder. Una carrera sembrada de obstáculos.

No podía contar con unos padres unidos, sino con una red de benefactoras. Hadas buenas que se habían inclinado sobre mi cuna cuando nací. Jane Fonda me regaló una mantita de bebé que se convertirá en mi prenda fetiche, y enviaba pañales de algodón directamente desde California. Clara Malraux, nuestra vecina en el campo, a quien yo cogía las gafas para disfrazarme, venía para apoyar a mi madre. Simone Signoret me enseñó a cepillarme los dientes y a ponerme perfume, y me regaló un frasco de Jicky que todavía conservo. ¿Aquel panteón de estrellas me garantizaba la belleza y el éxito? Su presencia cálida no bastaba para poner remedio a mi sentimiento de inseguridad. Mis angustias se evaporaban cuando llegaban las aliadas de mi madre, todas latinoamericanas, independientes, izquierdistas y feministas, que regularmente venían para cocinar algún plato delicioso y para cuidarme por la noche. Eran tan dignas de confianza y fieles como maternas. Se encargaban en el día a día de todos los asuntos, tanto domésticos como políticos, con alegría, solidaridad y discreción: unas verdaderas heroínas. Cada una tenía su especialidad: la mexicana Marta Solís hacía el pan, la chilena Ruver Fuentes la sopa, la venezolana Mariana Otero tenía un perro enorme, Olafo, que me servía de peluche.

Mis padres me llevaban a todas partes. A cenar en casa de amigos, a una recepción oficial en la embajada, a las clases de la universidad... Mi nacimiento no iba a recluir a mis padres en casa. Cuántas veces he oído: «¡Te conocí cuando eras un bebé en tu capazo!». «Eras tan pequeña que cabías en mi bolsillo. Tenía un bolsillo para mis carnets y mis plumas y otro para ti. Era muy práctico. Podía llevarte a todas partes conmigo», me contaba mi padre, muy orgulloso con aquel apaño. Yo no suponía un obstáculo para su libertad. ¿Cuál era su secreto? No me lo ha transmitido. A mí la maternidad me ha convertido en una persona casera.

Mi nacimiento no originó ningún rito familiar. «No se nace madre, se llega a serlo». Esto vale también para el padre. La maternidad implica una responsabilidad que mi madre asumió como pudo, en un país que no era el suyo. Mi padre arañó los misterios de la paternidad sin por ello concederle importancia alguna. Tenía que resolver un dilema: ¿cómo convertirse en padre cuando uno mismo está a la búsqueda de una figura paterna? No iba a dejar de viajar —a Cuba o a Nicaragua, a donde llegó con su panoplia de

guerrillero al día siguiente de la victoria de los sandinistas—, ni de desaparecer, ni de pasarse los días encerrado escribiendo, ni iba a dejar tampoco sus veladas con «sus damas», por un bebé con el que las discusiones político-filosóficas no llegaban muy lejos.

Cuando nació, mis padres vivían cada uno en su casa, en medio de un caos de libros y dosieres. En su renuncia, mi padre, sin embargo, se había mostrado responsable. Gracias a un premio literario, nos alojaba, a mi madre y a mí, en un apartamento minúsculo cuyo altillo me servía de refugio. Un adulto no podía estar de pie en él. Esto limitaba las visitas inoportunas. Además, la escalera empinada asustaba a más de uno. Compartimentaban su vida; yo hacía lo mismo, atrincherada en mi reino abuhardillado.

Mi padre nos tenía a mano, con la conciencia tranquila. Venía regularmente, a menudo para comer, siempre con prisas. A veces nos reuníamos en el campo durante el fin de semana. Se celebraron algunas fiestas míticas de las que me siguen hablando, como aquella en la que Jane Fonda, que se había hecho militante pacifista, rechazó a todos los que, intimidados, se le acercaban: «*Later... maybe...*», les decía ella, esperando que fuera mi padre quien la invitara por fin a bailar. Y jornadas apacibles dedicadas a la jardinería con Chris Marker o Louis Althusser, a quien le gustaba cocinar y cuidar de las rosas. Mi padre iba y venía entre glamour y filosofía, entre lentejuelas y biblioteca.

También hubo largas veladas de tribulación, cuando la cuenta bancaria estaba tan vacía como la nevera y no podíamos localizar a mi padre durante semanas. Mi madre flaqueaba pocas veces. Cuando ocurría, yo me sentía perdida. Su familia estaba lejos, sus compañeros atrapados en el combate político y su marido demostraba ser peor que Ulises. Había motivos para vacilar, a pesar de que ella había elegido aquella vida. Alertados, algunos amigos latinos acudían de improviso con bolsas de provisiones a rebosar. Su presencia llenaba de alegría la casa y preludiaba buenas comidas, risas y ternura. Mi madre, siempre rígida, se tragaba las lágrimas y se relajaba un poco, algo tan poco frecuente como los años bisiestos. Menuda idea tener una hija con un intelectual francés, tan inconstante, frívolo y tacaño, al que ni siquiera la mala experiencia de la cárcel había hecho madurar. Aquella elección siempre me pareció misteriosa..., ella era tan hermosa e inteligente, siempre superior en todo a todos. Podía ser en un mismo día especialista en lucha armada, en cortinas, en cocido o en etnopsicología, con el mismo rigor

e inflexibilidad. En aquel momento, se dedicaba con celo a sus estudios, truncados demasiado pronto por las necesidades de la revolución.

También había decidido adoptar un país. Sin embargo éramos más felices en Venezuela, que entonces era un país en pleno crecimiento y efervescencia. Al límite de sus fuerzas, mi madre me llevó a su casa en 1978. En las fotos se ve que ha recuperado su tono de piel de color ciruela que tan bien le queda. Su sonrisa deslumbrante desvela una plenitud real. En mi segundo cumpleaños, aparezco corriendo con un vestido blanco, elegante y vaporoso, en un inmenso jardín con una vegetación tropical exuberante. Se ven globos y confetis colgando de la escultura de Balzac de Rodin. Estamos en Macondo, la propiedad de la familia Otero, cuyo padre fue uno de los fundadores del Partido Comunista venezolano y del periódico *El Nacional*, y que tenía el mérito de estar tan implicado en las artes y la literatura como en la política. Aparezco rodeada de los Otero y los Burgos: nuestra familia política y afectiva, y nuestra familia biológica. Ya no soy la hija de una madre desamparada, sino la niña mimada que pertenece a una gran tribu. Paso de unos brazos a otros, tomo helados con mis primos, descubro los placeres de la playa. Venezuela será mi paraíso desde entonces. Allí dejé un sabor a felicidad. ¿Por qué finalmente regresar a Francia? ¿Acaso pensó ella realmente que durante nuestra larga ausencia mi padre iba a transformarse en un esposo y padre ejemplar?

He encontrado una casete que mi padre me había enviado a Caracas. Habría podido enviarme una carta que mi madre me hubiera leído, pero debía de desconfiar de su intermediaria. Sin embargo, está más dotado para la escritura que para la oralidad. «Sobre todo no aprendas español», me recomienda. Algo extraño para un internacionalista que se había creído un latinoamericano durante un tercio de su vida. Y mi madre obedecía y solo me hablaba en francés. Se consideraba una mujer libre, pero al final estaba sometida a los prejuicios de mi padre. Fue la única que se resistió a la influencia de Fidel, sin abandonarse nunca a su encanto. Le ponía a mi padre las cartas boca arriba y le hacía ver los complots, ya que a él, ingenuo y miope, se le escapaban a menudo las sutilezas latinoamericanas. Y ella cedía en mi educación, aunque él no se preocupaba por mi día a día. ¿Se trataba de un complejo? Es un enigma que persiste.

¿Qué tipo de padre era? Solo recuerdo sus carcajadas, su mirada ausente y tenebrosa y su bigote, que me picaba en las mejillas.

¿Por qué nos acordamos de ciertos momentos de nuestra infancia mientras que partes enteras caen en el olvido? Estoy en el gran cuarto de baño de la casa de campo, inundado de sol. Sé que no puedo salir al balcón invadido por la viña virgen. Mi padre acaba de salir de la ducha. Lo observo mientras se afeita la barba minuciosamente. Hace unas muecas increíbles con la boca; luego, satisfecho con el resultado, se va al dormitorio. Cojo su brocha todavía llena de jabón y me embadurno las mejillas. Es divertido y suave. Imito su ritual matutino. Cojo la navaja de afeitar, la paso bajo el chorro de agua y la deslizo delicadamente sobre mi mejilla. La sangre se mezcla con la espuma blanca del jabón de afeitar. No me duele, pero me preocupó un poco. He olvidado el resto. Durante mucho tiempo lucí una fina cicatriz en el pómulo derecho. ¿Era la culminación de mi identificación con el padre o simplemente un juego travieso?

Me hice una segunda cicatriz en la cara, mucho más visible. Bajaba corriendo la escalera, calzada con mis zuecos nuevos traídos de Suecia y de los que me sentía muy orgullosa. Aquel país modélico que mi madre amaba tanto, ¿o quizá al que realmente apreciaba era a Olof Palme, aquel íntegro y humilde visionario? También él será asesinado en 1986: la política audaz estaba sin lugar a dudas ligada al drama. Aquella tarde tranquila de domingo me caí de cabeza por las escaleras, aterrizando sobre la máquina de escribir de mi padre, que estaba al pie de los peldaños, lo que me supuso algunos puntos de sutura en el arco ciliar. Algunos podrían ver en ello un mal presagio, mi primer encontronazo con la autoridad paterna.

Me pasaba el día dibujando en sus manuscritos y aquello lo estresaba enormemente. Quería poner algo de color y alegría en aquellos papeles dispersos. Había toneladas por todas partes, así que estaba entretenida. No me interesaban demasiado mis muñecas indias de tela, tristes y frágiles. Siempre he detestado aquel marrón apagado, color del altiplano boliviano.

Hubo también momentos de felicidad suspendida, que he descubierto recientemente. Nuestra amiga Fabienne filmó mi primera experiencia de

esquí: con tres años, bajo la pista a hombros de mi padre. Me agarro con fuerza a él y sonrío maravillada. Debió de ser una sensación fenomenal, entre el vuelo y el deslizamiento. Se ve un gorro del que destacan unos grandes ojos azules y unas mejillas rollizas y coloradas. Mi padre se acordó de abrigarme, pero quizá no de ponerme crema solar. Seguramente mi madre compró aquel gorro, inspeccionando minuciosamente las costuras, la calidad y la forma: no sabe hacer nada a la ligera. Se había quedado en París por discreción, pero pensó en todo como de costumbre. Debió de hacer las maletas con tanto esmero como se prepara un golpe de Estado. Y mi padre desempeña el papel de padre soltero que quiere hacer descubrir a su hija los placeres de la nieve. Su padre era un gran esquiador, él se desenvolvía bastante bien; sin duda, apuesta por la transmisión del esquí para consolidar lazos. Inculcarme la cultura del Norte para que no sea solo una mariposa de las islas. Lleva una parka verde, la que el Che le había regalado. No es de los que renuevan a menudo su vestuario. Ambos parecemos alegres, felices de estar juntos. ¿Fue solo un momento fugaz?

En las fotografías de mi tierna infancia, aparezco vestida con peto todo el año —largo en invierno y corto en verano— y a veces un pañuelo malva en la cabeza, sentada en las rodillas de mi padre. Estamos en actitud de conciliábulo, los dos rostros juntos, antes de un arrumaco y después de unas confidencias. En el aire flota la complicidad, pero debía de ser pasajera. Yo sufría con sus desapariciones y sus evasivas. Unas ausencias justificadas habrían sido más tranquilizadoras. Mi madre lo redimía hablándome de sus mujeres, de sus peregrinaciones y de sus libros. Siempre me habló como a una persona adulta. Yo estaba allí para escuchar sus monólogos, que disimulaban mal sus frustraciones. Se encerraba en el papel de víctima y yo tenía que ser su aliada: ¿acaso no éramos ambas las abandonadas? Yo no entendía nada de aquel aluvión de recriminaciones; solo quería poder contar con un padre, una madre y una situación clara. Se me atribuía un papel, rehén de un conflicto larvado, en lugar de dejarme vivir ingenua y tranquilamente.



El sofá del salón veía desfilar a muchos exiliados. La fraternidad política suponía una solidaridad absoluta. En aquella época, los refugiados no llegaban masivamente. Abandonaban con cuentagotas su país, Chile a partir de 1973, o Argentina a partir de 1976, y cada salida era una victoria sobre el régimen militar. Una victoria celebrada por la izquierda francesa de aquella época, totalmente latinoamericanizada: «Vivía de manera empática las luchas políticas que llevaban a cabo los pueblos latinoamericanos», recuerda Jack Lang.

De tanto escucharlos, desarrollé una fobia hacia los militares. Cualquier uniforme me paralizaba: ¿iban a detenerme a mí también, a torturarme y a matarme? Incluso desconfiaba del guardia urbano encargado del tráfico en el boulevard Raspail —sin duda, futuro colaborador de un dictador—. Le lanzaba miradas siniestras cada vez que cruzaba la calle.

Siempre cordiales y enérgicos, aquellos hermanos de lucha encarnaban aquel continente latinoamericano lejano y misterioso. Iluminaban mis inviernos grises y monótonos. Allí la política era heroica; aquí era solo táctica. Mi padre se iniciaba en las riñas parroquianas de la izquierda, hechizado por François Mitterrand, por su ironía, su cultura y su astucia. El compañero de ruta de la revolución internacional se convertía en el compañero de ruta de los pueblos y cafés de Francia.

Yo tenía una debilidad particular por los camaradas bolivianos, por el famoso Juan Lechín, al que llamaba «el señor más guapo del mundo», y también el más elegante, con su abrigo de alpaca, su sombrero de *gentleman* inglés y su fular de seda alrededor del cuello; por su hijo Juan Claudio y su amigo Eduardo, reconvertidos en universitarios parisinos. Quizá porque sonreían, eran atractivos e iban bien vestidos. De sus andares de hidalgo emanaba el orgullo de ser bolivianos y de ser quienes eran, héroes de los tiempos modernos. También porque habían dejado atrás el estadio de la histeria desbordante y confusa del compromiso político. Encarnaban un pensamiento político reflexivo, pragmático y pacífico, que revelaba distinción incluso en sus operaciones de choque. No se rebajaban a contestar a la violencia con violencia; su tenacidad era absoluta, y su táctica, firme.

Durante el verano de 1980, tomaron la embajada de Bolivia en París para denunciar el golpe de Estado de Luis García Meza Tejada que acababa de derrocar la frágil democracia boliviana. Una cincuentena de militantes de la COB se instaló en los salones de la cancillería, explicando a los periodistas franceses la situación crítica que atravesaba su país. Mi madre, acompañada por mi abuela, fue a darles su apoyo. Quería reavivar la solidaridad de Francia, aquella tierra de los derechos del hombre de la que los latinoamericanos esperaban siempre un gesto, una sanción, una actitud benevolente. Francia no solo ha sido un país europeo en el que se defiende el arte de vivir y las conquistas sociales. Tenía voz en la escena internacional, una voz que contaba. Y aquella voz era fundamental en opinión de mis padres.

Eduardo se quedó en Francia para terminar sus estudios. Cocinaba cuando mi madre estaba cansada, iba al colegio a buscarme cuando mi madre estaba enferma, me compraba un helado para merendar cuando ya no quedaba dinero en casa y, sobre todo, me enseñaba a montar en bicicleta el domingo. ¡Cuántas veces corrió detrás de mí, preparado para sujetarme si me caía! Era el único que se ofrecía. Nunca se zafaba. No me hubiera importado intercambiar a mi padre bigotudo, tartamudo y huidizo por aquel joven boliviano, barbudo y jovial.

Mi padre nunca se preguntó quién me había enseñado a montar en bici. Debía de pensar que era como caminar, un automatismo natural. A partir de los cinco años, deambulaba a su lado montada en bici por las calles de París. Era treinta y cinco años antes de la tendencia ecológica de los *bobos*<sup>[11]</sup>, de la obligatoriedad del casco y de los Vélib'.<sup>[12]</sup>

Crecí en un mundo binario, en el que lo gris no cabía y los tibios eran denigrados.

Había comprendido que un foso infranqueable separaba dos campos: no tratábamos a las personas que leían *Le Figaro*, veraneaban en Deauville, y si vivían en la Rive Droite, eran muy sospechosas. Mi tío paterno formaba parte de esa categoría; así que no nos relacionábamos con él más allá de la comida familiar anual organizada por mis abuelos, una de las pocas tradiciones burguesas a la que mi padre aceptaba someterse, aunque a regañadientes. No es posible escapar totalmente de la familia. La nuestra estaba desgarrada en dos, como antaño los partidarios y los detractores de Dreyfus, con la salvedad de que nosotros estábamos al inicio de la década de 1980.

Los dos candidatos a las elecciones presidenciales, Giscard y Mitterrand, constituían los temas recurrentes de las conversaciones de mis padres. Hablaban de programa, coalición y necesidad de cambio. ¿Realmente era necesario? Acostumbrada a ver a Valéry Giscard d'Estaing en los medios, no comprendía por qué motivo había que cambiar de estrella. Además, a mí me parecía serio, distinguido y tranquilizador. Los trajes demasiado cortos de Mitterrand y su sonrisa crispada no me inspiraban demasiada confianza. Tenía razón en desconfiar: me robará a mis padres...

## IV. El poder

El 21 de mayo de 1981, la place du Panthéon fue invadida por una muchedumbre alegre que esperaba la llegada del presidente recién elegido. Al parecer iba a cambiar la vida. Mi padre, para comprar mi apoyo, me había prometido peces voladores en el océano Pacífico y la gratuidad de los juegos del Jardín de Luxemburgo. Los juegos siguen siendo tan caros como siempre y no he visto jamás peces voladores. La política me decepcionó muy pronto...

Aquel día yo estaba pegada a mi madre. Veía desfilar coches negros con los cristales de las ventanas ahumados. Hombres con trajes oscuros y expresión seria salían de ellos. De repente, vi entre ellos a mi padre. Solté la mano de mi madre, pasé por debajo de la barrera de seguridad y corrí para abrazarlo. La policía no está entrenada para interceptar a una niña bajita y veloz como yo. No recuerdo cómo mi padre, asediado y sin duda molesto, se deshizo de mí antes de desaparecer con sus futuros colegas de despacho en aquel mausoleo de grandes hombres. Tenía cita con la historia; yo pensaba que tenía cita con él. ¡Qué pena!

La segunda vez que mi padre se mostró tan molesto porque me abalancé a sus brazos de improviso fue en el Jardín de Luxemburgo, una tarde soleada, algunos meses después del primer incidente. Estaba paseando con mi niñera española, Belli, que me cuidaba desde que nací y formaba parte desde entonces de la «familia», cuando lo distinguí a lo lejos. Fui corriendo a su encuentro. Estaba en compañía de un «personaje peligroso», un aprendiz de terrorista relacionado con el IRA y perseguido por los servicios secretos franceses. Aquella reunión de alto riesgo tenía que ser secreta. Su hija, una vez más, complicaba la situación... Difícil ser a la vez padre y conspirador.

A partir de mayo de 1981, mis padres ocupaban «cargos», es decir, se pasaban la vida en el despacho. Mi padre se había convertido en consejero del presidente, encargado de asesorar en las relaciones internacionales. Mi madre había sido nombrada directora de la Maison de l'Amérique latine, lugar representativo de encuentros y exposiciones fundado en 1946 y promovido por De Gaulle, fruto del impulso de solidaridad de las élites latinoamericanas con la Resistencia —trescientos de los cuatrocientos comités de ayuda al esfuerzo de la guerra de la Francia libre del mundo se habían formado en América del Sur—. Mis padres estaban los dos comprometidos en la Asociación del 21 de junio de 1981, que, con la valiosa ayuda de Danielle Mitterrand, instituía una diplomacia paralela en defensa de los derechos humanos en los países del Tercer Mundo. Los dictadores abundaban: Brasil, Argentina, Chile, Uruguay, Bolivia, Irán... Intentaban sacar a los opositores de las cárceles, conseguirles visados, organizar campañas mediáticas. Una labor interminable...

Cansados, estresados, a menudo de viaje oficial en el extranjero, no disfrutaban del poder. Habían pasado por demasiadas tragedias políticas para vivir con ilusión y sin preocupaciones. Estaban marcados por una gravedad que los demás no poseían. Sin embargo, seguían creyendo en ello.

Yo envidiaba a aquellos de sus amigos que vivían la prepotencia como la culminación de un sueño, manejando con destreza y satisfacción los viajes en GLAM<sup>[13]</sup>, los coches con chófer, las cenas de gala en el Elíseo, las inauguraciones, siempre embriagados por pertenecer al pequeño círculo del príncipe, que, para mi alivio, había cambiado de sastre. El poder iguala; el vocabulario y los trajes se armonizan. Tanto en la derecha como en la izquierda, se adopta rápidamente el mismo corte de pantalón y la misma jerga. Algunos tenían nuevas residencias secundarias en regiones soleadas o apartamentos más amplios en París. Si bien todavía no habían cambiado la vida de la gente, sin duda habían cambiado la suya. Nosotras seguíamos viviendo en nuestro cuchitril, mi padre continuaba desplazándose en bicicleta cuando no cogía prestado el viejo Peugeot 104 de mis abuelos, que chirriaba tanto que yo me sentía muy incómoda cuando venía a buscarme al colegio, y

mi madre no se endomingaba con trajes de Sonia Rykiel, como las demás esposas de ministros y consejeros. No les interesaban las prerrogativas ni lo superfluo: el poder era un deber, no un privilegio.

Las marcas de moda y el confort no estaban hechos para ellos. El consumo tenía que ser utilitario y básico. Yo dormía en un futón colocado en el suelo, porque no era caro y era bueno para la espalda. Mi madre me compraba la ropa en las tiendas de segunda mano de la rue Saint-Placide. En invierno, para cenar, había cocido que se cocinaba el domingo para toda la semana, o pasta. Los días de bonanza, cuando la carnicería estaba todavía abierta al volver del despacho, lo que no sucedía a menudo, tocaba carne picada con arroz. Para mí era la gloria cuando preparaba *quenelles de brochet*<sup>[14]</sup>. Nuestros placeres ocultos eran los aguacates y los mangos, comprados con tanta minuciosidad como si fueran piedras preciosas.

La llegada de una tostadora roja fue un gran acontecimiento que iba a alegrar mis desayunos. Otro gesto de generosidad de mis abuelos. De lo contrario, nunca nos permitíamos caprichos, lujos o dulces..., y, por supuesto, nada de Coca-Cola o palomitas. Eran estadounidenses y por lo tanto forzosamente malas. No había que sucumbir al marketing de aquellos productos malsanos, llegados del imperio enemigo. En casa, era inconcebible consumir nada estadounidense..., salvo algunas películas de acción que veíamos mi padre y yo a escondidas, como las de James Bond o, incluso, lo confieso, las de Indiana Jones. Seguramente le traían recuerdos. De lo contrario, iba a la Cinémathèque a ver películas de Chris Marker que tenían un efecto soporífero radical.

Un domingo, yendo con mi padre a una enésima proyección, alguien tomó la iniciativa de llevarme a la sala contigua. Vi con asombro *Peau d'âne*, de Jacques Demy. Debía de tener seis años, pero no estoy segura. Tampoco recuerdo el nombre de la persona que hizo posible que me alejara durante dos horas de aquel universo de hombres serios, pagados de sí mismos, y casi me da vergüenza. ¿Lo había hecho por piedad hacia la niña vestida de rosa, espectadora olvidada en un mundo de adultos que no se doblegaban a los deseos ni al ritmo de su prole? La psiquiatría infantil aún no invadía las ondas. Había «un mundo que cambiar», aquello era lo principal. Los niños iban a la zaga sin protestar, testigos mudos y más tarde agradecidos. Algunos se atrevían a adoptar una actitud rebelde. Yo no me arriesgaba. En el peor de los casos ponía cara larga, mostrando aburrimento o hambre. O me escabullía. Durante una comida dominical interminable en casa del simpatiquísimo y jovial arquitecto Roland Castro, su hija y yo decidimos

pasearnos por el tejado. Allí estábamos sobre el tejado de zinc del edificio haussmanniano, contando las chimeneas y admirando la estatua de Juana de Arco. Recuerdo a mi padre paralizado por el vértigo y a su amigo, tan agitado como angustiado. La chiquillería podía, a veces, provocar emociones tan fuertes como la política...



Con mis padres, nada era ligero o alegre. Su tono era serio, las metas eran cruciales. Yo no entendía gran cosa de todo aquello y ellos no se preocupaban por hacerme partícipe de sus temas de conversación.

Una noche, me atreví a preguntar a mi padre cuál era la diferencia entre la izquierda y la derecha, palabras que se pronunciaban una y otra vez y que para mi comprensión infantil resultaban totalmente enigmáticas.

—Si te cruzas con una niña pobre que no tiene zapatos, ¿qué haces? —me preguntó, con la esperanza de despertar en mí una pizca de compasión.

—¡Le doy todos mis zapatos y corro a comprarme otros! —contesté con orgullo.

Intentó explicarme que la niña de derechas se quedaba con todos sus zapatos, sin preocuparse por la suerte de las niñas menos afortunadas que ella, y que la niña de izquierdas compartía sus zapatos para que ninguna niña necesitada fuera descalza. A mí me gustaban los zapatos de color fucsia y me entusiasmaba la idea de conseguir unos nuevos y punto. Debía sentirse decepcionado de tener una hija tan materialista, para la que la compra del más nimio rotulador de color era una fiesta.

Dejé a mi padre pensativo, intentando probablemente recordar sus clases sobre lo innato y lo adquirido. Y yo me quedé sin una respuesta clara sobre el tema.

Mis padres siempre estaban insatisfechos e inquietos. Y nunca compartían el júbilo colectivo. Después de la guerrilla armada, la guerrilla intelectual: resistirse a la época, a las celebraciones nacionales, a la facilidad. Y además cargar con el peso del mundo sobre sus hombros, sobre todo el del Tercer Mundo.

Había un fragmento del discurso de Cancún, enmarcado en la entrada del apartamento de mi padre, que me gustaba releer porque era lírico y sabía que encerraba un trozo de su alma. «A todos los combatientes por la libertad, Francia les lanza un mensaje de esperanza. [...] Saludamos a los humillados, a los emigrantes, a los exiliados en tierra propia que quieren vivir y vivir libres. Saludamos a aquellas y aquellos que son amordazados, perseguidos o torturados, que quieren vivir y vivir libres. Saludamos a los secuestrados, desaparecidos y asesinados que querían vivir y vivir libres. [...] A todos ellos, Francia les dice: valor, la libertad vencerá». Aquella larga exhortación, pronunciada en México el 21 de octubre de 1981, fue uno de los pocos discursos que dio Mitterrand sin cambiar ni siquiera una coma.

Diez años después, colgó en la pared de enfrente el «Yo acuso» de Zola. Había pasado el tiempo y también habían pasado las ilusiones: «Una República dedicada a los sondeos debe inscribir en su frontispicio: Vanidad, Rivalidad, Publicidad». Los años del Elíseo habían dejado un sabor amargo.

Incapaces de tomarse vacaciones si no era para leer y escribir, todo tenía una connotación política, incluso la elección de la criada, descendiente de refugiados españoles republicanos, minusválida, a la que había que contratar aunque no pudiera pasar la aspiradora.

Cuando supe que mi madre cedía sus derechos de autor a una fundación destinada a ayudar a los indios de Guatemala, la amenacé con fugarme para conseguir que desistiera. Mi amenaza era real, yo era una especialista. ¿Cómo podía pensar en la felicidad de los demás antes que en la nuestra? A mí, los pobres indios, a los que no conocía, apenas me importaban. Y me sentía decepcionada al no poder invitar a más de un amigo a casa porque el salón era demasiado pequeño. *Shame on me*. Mi hija de ocho años hace quince minutos de cola para comprar su pastel preferido, a pesar de mi impaciencia

palpitante, para luego, tres pasos más allá, dárselo a un SDF<sup>[15]</sup> ante mi estupor. Los genes del altruismo se han saltado una generación. Seguramente eso explica mi carrera en la banca, aunque fue corta. Pero me estoy anticipando.

Acosada por su hija indigna, mi madre acabó cediendo, no sin resistirse. Había publicado el testimonio conmovedor de una joven india guatemalteca, *Yo, Rigoberta Menchú*, en 1983, para denunciar la represión contra los indios durante el conflicto entre el ejército y la guerrilla. El libro, seguido por un documental, tuvo una repercusión inmediata en el ámbito internacional. Rigoberta Menchú recibió el Premio Nobel de la Paz en 1992. Se convirtió en una estrella, salvo en su país, donde solo obtuvo el tres por ciento de los votos cuando se presentó a las elecciones presidenciales. Olvidó dar las gracias a la persona con cuya ayuda se había hecho famosa. Debo confesar que yo había soportado en silencio su imponente y poco simpática presencia, incluso durante las vacaciones en el campo. Embutida en tejidos indios de colores rojo y blanco, me sentía obligada a disfrazarme para que no fuera la única en lucir un vestido tan extraño. Incluso le prestaba mis muñecas. A veces mi empatía me sorprende. Orgullosa por haber dado a conocer la triste suerte de los indios guatemaltecos, mi madre no le tuvo en cuenta el desliz. Yo desarrollé un sentimiento de desconfianza hacia los representantes mediáticos de los más desheredados. Aquellos cuya única y fructuosa manera de ganarse el pan es la desgracia de los demás. ¿Qué esconden, qué tienen que enmendar?

Según mis padres, yo era un monstruo de egoísmo. Soñaba con vestidos de princesa, con juguetes de vivos colores y con la casa de Kiki<sup>[16]</sup>, con comidas sabrosas presentadas sobre una mesa inmaculada, con un apartamento soleado, sin periódicos tirados por todas partes ni montones de libros en el suelo. ¿Qué habían hecho, pues, para tener una hija a la que le gustaba pasearse por el Bon Marché y que prefería los milhojas de Mulot<sup>[17]</sup> a los de la panadería de la esquina?

Mi padre, en aquel entonces, podía vivir feliz con una pluma, papel formato A3, buen café y pollo asado. Si el pollo iba acompañado de un puré *mousseline* y seguido de un *éclair* de chocolate, ya era la apoteosis. Aunque normalmente se conformaba con patatas fritas y daba buena cuenta en una mesa de cocina poco limpia. Y si por desgracia alguien le ofrecía verdura, respondía con el ceño fruncido: «Nunca nada verde». En cambio, no podía saltarse el postre, ni la crema de castañas. Un *speculoos*<sup>[18]</sup>, en homenaje a sus raíces belgas, y un café solo, en recuerdo de sus años latinoamericanos, ponían punto final a aquel asunto de poca importancia. Las comidas con mi padre eran un calvario, pero afortunadamente no duraban más de diez minutos: nunca he conocido a ningún hombre que comiera tan rápido. Hasta que conocí a mi marido.

Mi padre contaba con Ángela para que su piso de soltero estuviera habitable, sus camisas planchadas y su nevera provista. Gracias al talento culinario de su empleada doméstica, invitaba a cenar a sus amigos, colaboradores e incluso a François Mitterrand. Para él, mi padre había ido a comprar ostras y Ángela había flambeado el pollo con ron, lo que le valió las felicitaciones presidenciales. Para los Védrine, Bérégovoy, Bianco, Badinter, Fabius, había pollo relleno de almendras y miel, o pollo a la crema y azafrán. Para Godard, que le regaló su primer televisor, para el pintor Fromanger, el poeta Alain Jouffroy, el editor Jean-Pierre Ramsay o el director de cine Costa-Gavras, pollo al curry, que se comía también al día siguiente. Cuando se trataba de sus amigos izquierdistas, Ángela hacía huelga. Aquella mujercita de origen panameño era anticastrista y antisandinista: «No cocinaré para su banda de amigos marxistas, ¡son unos criminales!», le gritaba. ¿Por qué aguantaba mi padre a aquella morena pro-Reagan, tan indócil como solícita? No quería a una francesa que le preparara los mismos platos que se servían en los ministerios o en casa de sus padres. Le gustaban tanto los guisos especiados y exóticos como las mujeres de carácter fuerte. Con mayor razón si eran latinoamericanas. Para él, lo hispano tenía un halo irresistible.

Ángela toleraba a sus «amantes titulares», pero lanzaba miradas furibundas a las amantes pasajeras. Él sabía entonces que sería castigado sin

pollo durante al menos tres días. Había sido niñera durante siete años en casa de la familia principesca de Liechtenstein y se empeñaba en hacer reinar a su alrededor un mínimo de decoro.

Mi padre confiaba ciegamente en ella y ella lo cuidaba como si fuera el hijo extraviado que no había tenido. Cuando ella se marchaba de vacaciones, se producía un drama: «¡Voy a quedarme aquí, muerto de hambre, encerrado! Soy un pobre trabajador al que usted abandona para marcharse en un jet privado a visitar a sus amigos en una isla de lujo. No tiene corazón. ¡Por su culpa, no sobreviviré a este verano!». Y la comedia duraba horas... Yo también estaba triste cuando se ausentaba. Nos habíamos hecho cómplices.

En la cocina manteníamos grandes charlas: «¿Cuál es el político más guapo, elegante y simpático? Entre Badinter y Delors, ¿a quién prefieres? Y los de la derecha ¿no te parecen más atractivos? Papá es más guapo que Chirac, pero Chirac es más elegante». Mi padre se mostraba estupefacto ante las preocupaciones de la facción femenina de su casa, sin atreverse a intervenir en nuestro palmarés, teniendo en cuenta nuestro tono categórico.

Ángela traía el *Hola* todas las semanas, el semanario más leído en España, y yo lo leía con atención mientras me preparaba una pizza. Seguía con gran interés los sobresaltos de la vida del Rey de España. Batía todos los récords de nuestro *hit-parade* político. Mi padre tenía a dos monárquicas conspirando bajo su techo.

A veces el ambiente era menos armonioso.

—Laurence está de mal humor y no quiere hablar conmigo. Me pone cara larga y no sé por qué.

—Pues yo también estoy de mal humor y no quiero hablar con usted.

Mi padre salía cabizbajo de la cocina y se enfrascaba, aliviado, en sus libros y manuscritos; al menos estos no tenían estado de ánimo. En esas circunstancias, preveía un pollo demasiado hecho para la cena y una crisis de lágrimas a la hora de acostarse. Las veladas con el Che en plena selva debieron ser menos complicadas que aquellas noches con su hija recalcitrante y su cocinera temperamental. Cuando nace un bebé, no viene acompañado de un manual de uso. Y sin manual de uso, mi padre estaba perdido. Ángela tenía que recordarle que una niña tiene que comer tres veces al día, sin olvidar la merienda, y acostarse pronto después de cepillarse los dientes. Él tomaba nota para no olvidarse.

No me gustaba ser espectadora de sus jornadas de trabajo, jornadas que para mí eran vacías, de espera, de aburrimiento. Tampoco me gustaba ser testigo de sus distintas actitudes: seductor con las mujeres, serio con mi

madre, incómodo con sus padres, deprimido o exaltado con sus amigos, perdido y amable conmigo. ¿Dónde estaba la coherencia entre aquellas vidas paralelas? ¿Qué faceta desvelaba su verdadera naturaleza? Quizá era aquel hombre postrado ante su mesa de despacho desde el alba, que hacía muecas cuando buscaba una palabra, y se arrancaba un pelo del bigote cuando no la encontraba. Que vivía con las cortinas corridas, con música clásica de fondo, hasta la comida del mediodía.

Mi padre llevaba una vida pública disoluta, pero su vida verdadera, la de escritor, era disciplinada y de clausura. Su hija no podía ser un obstáculo para cumplir con su destino. Cuanto más se ennegrecían las hojas con su escritura minúscula, menos podía yo llegar a él. Sentía que sobraba. Esa sensación de molestar no me ha abandonado.

Mis padres siempre se mostraron más prolijos a la crítica que a la alabanza: mostrarse a la altura de los progenitores era una orden implícita. Bajar esquiando una pista negra con un brazo enyesado a los diez años: tenía que seguir el ritmo a mi padre, así que me tragaba aquella sensación de pánico y me lanzaba, como él. Ni una palabra de aliento ni una de felicitación. Seguir como un buen soldadito, sin desobedecer, sin quejarse.

Mi padre se hacía notar a menudo. Sobre todo con la policía. Si había conducido de forma imprudente, y además conmigo sentada a su lado en el asiento del pasajero, cuando teniendo en cuenta mi edad habría tenido que ir detrás, empezaban las negociaciones. Su «carnet mágico», el de Presidencia, conseguía en general poner punto final a la conversación. Siempre había algún discurso que debía entregar urgentemente al presidente. Cuando era verdad, gesticulaba casi como Louis de Funès. Cuando era mentira, lanzaba miradas llenas de rabia. Iba delante porque mi padre me enseñaba a cambiar de marcha. Aún estaba en la escuela primaria, pero tenía que conseguir mi permiso de conducir rápidamente para poder ser independiente. Mi libertad equivalía a la felicidad paterna. Al menos a su tranquilidad. Las responsabilidades no eran su punto fuerte.

Cuando algunos fines de semana tenía que ocuparse de mí, venía a buscarme el sábado por la mañana con expresión sombría y preocupada. ¿Temía aquellos momentos en los que estaría más ocupado de lo normal? Empezaba a tartamudear, yo me reía de él, el fin de semana empezaba bien.

Sabía que no podía pedirle lo imposible; me resignaba a pasar el tiempo en compañía de adultos en lugar de en un jardín con niños de mi edad. Mi padre jamás pondría los pies en un arenero para jugar. No tenía imaginación ni fantasía. Era un negado para la vida, incapaz de recuperar su parte de infancia. ¿Había tenido infancia? Su tía contaba que leía *Le Monde* con siete años y que con diez lo corregía. Tenía un padre que solo sabía leer y escribir. Al menos no delegaba en nadie la redacción de sus reflexiones. Siempre ha trabajado con minucia su escritura y afilado sus frases, como un artesano, siempre a mano y con una paciencia infinita, demostrando al mundo su inmensa erudición aun a riesgo de perder lectores, cada vez más perezosos y menos cultivados. Para lo demás, no podía contar con él. Salvo para los mimos y los besos. Era especialista en el beso chino, el beso esquimal y, el más difícil de todos, el beso mariposa. También en hacer volteretas juntos en la cama, o, aún mejor, sobre la hierba.

Mi madre, curiosamente, confiaba en mi padre y me dejaba con él sin rechistar. Quizá incluso se sentía aliviada. A mí me cuesta mucho dejar a mis

hijos, incluso con su padre. Me da miedo que se olvide de ellos o que los pierda. A mí una vez me perdieron e incluso se olvidaron de mí. Estas angustias no desaparecen con el tiempo. Confieso haber querido llevar a mis hijos atados con una correa en calles muy concurridas y en aeropuertos llenos de gente. El pánico engendra pensamientos poco recomendables.

Un sábado, al final del día, habíamos salido juntos para hacer el periplo de costumbre: comprar el pollo asado y las patatas fritas en la carnicería, y luego, siguiendo mis órdenes, un ramo de flores para alegrar el pequeño y austero apartamento. La rue de Buci estaba muy animada y empezaba a caer la noche. Yo tenía cinco o seis años y él me cogía de la mano con firmeza. A veces se detenía para besarme y me producía picor, por lo que prefería los besos esquimales. Él llevaba las bolsas con la compra, así que tuve que soltarle la mano.

Estaba rodeada de piernas, me empujaban, pero yo ya no lo veía. Sabía que era muy miope y que le costaba reconocermelo: para él todos los niños se parecían. Decidí no moverme: pronto aparecería aquel dichoso papá distraído y vería a una niña rubia quieta como una estatua. Yo tenía frío y la espera se me estaba haciendo larga. Se hizo de noche y las tiendas cerraron, así que intenté encontrar el camino de regreso a casa.

Deambulé por las callejuelas del barrio. Todavía hoy puedo sentir aquel pánico, aquel inmenso sentimiento de soledad. Atraída por una gran cúpula que brillaba en la noche, llegué delante del Institut de France. Iba a cruzar como fuera los muelles del Sena, veía las luces de los coches acercarse a toda velocidad, cuando una mano tiró de mí sujetándome por el cuello de la chaqueta. Era una mujer de pelo castaño que hablaba francés con acento latinoamericano, acento que yo solía distinguir. Empezó a hacerme preguntas con calma y tranquilidad. Aparte de mi nombre y el de mis padres poco podía decirle. Estaba demasiado cansada, me costaba hablar. Entonces saqué del bolsillo un cuadernito rosa que mi madre me había regalado. Se le había ocurrido, con gran acierto, escribir mi dirección. Así pues, de momento no iba a ser una huérfana. Aquella chilena me llevó a casa de mi padre. ¿Qué cara puso cuando me vio en el umbral de la puerta? Ya no me acuerdo. Más tarde supe que había alertado a la policía, ansioso y avergonzado. Le debo mucho a aquella desconocida. Desde entonces creo en los ángeles de la guarda.

Durante los cinco años siguientes, mi padre duplicó su atención para no perderme de nuevo: un verdadero desafío, casi tan angustioso como el final de la Guerra Fría. Solo en una ocasión olvidó venir a buscarme después de mis actividades extraescolares del miércoles. O, mejor dicho, pensó que le tocaba



a mi madre, que de todas formas estaba en el hospital y por lo tanto no podía acudir. Yo era la última que esperaba a la salida del colegio. El padre de una compañera sintió lástima y me llevó a su casa. Dejó una nota en la puerta por si alguien venía a buscarme. Como era tarde, me invitó a cenar y su hija me prestó un pijama. Yo me preguntaba si habría llegado el momento de cambiar de padre y, a la vez, ganar una hermana. Quizá Dios había comprendido que era necesario darme otro hogar. Justo cuando estaba a punto de quedarme dormida pensando en ello, mi padre apareció en la puerta, un poco avergonzado. Además, se encontró cara a cara con el director de la correspondencia del Elíseo. Aquello era malo para su reputación: agitador y encima padre indigno.

En el cómputo final, solo hubo dos incidentes de este tipo: un milagro, si se tiene en cuenta la agenda de mis padres. Ocuparse de una niña pequeña, salvar al Tercer Mundo, escribir libros: era inevitable que se produjeran daños colaterales ocasionales. Por lo demás, ahí estaba mi padre. Incómodo por ser padre, pero presente a pesar de todo.

Algunos fines de semana coincidían con sus guardias en el Elíseo. Le acompañaba a su prisión dorada, que no era famosa por su club infantil. Yo leía mientras mi padre estudiaba los despachos que le traían cada hora. Entre dos despachos, yo preguntaba tímidamente si estaba prevista una merienda. En el Elíseo no había creps ni Ovomaltine. Solo había platos con salsa o carnes rojas. Todo lo que detesto. Una vez me había perdido por los pasillos intentando encontrar el acceso al jardín, por lo que prefería no volverme a aventurar fuera de la habitación. Qué desperdicio dejar aquellos inmensos espacios verdes para uso exclusivo de los miembros del gobierno, cuando las familias se amontonan en pequeños parques polvorientos: darían un poco de ambiente a esas inmensas residencias del poder, donde se vive entre semejantes y se camina sin hacer ruido. Un lunes por la mañana, llegue muy cansada al colegio. Nos habían despertado en plena noche debido a un golpe de Estado en un país africano. Mi padre tuvo que gestionar la crisis, haciendo llamadas telefónicas que me impidieron dormir. «¡Ostras!», repetía con cada nuevo comunicado. Difícil explicarle a mi maestra los motivos de mi somnolencia. No era muy comprensiva. A la más mínima ocasión, en clase me decían que dejara de fanfarronear como mi padre. En aquel momento él era un personaje que suscitaba opiniones encontradas, que provocaba odio y polémica.

En el colegio me enteraba de que mi padre había vuelto a dar que hablar: los sarcasmos de las maestras, los amigos que repiten lo que han oído en casa, eran otras tantas pruebas que te enseñan rápidamente a pasar desapercibida.

En octubre de 1982, una respuesta atrevida de mi padre a un periodista con ocasión de una cumbre de la francofonía en Canadá provocó una polémica, tan ruidosa como inútil: Bernard Pivot, con su famoso programa televisivo *Apostrophes*, ejercía «una verdadera dictadura sobre el mercado del libro». ¿Pivot un dictador? La maquinaria mediática se desbocó, el mundo literario se conmocionó. Cuando mi padre me llamó desde Canadá, después de su intervención, yo le pregunté a bocajarro: «¿Qué has dicho ahora? No sé quién es el tal Pivot, ¡pero todo el mundo en París está escandalizado contigo!». Él no lo sabía. Era una época sin internet ni teléfono móvil. «Es una tempestad en un vaso de agua, cariño. No te preocupes». Aquella frase me quedó grabada pues tardé en descifrarla. Él comprendió con aquella llamada que la controversia era grave. Ser consejero del príncipe suponía hablar con rodeos, y él no dominaba ese quehacer. Mitterrand se puso del lado del ofendido, mi padre tuvo que presentar su dimisión al presidente, que la rechazó, y luego tuvo que justificarse públicamente ante el interesado. Sigo sin comprender la gravedad de aquel asunto...

Le gustaban los viajes oficiales. Para él, eran sus colonias de vacaciones. Me contaba anécdotas muy divertidas: cómo el cortejo de coches oficiales se había puesto en marcha sin él, cómo había acabado en el coche de Mitterrand para corregir un discurso en el último minuto, porque se había quedado dormido durante la cena de gala, las meteduras de pata que habían irritado a su anfitrión... Y yo le preguntaba:

—¿Por qué estás a favor de la bomba atómica? Sabes que provoca muchos muertos...

—Es un arma de disuasión, cariño. No está hecha para ser utilizada.

—Pero ello no impide que ya haya sido lanzada...

—Tenemos que ser una potencia fuerte y respetada en el mundo.

Por aquel entonces Francia estaba llevando a cabo pruebas nucleares en el Pacífico, a pesar de los intentos de boicot de Greenpeace. Su barco, el

*Rainbow Warrior*, fue torpemente hundido, en julio de 1985, por los servicios secretos franceses, desencadenando escándalos y conmoción por la muerte de un fotógrafo portugués. Se habló del tema en el recreo: había niños cuyos padres estaban a favor y niños cuyos padres estaban en contra. Y yo dudaba en adoptar la posición contraria a la de mi padre. ¿Tenía que ser solidaria o asumir mi opinión?

También durante un recreo, y en la misma época, supe que era la hija de un prisionero, es decir, de un terrorista..., realmente mi padre no resultaba nada tranquilizador. Además de tartamudear, ser distraído y vestir con mal gusto, era un reincidente. Volví a casa estupefacta. Reclamé alguna explicación. Mi padre pareció sufrir entonces una sordera repentina. Mi insistencia obligó a mi madre a contarme algunos hechos con tono frío y distante. Tuve que conformarme con: «Tu padre fue detenido en Bolivia por un gobierno militar a causa de sus opiniones políticas». Así pues, yo tenía razón en desconfiar de los militares y de la política.

Vivía con la angustia de tener que confesar en el colegio la profesión de mi padre. Me habría encantado decir «abogado» o «médico», que el 14 de Julio se va a su finca de Normandía, juega al tenis el fin de semana y celebra la Navidad rodeado de sus hijos alrededor de un gran abeto. «Escritor» no me parecía una actividad seria, un poco como jardinero o manitas, así que me decidía por «funcionario», con la esperanza de que mi padre no dimitiese todavía de su enésimo cargo.

Me enteraba de aquellos cambios escuchando la radio por las mañanas, como todo el mundo. Habría agradecido algún pequeño aviso por su parte: nunca tuve derecho a ninguna explicación o preaviso, los medios se encargaban de nuestra comunicación interna. Pocas veces me sorprendía, solo me sentía un poco decepcionada. Sabía que sufría «dimisionitis», enfermedad poco corriente entre los hombres de poder, que no pueden permanecer mucho tiempo sin secretaria, chófer, ni agitación inútil. Se sienten aún más indispensables si una agenda vacía los asusta. Por desgracia, mi padre no era un hombre de poder. No sabía aprovecharlo ni conservarlo. Necesitaba silencio para reflexionar; le costaba hacer concesiones. «¿Cómo quieres que siga siendo *maître des requêtes*<sup>[19]</sup> ante el Consejo de Estado si ya no hay Estado?», me dijo cuando le reproché, en 1992, su enésima deserción. Yo tenía la esperanza de que aquello no suscitara polémica. Pero él no podía dejar de escribir un artículo en *Le Monde* para explicar, alertar y justificarse.

Como contrapartida al hecho de que mi padre no fuera ni abogado ni médico estaban las fiestas de Navidad en el Elíseo. Nunca me dejaron creer en Papá Noel, «superchería capitalista», pero siempre me permitieron asistir a las celebraciones. Como cualquier niño cuyos padres trabajaban en la Presidencia, iba «al despacho de papá» luciendo mi mejor vestido, regalo de una de mis pródigas madrinas, para asistir a los festejos, que finalizaban con una montaña de pasteles y regalos. Aquel día, los guardias republicanos, habitualmente tan dignos con su uniforme, se transformaban en enérgicos *baby-sitters*. Cientos de niños corrían por todas partes, en absoluto impresionados por los dorados y los cortinajes de terciopelo. Incluso teníamos derecho a un espectáculo: descubrí boquiabierta a Dorothée o Chantal Goya.

Durante un rato, me sumergía en un mundo mágico, ruidoso, alegre y libre de preocupaciones.

En medio de aquel caos, Mitterrand solía hacer una aparición majestuosa. A su paso, no hacíamos la reverencia pero era como si la hiciéramos: la deferencia que inspiraba me impresionaba. ¿Por qué la gente se contorsionaba tanto para acercarse a él? Recuerdo la sonrisa afable y espontánea que esbozó cuando mi padre me presentó. Tras acariciarme suavemente la mejilla, me pareció mucho más amable de lo que me imaginaba.

Danielle, afectuosa y alegre, asistía a la representación y estaba pendiente de que los niños se marcharan con sus regalos. Se mostraba familiar y atenta conmigo y yo me sentía cómoda a su lado. Diez años después, me invitó a ir a su despacho y me hizo preguntas con voz protectora y comprensiva. Me sorprendió que se interesara por mí, una adolescente un poco perdida. Me hizo comprender que podía contar con ella, a pesar de la deserción parental, a pesar de su estatuto oficial, a pesar de la enfermedad de su marido. Así pues, era posible ser humana en aquel mundo tan duro: eso será su fortaleza y su punto débil.

La mirada atenta de Danielle compensaba la actitud más rígida de su augusto esposo, que encarnaba hasta tal punto la función suprema que parecía distante de todos y de todo, mostrando una amabilidad acordada. Nunca me sentí hechizada por él, a pesar de su inteligencia, a pesar de su cultura y a pesar de la esperanza que supo suscitar. Quizá precisamente por esa esperanza. Encarnaba a Francia y la política, aquello por lo que mis padres habían abandonado el nido. Pero mi respeto hacia él era total y mi consideración estaba implícita.

Al final de esas celebraciones, mi padre nunca me encontraba entre todas aquellas cabezas rubias y alborotadas. Por suerte, su devota y fiel secretaria siempre sabía dónde hallarme. Atenta conmigo, la señorita Vidal ocupaba un lugar esencial en mi vida: le pasaba a mi padre mis mensajes, siempre muy importantes y urgentes. Yo la quería porque no me consideraba un miniadulto, sino una niña, a la que repetía incansablemente: «¡Qué bonita eres!». A mí aquello me encantaba. Tenía ganas de creerla.

Esperando a que mi padre, siempre serio e inquieto, acabara sus asuntos urgentes, yo dibujaba en los comunicados oficiales, instalada cómodamente en su mesa de despacho, antes de volver a casa totalmente atolondrada. Me reunía con mi madre, asombrada de verme tan embobada. La magia de la Navidad constituía mi momento de inocencia y recompensa. Había tenido derecho a ser feliz y alegre, como todos los demás niños.

Otro privilegio que saboreaba especialmente gracias al «carnet mágico» de la Presidencia era que mi padre estaba autorizado a esperarme al pie de la escalerilla del avión. Ya desde los ocho años realizaba largos vuelos para visitar a mi familia en Venezuela. Odiaba el avión: me mareaba con cada turbulencia, me pasaba el vuelo agarrada a los reposabrazos, sin poder tragar nada, rogando para que no me dolieran demasiado los oídos en el aterrizaje. En uno de esos vuelos tuve mi primer episodio de claustrofobia y pasé largos momentos de angustia. Mi única recompensa era la presencia incuestionable de mi padre a la salida de la maldita carlinga, dispuesto a hacerme algún mimo. A veces, salía corriendo la primera, antes que los demás viajeros. Entonces él era mi héroe, que me esperaba allí donde nadie más tenía acceso y me liberaba de aquella prueba. Luego disponía del trayecto en coche hasta casa para contarle todas mis aventuras. Antes de volver a la cotidianidad y de que la política volviera a prevalecer. Sabía que, una vez cruzado el umbral de la puerta, mi madre empezaría a hablarle de asuntos de Estado. Las vacaciones se habían terminado realmente.

Mi padre reivindicaba con aplomo ser «el mejor papá de Francia». Incluso pretendía tener cuidadosamente guardada la medalla que lo acreditaba en una caja fuerte secreta. Considerando con desdén todas aquellas «quincallas de la República» que algunos de sus amigos, sin embargo, codiciaban, declaraba con énfasis que aquella condecoración, disputada con dificultad a una competencia feroz, era de las más excepcionales. La Legión de Honor se concede a todo el mundo. Incluso resulta difícil zafarse de ella, salvo para las personas que se levantan temprano, trabajan duro y ganan el salario mínimo. Pero la condecoración al «mejor papá de Francia» era aún más selecta que la del «mejor obrero de Francia». ¿Lo pensaba de verdad o era autoconvencimiento positivo, o la simple expresión de su narcisismo? De todos modos, yo hacía como que le creía, entre divertida y preocupada por él.

Muy pronto comprendí que mis padres se esforzaban por dar lo que podían: una ventana al mundo, un sentido crítico, una disciplina e incluso cariño. Mi padre necesitaba reivindicarlo con más fuerza que mi madre porque sus esfuerzos podían ser considerados insignificantes. Para asumir su alta función paterna, luchaba contra su naturaleza, ingenua, egoísta y a veces atrevida. Mi madre era por naturaleza generosa, atenta y perfeccionista: ya que en ella era algo espontáneo, era fácil.

Durante la semana, mis padres se reunían conmigo hacia las 20 horas: mi padre aprovechaba para hojear *Le Monde*, acabar mi plato y contarme una historia de lobos que daba tanto miedo que evidentemente me impedía dormir, antes de marcharse a una cena oficial o a una velada en la que iba a pavonearse. En treinta minutos desempeñaba su papel de padre, y luego se marchaba de puntillas pero con la conciencia tranquila. Cuando mi padre estaba ausente, mi madre me leía otro tipo de historias: cuentos feministas, la vida de Malcolm X, o de la militante a favor de los derechos civiles Fannie Lou Hamer; luego escuchaba a modo de nanas las canciones comprometidas de Mercedes Sosa, aquella argentina de voz delicada y conmovedora, portavoz de los desfavorecidos y de los niños abandonados. «Duerme, duerme, negrito, que tu mamá está en el campo, negrito... Trabajando, trabajando duramente, trabajando, sí, trabajando y no le pagan, trabajando, sí,

trabajando y va tosiendo, trabajando, sí, trabajando y va de luto, trabajando, sí, pa'l negrito chiquitito, trabajando, sí». Como no me contaban historias de princesas, nunca he creído en el príncipe azul. Eso me hará ganar tiempo más tarde.

No conservo ningún recuerdo de mis padres haciendo juntos algo para mí o conmigo. Cuando se veían, solo hablaban de política. Rara vez les he oído hablar de otra cosa. No discutían ni hablaban de temas ligeros o íntimos. Mi madre analizaba la situación del día con un tono a menudo irritado, mientras que mi padre intentaba leer el periódico o comprender lo que ella decía. A veces prestaba atención a mi cuaderno de calificaciones, y mi madre a mis actividades extraescolares. Lo demás era futilidad.

Tenían un proyecto en común del que hablaban una y otra vez: organizar la detención de Klaus Barbie en Bolivia, tema mucho más importante que jugar a muñecas con una niña. La preparación del secuestro, luego la detención y por fin el juicio..., yo estaba harta del tal Klaus Barbie. Le reprochaba el asesinato de todos aquellos niños judíos de Izieu, pero sobre todo que hubiera acaparado tanto las conversaciones de mis padres. Pues durante aquel tiempo nadie se interesó en mí.

Aquel antiguo responsable de la Gestapo, que había hecho arrestar a Jean Moulin, se había reconvertido, con el nombre de Klaus Altmann, en consejero del gobierno boliviano para la represión de los militantes de izquierda. Aquella doble culpabilidad hacía que su impunidad resultara insoportable a los ojos de mis padres. En 1972, mi madre le presentó a mi padre a Beate y Serge Klarsfeld. Juntos urdieron un proyecto de secuestro, contando con un aliado en La Paz, su fiel amigo Gustavo Sánchez. Acariciaban la esperanza de secuestrar a Barbie y llevarlo al Chile de Allende. La operación fracasó, pero se mantuvieron firmes en sus intenciones. Aprovechando el impulso romántico de los primeros años del septenio de Mitterrand y el cambio político en la presidencia de Bolivia, que propició que Gustavo Sánchez pasara de ser un clandestino a viceministro del Interior, el proyecto renació de sus cenizas. Esta vez, Defferre, Mauroy y Badinter aprobaron el proyecto de los Debray y de los Klarsfeld de sacar a Barbie de Bolivia para traerlo a Francia, evitando las vías oficiales.

Gustavo Sánchez montó aquella operación arriesgada engañando a los aliados de Barbie con un doble. El rehén llegó a Cayenne el 5 de febrero de 1983 en un avión boliviano y luego prosiguió hasta Lyon en un avión francés. Durante el largo proceso judicial, que me pareció interminable, Barbie no mostró ninguna señal de arrepentimiento. El 5 de julio de 1987, fue



condenado a cadena perpetua por crímenes contra la humanidad. Durante quince años, Barbie había sido la bestia negra de mis padres. Viví su encarcelamiento con cierto alivio.

Me habían concedido el derecho excepcional de ver la televisión para seguir el juicio. La sala de la audiencia llena de gente, los testimonios de los deportados, la lectura de los diecisiete cargos, su rostro hermético durante el alegato final de su abogado, el letrado Vergès, que había acreditado a mi padre en América del Sur veinte años antes, para su revista *Révolution*. Con once años asistí a un curso en directo sobre la Shoah que no me dejó indemne.

Gracias a la generosidad de mis abuelos, hubo que apartar los libros para dejar sitio a un gran televisor que solo podía encender ocasionalmente, sobre todo para ver *Les Mystérieuses Cités d'or* y *Capitaine Flam*, mis dibujos animados favoritos. Tenía que irme a la cama después de los títulos del telediario, que rara vez se perdía mi padre, y *7 sur 7* era nuestra misa semanal.

Cuando mi padre debía acudir a un plató de televisión, yo insistía en lavarle el pelo. Me preocupaba más que se fijaran en la caspa de su chaqueta azul marino que en sus palabras. Las emisiones eran tarde por la noche y no me estaba permitido quedarme levantada para verlas. En aquella época no había *replay* ni tampoco grabadora. Me quedaba dormida plácidamente: incluso me prometía que se pondría una camisa limpia para la ocasión. No quería que se pareciera a sus amigos, con aquellos jerséis marrones y apestosos que lucían desde los primeros días de la primavera. A fuerza de frecuentar a «rojos», que adoptaban el muy refinado estilo de la «mugre», expresión indumentaria de su *antiestablishment*, me convertí en una persona obsesionada por la limpieza, por los cuellos immaculados y por los pantalones bien planchados.

En la escuela primaria tenía dos amigos de mi edad, Boris Lyon-Caen y Jérémie Chaine, inteligentes, vivaces y maduros. Sus padres, extrañamente, no se preocupaban si sus hijos venían a jugar a mi casa, pero yo prefería ir a la suya: poseían todo aquello con lo que yo soñaba. Un tren de vida burgués, hermanos y hermanas, vacaciones en familia, animales domésticos. Sus miradas chispeantes y sus cálidas sonrisas eran mi consuelo. De lo contrario, vivía rodeada de adultos.

Mi madre me ancló en el seno de su red de cómplices, reconstruyendo para mí una familia, ya que la suya vivía lejos. Pasaba el fin de semana en casa de unos venezolanos que sabían montar fiestas y que a veces nos llevaban de vacaciones a Saint-Tropez: bebían champán a la hora del té, comían foie gras —lo denominaban sencillamente «pâté»— incluso en verano, en amplios apartamentos con colecciones de cuadros impresionantes. En resumidas cuentas, había decretado que eran mis tíos y mis tías. Algunos me llamaban «Miss Francia». Otros me cubrían de besos. Me sentía querida.

Tenía una debilidad especial por algunos «ancianos señores». Julio Cortázar nos visitaba: yo le hacía fotos con la cámara de su mujer, Carol. Tenía aires de hidalgo y modales de francés. Emanaba una gran dulzura y sensibilidad. Solía sentarme cómodamente sobre sus rodillas con la inapreciable sensación de sentirme segura.

Acostumbrábamos ir regularmente a casa de Liber Forti, sindicalista y hombre de teatro, que me enseñó a contar en español delante de mi padre, que, como ya he explicado, había prohibido que me hablaran en la lengua de Cervantes. No me dijeron que había desempeñado un papel importante en sus tribulaciones latinoamericanas, así como en la política boliviana. Recuerdo a mis padres rodeándole con cariño y atenciones; deduje que había sido importante en sus vidas pasadas. ¿Cómo? ¿Por qué? No hacía preguntas, como si sus existencias antes de mí les pertenecieran a ellos en exclusiva.

Mi madre me llevaba también a cenar el sábado a casa del miembro de la Resistencia y periodista Claude Bourdet, capaz de romper su prolongado silencio con una frase fulminante de verdad, mientras que su compañera solícita, Édith Perret, de voz ronca y porte majestuoso de gran actriz de teatro,

recibía a los numerosos comensales alrededor de abundantes guisos. Por suerte, me permitían ver *Fanfan la Tulipe* cuando la comida se prolongaba.

Hasta que no cumplí veinte años, en 1996, no comprendí que cenaba regularmente en casa de una persona excepcional. Había sentido su aura —había conocido a Lucie Aubrac<sup>[20]</sup> en su casa—, pero solo al morir Claude, durante los homenajes que le rindieron sus amigos, supe la medida y la firmeza de sus compromisos políticos. Me quedé aturdida.

Iba descifrando las cosas sobre la marcha, y a veces demasiado tarde. En lugar de hacer preguntas, me conformaba con mi papel de acompañante muda. En el mejor de los casos, mi madre me recomendaba la lectura de algún tocho cuyo título me resultaba incomprensible. Y mi padre me daba los suyos, aunque luego dejó de hacerlo, sin duda disuadido por mi falta de entusiasmo. Desde mis estudios de bachillerato, por fin podía decirle: «¿No crees que te repites un poco?». «El *Guernica* no está en el Museo del Prado, sino en el Museo de Arte Moderno Reina Sofía». «¿Realmente necesitas emplear tantas figuras literarias para decir una simpleza como esa?». Y me ponía a subrayar los errores o las vaguedades, sorprendida de que los periodistas nunca los hubieran señalado. Al menos mis padres me habían transmitido su sentido crítico.

A veces íbamos hasta Anthony, a casa del director de tesis de mi madre, Georges Devereux, fundador de la etnopsiquiatría. De origen húngaro, nacionalizado estadounidense y luego francés, había dejado su corazón con los mojaves, la tribu amerindia en la que se especializó. Compartía con mi madre el desarraigo del exilio y una curiosidad insaciable. Mis tardes en su casa me parecían interminables y los tubos que le permitían respirar me asustaban, pero su bondad y su piano hacían que me olvidara de todo. En 1985, heredé con orgullo el piano y mi madre, sus recopilaciones de poesías inéditas. Aquel legado me permitía arraigarme en el seno de un linaje: mi necesidad de pertenencia estaba así en parte saciada. Mis padres eran electrones libres: jugaban a compartimentar su vida y a llevar varias vidas en paralelo, alimentando su inclinación por el disimulo. Yo buscaba la claridad, la transparencia y un lugar.

Mi «anciano señor» preferido era el conde Robert de Billy. Su amistad era mi tesoro. Desde que alcancé la edad de la razón, teníamos un ritual perfectamente establecido: me dejaban el miércoles a las doce y media delante de su suntuoso hotel particular de la rue de l'Université —cuyas tuberías eran de la época de la Revolución Francesa, y el mobiliario más reciente era de la época de Luis XVI—, con un pastel que yo había preparado amorosamente. Entonces quería ser pastelera y dominaba a la perfección todas las variantes del pastel de yogur y del *fondant* de chocolate. Nos instalábamos en un saloncito que daba a un inmenso jardín, mayor que el patio de recreo de mi colegio. Se me permitía mojar los labios en una copa de Sauternes mientras él me explicaba su primera estancia en América del Sur, cuando estaba desarrollando la red de correo aéreo; su amistad con Proust y Paul Valéry; la magnificencia de la Exposición Universal de 1937, de la que fue nombrado presidente del comité de recepción de personalidades latinoamericanas por Blum; su fascinación por De Gaulle, recibido «como un dios» en México; el viaje a París de Evita Perón, en 1947, a la que hizo de acompañante por orden del gobierno francés; sus misiones como piloto de avión durante la Primera Guerra Mundial. Había sufrido varias heridas en la pierna que le hacían cojear, y eso añadía un aire caballeresco a sus rasgos refinados, sus gestos elegantes y su apariencia distinguida.

Se mostraba discreto sobre su compromiso con la Resistencia. Me contó con tono humorístico que su castillo de Montrozier, en el Aveyron, fue transformado en almacén clandestino para los más bellos lienzos de los museos franceses y que había tomado el té sentado sobre *La Gioconda*. Al finalizar la guerra, bajo el impulso del general De Gaulle y preocupado por luchar contra el declive de la influencia francesa en el mundo, fundó la Maison de l'Amérique latine para preservar unos lazos privilegiados y directos entre Francia y los países del continente sudamericano. Mi madre se había convertido en la directora cultural de dicha institución. Hizo de ella un lugar de apertura y de debate, cuando otros querían que fuera un lugar selecto y hermético, reservado a oficiales y embajadores.

Luego pasábamos al comedor, donde había una mesa larguísima dispuesta para nuestro encuentro romántico. Todos los hombres influyentes del siglo XX, tanto de derechas como de izquierdas, habían sido invitados a su casa. Yo tenía derecho a un pequeño trato de favor: debajo de mi servilleta encontraba, embelesada, un «regalo de señora», un perfume, un bolso o un pañuelo. Era «mi novio». Me gustaban sus manos gráciles, su palidez, sus gestos corteses. Y ser transportada a la historia y a la suya. Hacía que me sintiera especial. ¿Por qué había despertado su interés? El misterio sigue sin resolver. No tenía hijos. ¿Acaso compensaba conmigo las conversaciones que le hubiera gustado tener con su descendencia?

Habíamos oficializado «nuestra relación» ante mis padres, que a veces se reunían con nosotros para el café. Eran pocos los personajes que invitaban a mis padres juntos. Algunos daban preferencia a su relación con el intelectual famoso, otros temían cometer una torpeza.

Como presidente de la Maison de l'Amérique latine, acompañaba a menudo a mi madre a recepciones oficiales. Venía a buscarla en su coche de colección. Aquellas noches, mi madre pasaba más tiempo del habitual en el cuarto de baño. Yo no estaba celosa. En mi opinión, ella había ganado con el cambio: mi padre tenía realmente pinta de pueblerino mugriento y rudo al lado de aquel aristócrata con modales de *gentleman*. Yo estaba convencida de que algún día me casaría con él y tendría derecho, yo también, a vestidos largos y a besamanos. Mientras tanto, tenía que acostarme temprano para ir al colegio.

Cuando nuestros encuentros semanales se anulaban con motivo de algún viaje, yo le enviaba postales y recibía poesías con su escritura elegante detrás de fotos suyas vistiendo el uniforme de la Orden de Malta. Conservo cuidadosamente su última misiva, enviada desde su castillo en Aveyron: «Desde mi viejo torreón envío todos mis afectuosos recuerdos a la encantadora jovencita que tuvo la amabilidad de no olvidarse de mí mientras estaba en Inglaterra. De su anciano admirador. Robert de B.». Murió con noventa y siete años, cuando yo estaba realizando una estancia lingüística en Cambridge. Yo tenía ochenta años menos que él y aquella pérdida fue mi primer drama sentimental. Será para siempre mi primer novio.

Aunque yo me movía en un universo cartesiano y racional, el pintor surrealista chileno Matta me permitía acceder a una dimensión mágica y pletórica de creatividad. Me sumergía en sus lienzos de formato inmenso como en un sueño, un viaje por el cosmos o el inconsciente, desgarrado por colores fosforescentes y vivos, fuerzas telúricas rebosantes. Por una vez, el mar de palabras era inútil..., ¡aunque él hablaba mucho! Haciendo malabarismos tanto con los idiomas como con las palabras, su espíritu en ebullición pasaba de la astrofísica a la literatura, de la política a la pintura, del concepto a la imagen. Su mirada chispeante, su risa de niño, su irreverencia y su modo nervioso de moverse subrayaban su dichosa vivacidad y su sentido del humor. Tenía la fuerza de atracción de un imán: gentes de todos los ambientes y nacionalidades acudían a su casa para tomar el té. Algunos hombres políticos de izquierda se sentían muy halagados de ser tolerados.

«¿Qué puedo hacer para que Laurencita no pase frío en Londres?», le escribió a mi madre. Y como por arte de magia llegó un abrigo magnífico. Le gustaba mimar a las mujeres de su entorno. Se mostraba tan cómplice y protector conmigo que aceptó, cuando yo se lo pedí, convertirse en mi padrino, aun cuando mi padre se oponía radicalmente a cualquier sacramento. En aquella época, era un detractor vehemente de la religión. Era muy sectario. Gracias a Matta y a un comprensivo capellán jesuita chileno exiliado, a quien recurrió mi madre, fui por fin bautizada en 1986, en ausencia de mi padre, en la iglesia Saint-Merri. «Honrarás a nuestro mártir monseñor Romero [arzobispo de San Salvador, defensor de los derechos del hombre, asesinado el 24 de marzo de 1980 y luego beatificado por Juan Pablo II]», me ordenó el sacerdote. Tras una fuga y largas conversaciones, había llevado a cabo mi primer acto de afirmación. Tenía diez años.

Treinta años más tarde, mi padre afirmó en *Le Monde*, para justificar el bautismo de mi medio hermano, al que no fui invitada: «El bautismo es un signo de vinculación con una tradición. Lo respeto, me gustan los ritos y las costumbres. [...] Mi hija mayor también fue bautizada. Nada ha cambiado para mí entre esas dos fechas». Leí aquellas frases en una sala de *trading* en Nueva York. La memoria paterna era menos fiable que el curso de la bolsa.

¿Acaso había olvidado que había hecho todo lo posible para impedir mi bautizo? Será su forma de construirse una imagen...

Al finalizar la ceremonia, Jacques d'Arthuys, el más adorable amigo de mi madre, vino a felicitarme por aquel «gesto decidido de rebelión». Había ocupado el lugar de mi padrino, que se había quedado atrapado en un atasco. El bautismo empezó con Jacques y terminó con Matta. Así pues, decidí tener dos padrinos; considerando la alegre negligencia de los latinos, era mejor ser precavida.

Jacques encarnaba la figura del anticonformista, simpático y alegre, desbordante de energía y bondad. Había heredado de su madre boliviana un interés visceral por América Latina y de su padre diplomático un gusto por la aventura y el viaje. Salvado por los pelos durante el golpe de Estado de Pinochet, estaba involucrado en el desarrollo de los talleres Varan, un centro de formación dedicado al cine documental, siguiendo la línea del cine directo que había fundado en 1981 con Jean Rouch. Agregado cultural en Río, murió misteriosamente, dejándonos a todos huérfanos. Nos queda su sonrisa. Y el recuerdo de sus fiestas mágicas, organizadas en el tejado de su apartamento parisino, una terraza construida sin la autorización de la comunidad de propietarios. Solo por eso ya me fascinaba: ¡menudo aplomo!, ¡cuánta osadía!

Todos esos «ancianos señores» ejercían cierta ascendencia sobre mi padre. En su presencia, no fanfarroneaba demasiado. Su tono habitualmente enfático se volvía más modesto. Tengo que confesar que aquello me gustaba. Constituían la guardia personal de mi madre. Y un cascarón protector para mí. Todos tenían lazos con la izquierda y América Latina; todos tenían fisuras secretas que curar. Y una solidaridad alegre los unía. Aquella red fraterna era inquebrantable, incluso más allá de la muerte.

¿Me he construido a mí misma en oposición a? En cualquier caso me he hecho a mí misma gracias a lo que mis padres no eran. Y me dieron la libertad de suplantarles sin resentimiento. ¿Se sintieron aliviados? Mis abuelos paternos encarnaban la autoridad moral y compensaban las carencias. Tenían tiempo, medios, salud y ganas de dedicarse plenamente al papel sagrado de guardián y transmisor que en aquel momento mis padres no podían asumir. Quizá porque no sabían qué debían transmitirme. O porque no sabían protegerse de sí mismos.

Gracias a mis abuelos llevé una vida a todo tren: inolvidables estancias en Venecia para asistir cada año a la *Regata Storica*; el Festival de Aviñón, al que no había que faltar bajo ningún pretexto ya que mi abuela era la presidenta de honor; los espectáculos de ballet en el teatro Garnier, seguidos de cenas en Lipp; mi cama con su edredón de satén; los lenguados a la *meunière* de la residencia de Calais, y mucha alegría y amor. Comía en casa de mis abuelos porque no soportaba la cantina. Volvía allí después de las clases hasta que mi madre pasaba a recogerme, al regresar del trabajo. Si se veía obligada a quedarse, yo pasaba la noche allí, no sin cierto placer.

Las máximas de Sacha Guitry y Chateaubriand acompañaban nuestras comidas siempre animadas, con la mesa bien puesta con al menos tres tenedores colocados a la izquierda del plato de porcelana con borde dorado. Si se ha sobrevivido a la guerra, con mantequilla en la mesa, no es posible sentirse agobiado por la vida. Yo adoraba su fuerza vital, su manera de honrar la cultura francesa y los buenos modales. También admiraba su elegancia: mi abuelo, con traje de Arnys<sup>[21]</sup>, nunca salía sin guantes ni sombrero. Mi abuela, siempre peinada y maquillada impecablemente, dominaba la situación gracias a un porte imponente y a sus tacones altos. Sus vestidos de alta costura subrayaban su silueta esbelta. Sus camisones vaporosos, de gasa y puntillas, dignos de las películas del Hollywood de la década de 1950, me hacían creer en los cuentos de hadas. Sobre todo porque la agasajaban con flores: las admiraciones, los agradecimientos, las felicitaciones se traducían en hermosos ramos.



Vestida con las últimas creaciones de su fiel amigo Pierre Cardin, todas las noches acudía, en transporte público, a un espectáculo, a veces muy vanguardista y en la periferia. Mi abuela no tenía «presupuesto para taxi» desde que había dejado de tener chófer, pero jamás salía sin tomarse una copa de champán a las siete de la tarde. Antes había supervisado mis deberes y mi solfeo, luego había jugado al Memory conmigo, mientras mi abuelo estaba atareado en la cocina.

Yo adoraba la existencia organizada, cómoda y tranquilizadora que llevaba con mis abuelos en su apartamento ordenado, luminoso y amplio, donde tenía mi habitación. El retrato de mi madre y un crucifijo presidían mi cama. En aquel hogar confortable, nada grave podía sucederme. La ventana de mi abuelo daba al patio de recreo de mi colegio, incluso podía velar por mí durante el día.

Al final de la primaria, algunas noches acompañaba a mi abuela a sus veladas culturales: los ballets de la Ópera de París me encantaban. Aquel lenguaje corporal suscitaba en mí emociones fuertes y una experiencia liberadora. Un *rond de jambe* o un arabesco me fascinaban más que un eslogan político.

Aquellas salidas eran el preludio de cenas en restaurantes a los que mi abuela solía acudir con frecuencia. Hacía «su entrada» como un actor entra en escena. La trataban con la deferencia reservada a los poderosos, algunos comensales incluso se levantaban para saludarla. Nunca bebía agua, porque «sabe mal», y lo compensaba con vino tinto, carnes y chocolate. Pero a mediodía solo comía un huevo y un tomate para conservar la línea. Me divertía mucho con ella. Incluso la admiraba. Su voluntad, su porte, su atención por el orden y la buena educación, así como su vivacidad, me impresionaban. Me sentía orgullosa y feliz de estar a su lado.

Por su parte, mi padre se rebelaba contra aquel tren de vida de gran burgués, mi madre aportaba un toque de exotismo y originalidad y a mí me gustaba acurrucarme en él. A mi padre, ya lo he dicho, le habría gustado una madre menos incómoda —todavía le reprochaba haberse puesto del lado de la Argelia francesa, aunque ahora votaba a Mitterrand— y un padre más carismático; yo soñaba con un padre menos mediático y controvertido. ¿Resulta más fácil la transmisión entre la primera y la tercera generación? Se evitan los escollos de la rebelión y la rivalidad, para centrarse en lo principal: los valores y los saberes. Cuando mi padre publicó *Contre Venise*, mi abuela tachó el título de la cubierta y escribió: «Contra mamá». Se sentía herida, pero seguía mostrándose digna y abnegada.

Yo era la hija de mis padres, pero sobre todo me consideraba la nieta de mis abuelos. Mis padres me permitieron saborear aquello que no podían darme y yo me aproveché sin escrúpulos. Con la muerte de mis abuelos, el castillo de naipes se derrumbó. La caída fue muy dura. Mis padres no me habían prevenido de que aquello no sería eterno. Entré, con el corazón apesadumbrado, en el siglo XXI. Pero me estoy anticipando...

El director del colegio no permitía que me quedara con mi fetiche en el interior de su establecimiento, moderno y gris. De ello deduje que era un hombre de derechas. Sin duda, un cómplice de la policía y del ejército, un amigo de todos los golpistas latinoamericanos. Mi fetiche, al que llamaba «titi», fue mi objeto indispensable hasta una edad indebida, mi escudo de protección, mi compañero insustituible. Aquella mantita de bebé suave y afelpada, regalo de Jane Fonda por mi nacimiento, se había convertido con el paso del tiempo en un trozo de tela gastado que llevaba a todas partes, que manoseaba todo el día, sobre el que podía dormirme y sin el cual no podía sobrevivir.

«Titi perdido» eran las dos palabras fatídicas que más temían mis padres: se veían obligados a interrumpir sus actividades importantes para ponerse a buscar el objeto transicional perdido, inspeccionar uno por uno los lugares en los que había estado y traérmelo en persona con expresión de héroes triunfantes, tras largas horas de angustia y desesperación. No habían salvado al Tercer Mundo, pero habían encontrado mi titi: para mí era lo principal. Mi padre había tenido que excusarse por no asistir a una reunión con el «PR», (Presidente de la República) por un «asunto grave»; mi madre había tenido que escabullirse del despacho por «una urgencia».

El piso de soltero de mi padre fue destruido en un atentado en julio de 1982: Jean-Edern Hallier se atribuyó el mérito, pero la policía sospechaba de algunos grupúsculos de extrema derecha. Estábamos ausentes cuando tuvo lugar la explosión de la bomba, pero ver el apartamento en ruinas me destrozó. Un desconocido dejaba delante de nuestra puerta los libros de mis padres rotos; nuestro vecino expresaba con vehemencia su animadversión hacia nosotros; llamadas telefónicas anónimas acompañaban regularmente nuestras noches. Al constatar que nuestra ropa se guardaba sistemáticamente en cajas de cartón, pregunté a mi madre el porqué: «Para marcharnos rápidamente», me contestó. Aquello no me tranquilizaba demasiado. Así pues, estábamos rodeados de enemigos peligrosos y de otros menos perniciosos, pero suficientemente ambiciosos para frenar el soplo de aire fresco que mis padres prodigaban a Francia.

Tenía que desconfiar, sobre todo si halagaban mis ojos. Sabía que se interesaban más por mi padre que por mí, ya que yo no era —y lo sigo siendo— más que un medio para acceder a él. Me acostumbré a que la atención que se me dispensaba fuera doblemente hipócrita y la gente que frecuentábamos, astuta. Distinguía a aquellos que se mostraban reverentes y que luego nos daban la espalda porque seguramente ya no éramos suficientemente útiles o visibles. «Mamá, no es un amigo, es un compañero de clase. ¿Entiendes la diferencia?», me explica actualmente mi hija. Me habría gustado tanto estar rodeada únicamente de amigos. Pronto supe que eran pocos.

La presbitocracia «es la vista cansada que engendra el poder. Una enfermedad que afecta generalmente a aquellos que gobiernan, impidiéndoles ver a las personas con las que se cruzan en los pasillos. La cura se produce brutal y milagrosamente cuando los presbitócratas pierden las elecciones. Entonces recobran la vista y saludan, incluso besan, a aquellos que antes eran invisibles», explica el exvicepresidente del gobierno español, Alfonso Guerra, una de las pocas personas que he conocido que no ha cambiado de actitud antes, durante y después del poder. Uno de los hombres más apreciados por sus colaboradores y calumniado por la prensa española.

1986. El año que cumplí diez años fue mi *annus horribilis*. El atentando frente a Tati<sup>[22]</sup>, muy cerca de nuestra casa, desencadenó tal paranoia que se me prohibió ir a los grandes almacenes. El transbordador espacial *Challenger* se había desintegrado ante mis ojos desconcertados justo después del despegue: todavía recuerdo del rostro de la profesora sonriente que formaba parte de la tripulación y el largo silencio que siguió a la lluvia de restos en el cielo. La nube radiactiva procedente de Chernóbil esquivó Francia, lo que hizo decir a mi madre con expresión de pesar: «La propaganda cubana manipula mejor la información que el Estado francés». Malik Oussekiné falleció durante una manifestación a favor de la retirada de la Ley Devaquet<sup>[23]</sup>, en la rue Monsieur le Prince, una noche que me había quedado a dormir en casa de mi padre, a pocos metros de allí. ¿Por qué no lo oí y ayudé? SOS Racismo, que acaparaba los medios con su eslogan «Touche pas à mon pote», [«No toques a mi amigo»], me hizo comprender —¡por fin!— que yo también era, a medias, hija de inmigrante, algo en lo que no había reparado hasta entonces. Mi madre se había afrancesado tanto que yo nunca la había percibido como extranjera. Sin embargo, la mirada de los otros sobre ella era diferente. Me di cuenta de ello mucho más tarde. Luego llegó el miedo al secuestro.

Mi padre había tenido la ocurrencia de publicar un libro cuyo personaje principal era yo —*Comète ma comète*—, que acarreó amenazas: un regalo magnífico, envenenado. Hubiera preferido recibir la casa de Barbie para mi cumpleaños. ¿Por qué sus lectores tenían que estar al corriente de que visitábamos asiduamente el planetario, de que yo le llamaba «abuelote» y él a mí «mocosa», de que ceceaba y todavía me chupaba el pulgar para dormir, y de que no sentía la necesidad de cerrar la puerta de los servicios? Afortunadamente, mis amigos solo leían *J'aime lire*.

Mi padre tenía cuarenta y seis años y yo treinta y seis menos: había tardado en asimilar y revelar su paternidad. Finalmente se había decidido a invertir en «la libreta de ahorro sentimiento», a recuperar el tiempo perdido con su hija, a curar sus heridas. ¿Se podía reparar? Lo escrito no podía compensar lo vivido, pero era la única arma que tenía a su disposición. No podía ser padre sin ser ante todo escritor.

Tardé en leer aquel libro; y me costó aún más comprenderlo. Me emocionó su lucidez, me conmovió su veracidad, me entristeció su desasosiego. Habla de sí mismo a través de mí: era su pretexto para quitarse la máscara. Yo, que había sido testigo de sus momentos depresivos y de sus fragilidades a la edad en que nos gustaría poder contar con un superhéroe en casa. No fingía; era falible.

El silencio vino después de lo escrito: nunca hablaremos de ese libro, ni de sus otras confesiones íntimas. El mutismo como contrato tácito compartido, como muralla para el pudor y la decencia. La escritura se convertirá en nuestro modo de comunicación: publicó *La République expliquée à ma fille* y yo repliqué dos años más tarde con *La forja de un Rey*, mi primer libro, publicado en español, sobre la importancia del papel del rey Juan Carlos en la política española. Escribir para hacerme escuchar y, quizá incluso, respetar. Pero no es suficiente que uno escriba para que el otro escuche...

Cuando tenía diez años, el verano anterior a mi ingreso en secundaria, mi padre me anunció: «Ha llegado el momento de que elijas dónde te vas a situar políticamente». Para que la elección se llevara a cabo con plena conciencia, me había preparado con cuidado un programa a medida: pasaría el mes de julio en Cuba y el mes de agosto en Estados Unidos. Al finalizar las vacaciones nos reuniríamos para hacer balance: era conveniente que mi decisión fuera fundada. Y yo que soñaba pasar el verano en Étretat en casa de mi colega Jérémie, que tenía la suerte de tener una familia conformista y acogedora...

Mis padres me acompañaron al aeropuerto. Coincidieron con un viejo conocido, Max Marambio, un chileno reclutado por el régimen cubano para ejecutar todo tipo de trapicheos, y a él me confiaron, con la conciencia tranquila y unos cientos de dólares que tenían que servir para mi supervivencia en el reino del habano. Estaba acostumbrada a viajar sola en avión. Aquella vez, tenía el estómago aún más encogido que de costumbre.

Al llegar, el amigo de mis padres desapareció con mis dólares. Desde entonces se ha hecho millonario, cómodamente instalado en Chile, tras realizar un negocio lucrativo en Cuba. Espero que algún día sienta remordimientos y me devuelva el dinero con los intereses acumulados durante treinta años. Incluso los estafadores comunistas tienen conciencia. Sigo convencida de ello. No es fácil deshacerse de las ilusiones.

Un guapo moreno me acompañó hasta una residencia para invitados donde iba a pasar la noche antes de reunirme, al día siguiente, con mi grupo de entrenamiento en el campamento de jóvenes pioneros de Varadero, el más reputado del país. Mi español era muy defectuoso —lo había aprendido escuchándolo en casa— y tenía la esperanza de haber entendido mal. Mi padre me había hablado de un campamento de vacaciones en una playa magnífica donde, sin duda, haría muchos amigos. Debería haber sido más desconfiada.

Sola en una habitación vacía, tenía tres galletas y un vaso de leche a modo de cena, y un viejo televisor en blanco y negro con una única cadena para pasar el tiempo. El calor era terrible. Peor todavía: las enormes arañas

peludas. Si mis padres me hubieran llamado aquella noche, les habría conminado a que me dieran las razones para un castigo tan inmerecido. Pero no había teléfono y mis padres debían de sentirse aliviados ante la perspectiva de un verano tranquilo.

Al día siguiente, como estaba previsto, llegué a la extensa playa de Varadero. Al parecer, actualmente el Club Med ha reemplazado al Campamento de la Juventud Comunista, establecido en unos barracones, en los que dormíamos en literas de madera, protegidas de los voraces mosquitos por mosquiteras agujereadas. Un comedor, una cocina, unas aulas desnudas y un circuito de entrenamiento militar completaban aquella instalación somera. En Orly, justo antes de subir al avión, había ojeado, boquiabierta y con envidia, las revistas de decoración elegantes que mostraban apartamentos minimalistas y luminosos. No imaginaba que iba a tener que acostumbrarme al estadio último del minimalismo, y que echaría de menos incluso el desorden desbordante del hogar familiar. Mi madre sabía hacer muchas cosas menos ordenar y ser puntual. «Cuando llega a la hora, es porque se ha equivocado de hora», decía de ella mi abuela.

Era la más joven y la única rubia de ojos azules, perdida entre centenares de niños latinoamericanos, comunistas, simpáticos y alegres. Me enseñaron los valores de la amistad y la fraternidad, que raramente he encontrado fuera de los países hispanos.

La jornada empezaba al alba con la izada de la bandera. Cada nacionalidad levantaba el estandarte de su país. Así que me propusieron que izara la bandera francesa, pero me di cuenta, avergonzada, de que solo sabía la primera estrofa de «La Marsellesa». Me miraron con suspicacia. Tuve que enfrentarme a la misma mirada inquisitorial cuando, dos años más tarde, confesé a mis compañeros de clase de mi nuevo colegio católico de Sevilla que no sabía recitar el padrenuestro en español. Sin duda, mis padres habían fracasado en mi educación.

En Cuba, mi falta de patriotismo me hacía pasar casi por una delincuente. Mi caso empeoró cuando me hicieron mil preguntas sobre la Revolución francesa. Gracias a mis abuelos, sabía más sobre la corte de Luis XIV y Napoleón. Los años revolucionarios me parecían confusos y crueles y no les había prestado atención. Mi padre, tan mal historiador como economista, no se había molestado en despertar en mí el interés por la Primera República. Ni tampoco por las demás. A un pez no se le explican las ventajas del agua. Conté a mis compañeros mi visión aproximada y simplista de los hechos históricos, subrayando de todos modos que Versalles era el palacio más

hermoso del mundo y que, por desgracia, los revolucionarios habían quemado muchas obras maestras de la arquitectura. Su compasión tenía un límite y yo había tocado fondo.

Más tarde comprendí que más que un país habitaba una lengua. Solo me gusta leer y escribir en francés; el español y el inglés siempre serán para mí lenguas utilitarias y funcionales. Tengo una patria literaria que me sirve de patria tangible. Es muy práctica, la puedes llevar a cualquier sitio. Y su fuerza simbólica es inagotable. Puedo sentirme en casa en todas partes —excepto en Bolivia— llevándome libros de Folio y Pléiade: una patria portátil.

Cuando me expreso en español, soy más rápida y espontánea; en francés, la reflexión y la seriedad prevalecen. «Y el inglés es como chicle», me decía mi padrino, «se te pega a la boca y ya no puedes deshacerte de él». Tengo más complicidad con mis amigos políglotas, con quienes puedo pasar de una lengua a otra: tienen acceso a mis diferentes «yo». Oscilo entre lenguas, culturas y personalidades, adaptándome perpetuamente a mi interlocutor, o al país donde resido. Del mismo modo que difiere mi relación con la lengua, también lo hace mi apego al país: mi relación con Francia es más pensada, con Venezuela es más visceral. El mestizaje tiene sus misterios.

No he experimentado los traumatismos de la guerra ni de la ocupación; nunca he tenido que defender mi patria ante un invasor. ¿Habría resistido o me habría ido al otro lado del Atlántico? Me forjé en tiempos de paz y con Europa: ni fronteras, ni moneda nacional, y un poder supranacional incomprensible. No tenía motivo para adherirme con entusiasmo a una identidad patriótica que me costaba definir. Aquellos cubanos me sorprendían por su devoción sin reservas. Al menos la revolución les había insuflado un sentimiento de pertenencia, tranquilizador y estructurador. Los muertos y la censura constituían el precio que había que pagar. Un precio inaceptable. Mis padres se cuidaron muy mucho de hablarme de la cara oscura de la revolución y del restablecimiento de la pena de muerte por Castro. Solo sabía que cada año «su amigo Fidel» enviaba a mi padre una caja de Cohiba, que presidía la mesa baja del salón. Era su único lujo: el habano era el Rolex del guerrillero, la señal de pertenencia a la aristocracia internacional de la revolución. Todos los días, después del almuerzo, elegía meticulosamente el Cohiba que se iba a fumar, oler, volver a encender, mascar hasta el anochecer. El olor del cigarrillo me ahuyenta, pero el del oro marrón me devuelve a la infancia.

En el campamento de pioneros, las mañanas estaban cargadas de actividades que parecían competiciones. Si bien el comunismo predica la



igualdad, un buen comunista es mejor que los demás y debe demostrarlo sin cesar. Mi padre recomendaba tanto el *jogging* como los estudios; yo siempre he preferido la lectura y el té verde al sudor. Así pues, me costó someterme al intenso programa de formación del revolucionario perfecto: un circuito de combatiente para entrar en calor, una carrera de fondo a pleno sol, un curso de tiro con un fusil tan largo para mis brazos que me habría podido desencajar el hombro y, para descansar, un curso de instrucción militar. Entonces me sentía feliz de estar por fin a la sombra, pero totalmente incompetente para desmontar y volver a montar una ametralladora en menos de un minuto.

Por la tarde, nos confinaban en aulas para escuchar religiosamente cursos de teoría, que sobre todo consistían en un culto a Fidel, José Martí y al Che. Cuba encarnaba un modelo perfecto, tan perfecto que se irradiaba sobre todos los países del continente, que no tardarían en adoptarlo. Aquellas lecciones, más elocuentes que nuestras clases de instrucción cívica, me permitirán entender mucho mejor la evolución política de América Latina que cualquier periódico francés. En Cuba se trabajaba para exportar la revolución.

Cuando Chávez tomó el poder en Venezuela, en 1999, comprendí que los sueños podían hacerse realidad. Aquella isleta, a la que cuarenta años de «bloqueo» apenas habían hecho perder el aliento, iba a poner las manos sobre uno de los grandes países petroleros del mundo: un aparato productivo desmantelado, una sociedad intolerante, los medios amordazados, nacionalizaciones abusivas, una violencia alentada que hacía de Caracas una de las ciudades más peligrosas del mundo, y cubanos por todas partes, desde el control de seguridad del aeropuerto hasta los hospitales. Como si no existieran médicos venezolanos competentes, ni policías eficaces. Un atraco denominado «Revolución chavista» y defendido por la «verdadera» izquierda francesa, carente de mitos exóticos y satisfecha por la generosidad contante y sonante de Hugo Chávez, que entonces se beneficiaba del precio del barril de petróleo que se había multiplicado por diez. La única política eficaz de aquella marioneta populista, manipulada por el régimen cubano, era comprar a muy alto precio sus apoyos políticos gracias al maná petrolero. Y también traficar con las maquinarias del voto, como se vanaglorió ante mí, en un viaje de trabajo cuando era banquera, un miembro de la nueva élite chavista, rica, arribista y sin complejos, menos preocupada por la situación de los pobres que por el número de coches y botellas de whisky que tenían en su garaje.

Cuanto más se enfurecía Hugo Chávez en sus diatribas anticapitalistas y antiimperialistas, imitando a Fidel Castro en versión zafia, más gasolina y alimentos de Estados Unidos importaba el país. La industria petrolera se

desplomó cuando los ingenieros cualificados, pero antichavistas, fueron despedidos tras una larga huelga histórica. Hay que tener una salud mental sólida para sobrevivir en Venezuela sin volverse loco. Desde entonces, los cubanos exiliados desarrollan una cierta compasión hacia los venezolanos. Cuba es una isla pequeña del Caribe, a priori insignificante en términos de tamaño, población o economía, pero cuya apisonadora política ha demostrado ser poderosa. He aprendido a no subestimar nunca a un cubano...

Durante aquellos cursos de teoría comunista, me explicaron que mi padre había frecuentado asiduamente al Líder Máximo y a su acólito argentino, que incluso había alimentado la brillante teoría revolucionaria del foquismo gracias a un libro y que había resistido a la tortura de los yanquis durante su arresto en Bolivia. Me costaba imaginar a mi padre, algo torpe con su bicicleta bajo la lluvia parisina, como gallardo defensor de los desafortunados, blandiendo un arma y con la metralleta en bandolera. Su vida anterior a mí escondía sin duda misterios insondables. Aquellos dioses en traje de faena poseían la capacidad de elevar a los simples mortales, incluso a los más intelectuales, pálidos, nacidos en el distrito 16, al rango de superhombres. Mucho después supe que podían degradarlos a la misma velocidad que los habían ascendido a «compañeros de la Revolución». La mistificación es un fenómeno frágil...

Para mi asombro, aquellas revelaciones sobre la implicación directa de mi padre en la revolución me valieron el estatuto de hija de héroe. Estaba encantada de salir del incómodo de «antipatriota», pero decepcionada al constatar que no estaba asociado con ningún privilegio. En Francia, al menos, me habrían invitado a un cóctel en el Elíseo. Tuve que hacerme amiga del cocinero para obtener algunos favores como comer una fruta o, recompensa suprema, un dulce de leche. De lo contrario, había café con leche y potajes espesos en todas las comidas, con cuarenta grados a la sombra. Ya que estábamos a la orilla del mar, cuando preguntaba si por casualidad no había pescado en el menú, me miraban como a una extraterrestre. Era evidente que, en Cuba, los peces eran una especie protegida. Y la fruta no era adecuada para la dieta del buen comunista. Unas semanas en el campamento de pioneros demostraron ser mucho más eficaces para afinar la silueta que cualquiera de los regímenes de verano propuestos por las revistas femeninas.

Al anochecer, en torno a las hogueras en la playa, quemábamos la efigie de Ronald Reagan y escuchábamos música cubana, una música capaz de incitar incluso a los muertos a contonearse. Puestas de sol cautivadoras —

nunca he visto otras tan coloridas— acompañaban aquellos momentos de gran comunión, preludio de los ataques de los mosquitos nocturnos.

Un día, recibí la visita de un boliviano instalado en La Habana, Gustavo Sánchez. El mismo cuyo hermano había salvado la vida de mi padre y había colaborado, en su calidad de viceministro del Interior, en la detención de Barbie. Aquel día creí en los milagros. Venía en busca de noticias de la francesita a cuyos padres conocía bien. Considerando que mi formación comunista ya había durado bastante, y al constatar seguramente que yo empezaba a debilitarme, me llevó a La Habana, donde pasé una semana de las más extraordinarias. Me encontré de nuevo con una cama con sábanas, una habitación climatizada, una cocina con gran abundancia de frutas. Mi salvador me hizo descubrir los mejores helados del mundo, pero también los más desconocidos, en Coppelia: me invade la emoción, todavía ahora, al pensar en la copa con caramelo que saboreé en aquel «palacio de los helados», inaugurado con gran pompa en 1966. Gustavo me contó que, durante la Guerra de Vietnam, Fidel envió por solidaridad un cargamento de cremas heladas a los niños heridos y a los enfermos de Hanói. El PC vietnamita hubiera preferido recibir armas en lugar de helados, que llegaron más líquidos que fríos debido al calor. Pero esta historia me hizo muy simpático al Líder Máximo. Tenía intención, en cuanto regresara, de sugerir a mi padre que convenciera al presidente para que abasteciera con polos a todos los niños pobres y desgraciados. ¡Nada mejor para levantar los ánimos!

Iba a bañarme a la piscina del Hotel Habana Libre, donde se habían hospedado mis padres. Descubrí aquella ciudad impresionante por su belleza y su decadencia. Todo me gustaba, incluso la cola en la «Casa del agua» para beber un vaso de agua, gratis, por supuesto. Por la noche, veía *Lo que el viento se llevó*, una de las películas preferidas de Castro. Fue una buena introducción para mi siguiente destino.

Al llegar a Estados Unidos vía París, donde tan solo tuve tiempo para vaciar mis bolsillos, llenos de pins con «Viva la revolución», la abundancia californiana me pareció obscena. El *summer camp* de Santa Mónica era agradable: pintábamos camisetas, fabricábamos collares, comíamos hamburguesas y fundíamos golosinas de malvavisco sobre el fuego en torno al cual canturreábamos. Aquí también asistía a la ceremonia de la bandera por la mañana, pero solo se trataba de la bandera estadounidense. No iban a sacar la bandera francesa o mexicana y reinventarse la comunidad de naciones. De todos modos, no sabían dónde situar realmente Francia en un mapamundi y era evidente que todo el mundo, incluso los extranjeros, comulgaría con la mano derecha sobre el corazón al ver resplandecer el estandarte estrellado en el cielo. Y así fue.

La visita a los parques de atracciones me alucinó, así como el tamaño de los coches y de las raciones de patatas fritas. Todo el mundo lucía una gran sonrisa: había que mostrarse simpáticos y respetuosos los unos con los otros, es decir, distantes. Se acabaron los besos, los abrazos y las grandes demostraciones de amistad habituales en Cuba. Un «hi» con un rictus, sin beso, o un apretón de manos, era más que suficiente. Las relaciones eran armoniosas, aunque fueran falsas. Después de una batalla de agua, me quité la camiseta para que se secase. Fue un escándalo a pesar de que era tan lisa como una tabla para planchar. Tanto pudor me dejó perpleja.

Me enfrentaba a un conformismo alegre, ligero y púdico. Por primera vez en mi vida, no iban a darme la tabarra con la suerte de los más desposeídos o con el hambre en el mundo. Mi única obligación era divertirme con niños de mi edad: un programa de lo más aceptable. Me dediqué a ello sin ningún escrúpulo ni mala conciencia. En definitiva, el horroroso capitalismo podía ser, para algunos privilegiados, *fun* y *cool*. Qué mejor que aprovecharse de ello plenamente. Solo conservo recuerdos anodinos y un regusto de soledad. Ningún proyecto en común, ningún adoctrinamiento, nada de solidaridad. La abundancia, las barbacoas y el buen humor resultan extrañamente poco federativos y memorables.

Mi regreso a París marcó el momento de la rendición de cuentas. Le dije a mi padre que entre Cuba y Estados Unidos yo optaba por la vieja Europa, bastante moderada y confortable: se come bien, se lee bien, se duerme bien. Después de mis estudios superiores, sin embargo, haré una elección muy distinta. Por el momento, desde mis once años, no tenía realmente intención de meterme en política para defender un modelo o su antítesis; sobre todo, quería establecer lazos con lugares, saborear un arte de vivir y disfrutar de una familia, aunque fuera defectuosa.

De tanto izar y arriar banderas durante dos meses, me había convertido en especialista en plegar y desplegar estandartes, aptitud totalmente infravalorada en el plan de estudios francés pero que exige un alto nivel de destreza y organización. Estaba tan acostumbrada a aquella ceremonia matutina, sin duda tachada de anacrónica o fascista en Francia, que la echaba en falta. Tenía el mérito de imponer desde el despertar una cierta cohesión de grupo. Precisamente iba a empezar la secundaria con la esperanza de pertenecer a una casta que para mí era superior, la casta de los «normales». Al empezar el curso, no conté mis vacaciones; escuché sobre todo las de los demás, que me hacían palidecer de envidia. Cuando, más adelante, me marche un 14 de julio rumbo a Bretaña, me sentiré infinitamente satisfecha, en medio de los atascos, de poder hacer, por fin, como todo el mundo.

En secundaria descubrí a las estrellas que fascinaban a los jóvenes. Cuando me enteré de que mi padre había pasado un día con John Lennon, adquirió un aura repentina. Tuvo que proporcionarme pruebas tangibles para borrar mis dudas. Si había podido estar junto a uno de los ídolos de mis amigos, se sobrentendía que no era tan, tan «negado». No le había creído del todo cuando me contó que había conocido a Jean-Jacques Goldman de niño, el hermanastro pequeño de su amigo fallecido Pierre Goldman. Me había presentado a France Gall y a Michel Berger, fervientes mitterrandianos, pero yo consideré aquel encuentro como una feliz coincidencia. Ya gozaba de más estima por mi parte cuando asistió, en 1984, a los funerales de Indira Gandhi. Por una vez no me habría importado acompañarlo, ya que la India me fascinaba. Después de todo, no se desenvolvía tan mal para ser un exconvicto...

Mi padre admiraba a Julien Gracq y a algunos jefes de Estado; mi madre apreciaba a los poetas y los artistas; y yo me mostraba prudente. El Rey de España era el único que despertaba mi entusiasmo. No eludiré explicar cómo la hija de unos «izquierdistas peligrosos» acabó siendo fan de un rey... Excepto por esta extravagancia, mi forma de ser desconfiada me empujaba al escepticismo general: buscar la parte de sombra y las fisuras detrás de los flashes. Así pues, ¿por qué iba a extasiarme ante un simple mortal solo porque es talentoso y mediático? Y menos si se trata de un hombre político. ¿Por qué necesitaban tanto decoro y tantos lacayos para sentirse importantes? Para sentirse seguros de su fuerza, como niños pequeños disfrazados de superhéroes... Françoise Giroud confesó, después de su experiencia política: «Nunca creí que un ministro, fuera cual fuera su posición, tuviera la capacidad de transformar el curso de las cosas: lo he comprobado».

¿Nuestros dirigentes son tan impotentes? Mi marcha a España me devolvió la confianza en la política.

## V. Los exilios

Tengo seis años. Estoy en el Museo del Prado, paralizada ante *Las Meninas* de Velázquez. Esa infanta de tez pálida, embutida en un traje de gala, con una distinción natural, resulta encantadora. Debe de tener mi edad. Muestra una expresión ausente a pesar de ser objeto de preocupación de dos damas de honor. ¿Acaso es debido a la resignación ante la fatalidad de su papel oficial o al aburrimiento? Su delicadez contrasta con los rasgos menos armoniosos de los demás personajes; la blancura de su atuendo, con la austeridad de la habitación de tonos lúgubres. La corte aparece representada en su fealdad y futilidad, con sus misterios y sus juegos, bajo la mirada vigilante y lejana de la pareja soberana. El pintor, pincel en mano, está trabajando en un lienzo que no vemos. ¿Quién mira a quién? ¿Su mundo era tan triste y serio como el mío?

Regresé entusiasmada con aquellas vacaciones madrileñas. No era únicamente la energía de los españoles, el sol rotundo y la informalidad de las tapas. Reinaba un ambiente de libertad y alegría, encarnado por Juan Carlos I, tan apuesto como un actor de Hollywood, y que acababa de salvar a su país de un golpe de Estado, el 23 de febrero de 1981.

Juan Carlos era el jefe de Estado más joven de Europa, de aspecto atlético y con un encanto irresistible, que sin cesar rompía el protocolo para disgusto de sus servicios de seguridad, que se enfrentaban a la amenaza real de ETA. Suscitaba entonces simpatía y aprecio. Todo el país le agradecía que velara por él. Al morir Franco, en 1975, la clase política, bajo el impulso del Rey y de su flamante presidente del gobierno Adolfo Suárez, había aceptado, a veces a regañadientes, hacer *tabula rasa* del pasado para construir mejor el porvenir. Tras una guerra civil sangrienta, preludio de la Segunda Guerra Mundial, cuyo recuerdo había sido mantenido vivo conscientemente por la dictadura, España había conseguido realizar milagrosamente, y contra toda expectativa, su transición democrática. Un desafío asumido con virtuosismo por aquel soberano moderno y dinámico.

Colgué en mi habitación una foto oficial del soberano en traje de gala. Me gustaba el aura majestuosa y tranquilizadora que emanaba de él. En un vano



intento de convertirme a la causa socialista, mi padre sustituyó el retrato real por el de Mitterrand, lo que fue causa de una enésima fuga.

En casa, el único conflicto verdadero entre nosotros era el político. Esto era aún más grave, dado que era el único tema de conversación. Mi padre y yo defendíamos cada cual a nuestro soberano y nuestro tipo de monarquía. El mío había rechazado los plenos poderes heredados de Franco, un dictador terrible, para devolvérselos al pueblo, y vivía con mucha más sencillez de la que reinaba en el palacio del Elíseo, sin corte ni fasto. Como leía el *Hola* en la cocina con Ángela, estaba al corriente de todo. Incluso corría el rumor de que el Rey cogía su moto por la noche para dar una vuelta por Madrid de incógnito. Esto tenía más lustre que el recorrido de Mitterrand con su abrigo azul marino por los puestos de libros de segunda mano de los muelles del Sena. Era una cuestión de generación y vitalidad. El Rey era el más republicano de todos los soberanos; reinaba con los españoles. A la cabeza de una monarquía contrariada, Mitterrand, por su parte, gobernaba desde arriba.

Justo cuando estábamos atrapados en la mala comedia del poder —mi padre había enterrado sus ilusiones mitterrandianas y abandonado honores y cargos, y mi madre había sido pérfidamente apartada de su función en la *Maison de l'Amérique latine* por otros más ávidos y astutos que ella—, llegó el momento de la marcha. En 1989, mi madre tuvo la feliz idea de llevarme a España, esta vez para vivir allí.

Mi padre, consternado, se opuso con firmeza. Sevilla estaba más cerca de África que de Europa, y era necesario que yo estudiara en el sistema escolar francés, el mejor del mundo junto con el japonés. Mi padre siempre ha tenido prejuicios pegados al cuerpo, entre ellos la excelencia de la enseñanza pública francesa: solo los hijos de familias de derecha, poco cultivados y malos estudiantes, frecuentaban los colegios privados; el estatuto de profesor estaba demasiado desvalorizado, sobre todo debido a la feminización de la profesión, pero la escuela, laica y republicana, era uno de los orgullos incontestables de Francia; y su hija tenía que ser un puro producto de la educación nacional francesa. Más tarde comprenderá que Jules Ferry<sup>[24]</sup> estaba definitivamente muerto y acabará por inscribir a su hijo en una selecta escuela privada.

Mi padrino Matta le hizo reflexionar: «¿Por qué motivo cierras todas las puertas que se le abren a tu hija? Elizabeth le permite acceder al mundo y tú solo piensas en encerrarla». Así fue como resolvió la situación, que rozaba el enfrentamiento judicial: yo acabaré marchándome con mi madre, mi padre, conquistado por el dinamismo español, acabará por reunirse con nosotras para ocuparse del pabellón francés de la Exposición Universal que se estaba

gestando en aquel momento, mis abuelos se unirán al movimiento general, y Matta realizará un mural gigantesco para la ciudad de Sevilla, así como el logo del instituto francés que mi madre iba a dirigir.

Llegué con doce años, cuando España, finalmente europea, preparaba su despegue. Era emocionante: en aquel entonces todo era un terreno baldío, todo estaba por construirse. La voluntad y el ardor estaban al servicio de la modernidad. Mis padres se veían envueltos en aquel torbellino creativo. Su pasado político no interesaba demasiado; los españoles habían tenido ellos también su cuota de tragedia, durante la Guerra Civil y los cuarenta años de dictadura, y habían aprendido a dejarla atrás. Tenían todo por ganar y nada que perder. En Francia, ocurre lo contrario: tenemos todo por perder y nos agarramos al pasado. Dejé atrás los inviernos fríos y el mal humor de los parisinos. El perfume cautivador de las flores de azahar y del jazmín tuvo en mí un efecto inmediato. Viví cuatro años en Sevilla, en un estado de encantamiento permanente. Fue un renacimiento.

Para matricularme en el colegio, me reuní con el director, que me llevó al café de la esquina para cerrar mi matrícula y explicarme el currículo escolar español. Las relaciones eran directas, cálidas, rápidas. Las secretarias ni siquiera eran antipáticas. Todo el mundo se reunía ante la barra para comer tapas que permitían aguantar hasta el mediodía, que de hecho es a las tres de la tarde en España: la diferencia horaria de tres horas no es oficial sino real. Se acabó la agresividad, la hostilidad o la curiosidad hacia nosotros. Por primera vez, podía deambular sola por la calle sin temor a ser secuestrada, atropellada, chantajeada a la salida del colegio, o agredida por ser hija de mi padre. Solo era una francesita que tenía hambre pronto, que se perdía fácilmente en las callejuelas peatonales del barrio de Santa Cruz y que era recibida con simpatía. Descubrí todo con gran avidez, dispuesta a fundirme en el molde sevillano y a sumergirme en la cultura andaluza, incluso a costa de olvidar rápidamente mis raíces parisinas. Sevilla era mi balsa de salvamento. Me acogieron sin preocuparse por la identidad de mis padres, ni siquiera por su adscripción política. El sentimiento de alivio fue inmenso. A fuerza de no ser nadie, me convertí en alguien.

Hay lugares mágicos, benéficos para el espíritu y el cuerpo: esa ciudad morisca forma parte de ellos. Los sevillanos tienen una filosofía de vida que se te impone como una evidencia: aprovechar el momento presente. Es tan

sencillo y accesible que merecería que algún libro sobre realización personal tratara el tema. Nos cogió de repente. El mundo podía hundirse, podía caerse el muro de Berlín y la izquierda olvidarse de sus valores, a pesar de todo nosotros íbamos a disfrutar de la vida. ¿Por qué nos los permitíamos en España y no en Francia? No era solo el efecto del sol o de una gran casa — confieso haber obligado a mi madre a alquilar una casa demasiado bonita para nosotros— que mejoraba notablemente nuestra vida cotidiana. Al marcharnos, nos liberábamos de un lastre. El exilio concede una emancipación insospechada.

En París, mis padres eran prisioneros de un sistema en el que, para conservar un lugar, era necesario bailar el vals con los medios y el tango con las redes de influencia y los falsos amigos, evitando tropezar con el pie de algún envidioso. Y para salir ileso uno se convierte en la caricatura de sí mismo. Intentaban permanecer fieles a sus ideales y vivir de pie, al tiempo que se adaptaban a las obligaciones del poder. Sin embargo, mis padres no eran profesionales de la política, para quienes la continuidad del cargo es vital. No estaban dispuestos a enzarzarse en batallas perniciosas para conservar sus puestos. Sus estudios, sus libros y su reflexión siempre prevalecían sobre el viacrucis del poder y de la adulación asociada a él. Tenían esa rigidez, esa ética, compartida por Françoise Giroud: «El Estado debe servir. No hay que servirse de él, ni someterse a él».

En Sevilla mi madre ya no tenía que padecer las divagaciones amorosas y demasiado ostentosas de mi padre, que, en su papel de adolescente perpetuo, galanteaba para estar seguro de seguir siendo joven y de no perder su libertad. Le faltaban ocho centímetros de altura y cuatro de anchura para tener la apariencia de un actor estadounidense. Su notoriedad y su encanto compensaban los centímetros de menos. Sin preocuparse por cómo podía eso afectar a su hija, mi padre había hecho de su bigote y de su donjuanismo su imagen de marca, del mismo modo que algunos llevan una bufanda roja o una camisa blanca desabrochada. Habría podido conformarse con el bigote, pero necesitaba más para perfeccionar el cliché del aventurero romántico que él describía con detalle en sus obras. Mi madre y yo nos habíamos convertido en personajes de ficción apenas novelados. ¿Por qué tenía la necesidad de exhibirse de esa manera? Sin una mujer, perdía compostura y convicción. Confesiones de debilidad que yo habría preferido no leer jamás. «Desde que los congelados Picard y el microondas existen, ya no es necesario casarse», dijo al final de una conferencia. A pesar del invento de los alimentos congelados, no podía vivir sin una presencia femenina, servicial y admirativa.

Mi madre se reencontraba con su lengua materna y con cierta voluptuosidad, común a Andalucía y el Caribe. Mi padre ya no tenía que encarnar al intelectual decepcionado. Un jamón serrano cortado a mano con arte y saboreado en una terraza con vistas a la catedral hace olvidar cualquier desilusión. Efecto garantizado.

En mi barrio me codeaba con una fauna muy variada: nobles ingleses excéntricos, un emir que lucía un collar con el diamante más gordo del mundo, una anciana diva italiana admirablemente moldeada por sus vestidos ajustados, jubilados que cuidaban minuciosamente los geranios de su patio, un cónsul de Francia que pregonaba la laicidad hasta el punto de desdeñar sin disimulo la Semana Santa, grandes familias de aristócratas españoles que restauraban sus palacios para acoger a los turistas, una gitana que me predijo un porvenir radiante. Los turistas todavía no disponían de un recorrido y los menús de los restaurantes aún no estaban en inglés. Pero siempre había franceses que se escandalizaban por no encontrar ensalada *niçoise* o Perrier.

Habría podido sentirme aislada, pero mi madre recibía huéspedes en casa: hay muchas personas que no tienen la delicadeza de apreciar el hotel y a las que les cuesta aventurarse en un restaurante. Sobre todo las que viajan por motivos profesionales y que, de paso, se embolsan las dietas. En 1992, los franceses que iban a Sevilla tenían misiones de gran importancia, además de comer tapas y desinhibirse en la Feria. Artistas, ministros, consejeros de ministros, directores acompañados de sus adjuntos: todos acudían para visitar la Exposición Universal. Yo observaba aquel ballet de cortesanos desde muy lejos.

Me cruzaba con mi padre muy temprano por la mañana: después de una noche bailando sevillanas a orillas del Guadalquivir, volvía a casa con churros y chocolate muy espeso, mientras que él se disponía a escribir después de tomarse un café solo. Ya no llevábamos el mismo ritmo de vida, ni teníamos las mismas preocupaciones. Yo pensaba en mi próxima corrida, en mi nuevo vestido de flamenca y en los jóvenes, guapos y morenos, con los que iba a salir. Era adolescente, libre, radiante, estaba rodeada de amigos y perfectamente integrada. Francia ya no me interesaba, y los franceses a veces me daban vergüenza.

Mi padre había invitado a algunos amigos cercanos al poder. Consiguió que le abrieran de forma excepcional el Alcázar, por la noche, para aquellos invitados de postín, estirados y condescendientes. La oportunidad de visitar un pequeño grupo uno de los palacios reales más antiguos del mundo era excepcional. Algunos, hastiados por las visitas de lugares prestigiosos y

acostumbrados a ser tratados como los grandes señores que no eran, se quejaron de que la cena se retrasaba, de que su anfitrión, que no era otro que el vicepresidente del gobierno y un amigo íntimo, Alfonso Guerra, no hablaba suficientemente bien francés y de que había demasiado ajo o demasiado aceite de oliva en sus platos. ¿Acaso en la École Nationale d'Administration se enseña tanto la arrogancia como la gestión de los asuntos públicos? Fuera de su entorno habitual, aquellos grandes hombres se convertían en niños mimados insoportables. Constataban con espanto que España no era Francia. En lugar de interesarse o adaptarse, se ofendían. Comprendían, molestos, que Francia ya no era un modelo para el mundo y que su misión civilizadora tenía límites. Napoleón se había dado cuenta de eso antes que ellos, en 1808, cuando su hermano mayor, «Pepe Botella», sufrió el levantamiento del pueblo español: fue el primer revés militar imperial.

Fui adoptada por Alfonso Guerra, figura imprescindible de la vida política española, reconocida por su longevidad pero sobre todo por la brillantez de sus análisis y su ironía insustituible. Protagonista de la transición democrática, luego el vicepresidente de más larga duración del gobierno de Felipe González y el diputado más veces reelegido, pasaba la semana en Madrid y regresaba a Sevilla, su ciudad natal, el fin de semana. Se convirtió para mí en un padre suplementario, comprensivo y atento. Comprendí gracias a él que era posible vivir el poder con sencillez, que no todos los socialistas del mundo permanecían reclusos en un palacio, rodeados de un batallón de secretarías y consejeros, sin contacto con la vida cotidiana de sus electores. Alfonso no disponía de los servicios de un chófer, sino que se desplazaba a pie, sin guardaespaldas, a pesar de que las amenazas de ETA eran reales. Pagaba las notas de los restaurantes y las personas en la calle se le acercaban, de forma espontánea y jovial, para hablarle de fútbol o de las siguientes elecciones, lo criticaban o le daban las gracias. A veces venía a buscarme a la salida del colegio para llevarme a un mitin político. También me hablaba de la vigilancia policial bajo Franco, de sus sueños adolescentes de democracia y libertad, de la redacción de la Constitución, de la exaltación del momento por materializar un gran proyecto para España.

¿Por qué Francia y España, dos países latinos y limítrofes, dirigidos por la misma familia política, asumían el poder de manera tan opuesta? ¿Se trataba de una cuestión generacional, climática, de peso de la historia, de forma del Estado? Instintivamente yo había elegido mi bando, pero quería comprender. Este fue el objeto de mis estudios futuros.

Algunos políticos franceses en visita oficial me tranquilizaban, no obstante, sobre la naturaleza del hombre frente al poder. Jack Lang, insustituible ministro de Cultura, llegó con su energía euforizante, al acecho de buenas ideas. Al contrario que otros, él, que sin embargo gozaba de una verdadera aura en Europa gracias al éxito de los acontecimientos culturales que había sabido imponer, se mostraba dispuesto a escuchar a todos y sentía curiosidad por todo. Su mujer, Monique, lo seguía a todas partes con elegancia. Yo me deleitaba con su franqueza, sus burlas causticas y su sonrisa cálida.

Jacques Chaban-Delmas, llegado desde Burdeos a pesar de su edad avanzada, era un ejemplo para todos de cómo debe comportarse un hombre de Estado. Obedecía escrupulosamente una agenda cargada, incluso cuando sus fuerzas físicas disminuían. Guapo y seductor, rápido y nervioso, ávido por ver a las hermosas andaluzas bailar sevillanas y por visitar los monumentos históricos, brillaba con luz propia, atento con todo el mundo. «Voy a ocuparme de la pequeña», le dijo a mi madre antes de marcharse. Me regaló su libro sobre De Gaulle y me habló de Francia, de la Francia que había resistido al fascismo, de aquel espíritu francés indomable y de la renovación que siempre estaba por construir. Por vez primera tuve la sensación de tratar con un personaje histórico, que se las vio con la gran historia y que seguía impregnado de ella. Tenía un tono de voz lleno de fuerza y unos ojos chispeantes. «Hay que invertir en la generación joven», le dijo a mi madre al dejarme con ella. Sigo estando convencida de que los franceses desaprovecharon a un gran hombre. «No se dispara contra una ambulancia», había dicho Giroud con motivo de las elecciones presidenciales de 1974. Ya me gustaría a mí ver pasar esas ambulancias actualmente en el panorama político francés.

Al cabo de dos años, me había vuelto más sevillana que mis padres. Les hablaba en «frañol»; prefería ir a la playa a Cádiz, a casa de mi amigo Manu, que volver a Francia en vacaciones; hacía cola frente a la catedral el día de San Fernando para venerar el cuerpo milagrosamente conservado del rey Fernando III; me había convertido en especialista de la Semana Santa, en la que cada saeta me emocionaba hasta hacerme llorar; la lectura de *El País*, los domingos por la mañana, era mi momento sagrado, y solo bailaba sevillanas por principio y por placer. Yo era el aval de integración de mis padres, y a veces su guía. Estaban en mi casa.

Por desgracia, su pasado irrumpió nuevamente en mi vida. Después del caso Ochoa, un proceso estaliniano urdido en 1989 por Fidel Castro para deshacerse de algunos dignatarios demasiado molestos, en particular del general Arnaldo Ochoa, mi padrino Matta, mis padres, que eran amigos de los condenados, y muchos otros intelectuales y artistas de izquierda rompieron por fin de forma oficial con el régimen cubano. Dos años después, mi madre acogió en nuestra casa a Ileana de la Guardia, la hija del teniente coronel Antonio de la Guardia, uno de los ejecutados, cuyo hermano gemelo, el general Patricio de la Guardia, había sido condenado a treinta años de cárcel, ambos amigos íntimos de mis padres. Llegó acompañada de su marido Jorge, antiguo miembro de la nomenclatura cubana e hijo del periodista argentino Jorge Maseti, desaparecido en Salta (Argentina) en un intento de organizar un foco guerrillero a instancias del Che. Sin pedir mi opinión, yo iba a tener que compartir mi vida cotidiana con aquellos desconocidos encantadores, adorables y simpáticos. Una tarde, dos hombres uniformados, con gafas oscuras y una constitución imponente, llamaron a la puerta. ¿Venían a detenerme porque había cogido dos bolígrafos en el instituto francés o porque había olvidado devolver los libros a la biblioteca? Por fortuna, venían para hablar con mis padres y los exiliados cubanos que se hospedaban con nosotros. Edwy Plenel, en aquella época periodista de *Le Monde*, vino también para entrevistarlos. No hablaba español y le hice de traductora. Las abominaciones del régimen castrista ya no tenían secretos para mí. Nuestros huéspedes, tras beneficiarse de él, habían pagado un precio muy alto. El



brusco vuelco de situación debió de ser doloroso. De mis padres iban a recibir una ayuda y una generosidad infinitas, podían contar con su solidaridad inquebrantable, motor de una revolución en la cual ya nadie creía pero que para mis padres continuaba siendo sagrada.

Mientras ellos enterraban su juventud y aceptaban la triste realidad cubana, yo solo pensaba en divertirme con mis amigos. En algunas familias, las crisis se deben a la prohibición de salir, al consumo de sustancias ilícitas, a boletines con malas notas. En casa, nada estaba prohibido. Mi madre hablaba abiertamente de las drogas que circulaban en los años sesenta, con lo cual perdieron ante mis ojos todo atractivo. Mis padres no me ponían una hora límite cuando salía por la noche, y esto me desesperaba. A pesar de mis repetidos requerimientos, no eran capaces de justificar una hora en lugar de otra, así que la decisión recaía en mí. No tenía que darme prisa como todo el mundo para estar de vuelta antes de la medianoche. Toleraban sin rechistar las fiestas en la terraza de nuestra casa. Siempre y cuando nadie tocara los libros, poco importaba si había alcohol o no. Mi padre se marchaba con su manuscrito bajo el brazo a casa de algún amigo, en espera de que acabara. Y mi madre, a pesar de las quejas de los vecinos, prefería retener a aquella juventud desbocada en su casa que dejarla suelta en la calle.

Mi padre temió acabar con una hija española. Así que me enviaron interna al liceo francés de Málaga: profesores apasionantes, un marco idílico, amigos que lo serían para siempre. Aquel paréntesis fue tristemente corto. Al terminar la Exposición Universal, regresé a París con él, en 1993. Mi madre prosiguió su carrera profesional en Madrid. El desgarró sentimental fue traumático.

Heme aquí, con dieciséis años, instalada en un estudio situado en el mismo rellano que mi padre, que no estaba dispuesto a dejarse perturbar por una adolescente. No tuve que reclamar ningún tipo de independencia: me la ofrecieron en bandeja de plata. París se había convertido para mí en una ciudad desconocida y el francés en una lengua que tenía que volver a hacer mía. Era una extranjera en mi propio país y observaba del mismo modo que se observa cuando se va al zoo. El frío y el tiempo gris me aletargaban hasta tal punto que cada salida a la calle, sucia y lúgubre, me resultaba penosa. Los chicos del liceo, delgados, pálidos, fumadores y adictos al café, no me interesaban demasiado. Nada me incitaba a ser una alumna asidua. Y aún menos a integrarme en la vida parisina.

Había encontrado en mi libro de historia del colegio una fotografía de mi padre de joven que ilustraba el subcapítulo «Fracaso del guevarismo». Habría podido presumir de ello, sentir cierto orgullo. Rogaba para que el profesor no tuviera tiempo de tratar el tema. Me asustaba mucho ser reconocida, catalogada, o, peor aún, cuestionada. ¿Por qué tanta incomodidad? Todavía sigo preguntándomelo. No quería rendir cuentas por hechos y gestos de los que no era responsable. Y sobre los que, además, no sabía gran cosa. En aquella época, no intentaba comprenderlos; prefería camuflarlos. Cada intervención mediática de mi padre se convertía en una placa de plomo que se abatía sobre mí.

Suspendí mi primera disertación: el profesor insinuó que yo no era la autora. O que mi padre sin duda me había ayudado demasiado. «Explique algo prohibido que desearía hacer». Quería ir a La Meca, disfrazada de hombre. Acababa de ver *Lawrence de Arabia* y fabulaba sobre Oriente Medio, que acaparaba la actualidad. Me encantaba quedarme en la biblioteca del Institut du Monde Arabe y zambullirme en los libros sobre el islam. Ante aquella afrenta, me declaré en huelga y dejé de ir a clase. Me concentré en la organización de un periplo con mi abuela, desde Jordania hasta el Líbano, pasando por Siria, el mismo que ella había realizado sesenta años antes, en su luna de miel. Será nuestra última aventura juntas.

«A tu padre solo le gustan los comunistas multimillonarios», decía mi tía abuela. Un día, conoció a una multimillonaria, comunista, de espíritu agudo y con un encanto cautivador, que le fue totalmente fiel. Entre ellos se estableció una profunda amistad, de la cual yo me beneficié. La cineasta libanesa Randa Chahal me envolvió con su generosidad unificadora. Su inteligencia emocional, su mente abierta y su sentido del clan compensaban las deficiencias paternas. Me llevaba a todas partes: al rodaje de sus películas, a las tiendas de la avenue Montaigne, a su velero, a sus casas de vacaciones. Mis estados de ánimo eran para ella como asuntos de Estado. Me escuchaba, me alimentaba, vigilaba con quién andaba, dedicaba tiempo a elegir mi traje de baño para el verano y mi mono de esquí para el invierno. Preocupada por mi bienestar, atenta y protectora, se convirtió en el pilar de mi vida, que en aquel momento carecía de estructura y sentido. Falleció, demasiado pronto, enferma de cáncer.

La filósofa Blandine Kriegel y el historiador Alexandre Adler también me tomaron bajo su protección. Me daban clases particulares los domingos por la mañana para compensar mi deserción escolar, me llevaban de vacaciones a Pontresina, en la región de Engadina, donde aprovechando las largas caminatas a través de la montaña suiza descifrábamos juntos el mundo. Me sentía muy feliz de ser escuchada con interés y ternura. Blandine me llamaba «cariñito» con tono maternal y me tranquilizaba: «Tienes la elegancia de tu abuela, la inteligencia de tu madre y el talento de tu padre». No la creía, sabía que exageraba, pero era muy agradable sentirse valorada. Me enseñó el rigor intelectual implacable, mientras que Alexandre, sonriente y nutricional, me enseñó la historia como si fuera una novela.

Estaba rodeada de inteligencia insumisa y erudición enciclopédica. ¿Qué iba a hacer para estar a la altura? Era buena en matemáticas, pero mi padre me orientó hacia un currículo académico literario. Mantenía al día una lista de libros que tenía que leer antes de la mayoría de edad y me preparaba fichas de filosofía por temas, feliz de volver a zambullirse en sus viejos manuales escolares. Yo me aplicaba; no me atrevía a decepcionarlo. Así que intentaba comprender el pensamiento nietzscheano a pesar de que me importaba muy poco. «Compórtate como la jovencita de la casa», me decía cuando tenía invitados. Y yo me ponía a pasar los platos, a rellenar las copas vacías y a cazar al vuelo los desafíos políticos del momento. Por la noche me refugiaba en la literatura: lloraba con la muerte de la princesa de Cléves y era incapaz de dejar de leer *Los Thibault*. Me sentía menos sola cerca de ellos.

El 9 de enero de 1996, cuando me enteré del fallecimiento de François Mitterrand, me salté un examen oral y corrí a casa de mi padre. Lloraba de emoción. Había vivido toda mi vida a través de él y no estaba preparada para pasar página tan rápidamente.

Obligué a mi padre a ir de inmediato a la avenue Frédéric-Le Play. Él dudaba, no se atrevía, se reprochaba muchas diatribas inútiles. Lo cogí de la mano: era necesario que el insolente rindiera un último homenaje a su presidente. No mediante un enésimo artículo en *Le Monde* o un libro complicado, sino físicamente, humanamente. Los seres humanos se distinguen de los animales honrando a sus muertos. No había honrado a su padre, fallecido seis años antes. En mi opinión, era necesario que compensara a aquel otro padre, el que le había dado una función y una posición en la sociedad francesa. Habían compartido muchos sueños y muchas luchas.

Bordeamos en silencio el Campo de Marte antes de reunirnos con aquella familia política que fue la mía por poderes. Me sigue invadiendo la emoción cuando pienso en aquel día gris de invierno. Para nosotros se cerraba un capítulo, y para Francia también. No se anunciaba nada glorioso.

Tras las clases preparatorias<sup>[25]</sup>, que me aportaron método y cultura, me dediqué a redactar una tesis de maestría sobre el papel del rey Juan Carlos I en la transición democrática española. Deseaba dilucidar lo que yo consideraba un ejemplo de grandeza y abnegación política. Prefería comprender la historia encaminándome hacia estudios en ciencias humanas que intentar actuar en ella. Mi calificación «Excelente» fue recibida por mi padre con un mohín, para él nunca nada estaba suficientemente bien; por parte de mi madre, con una invitación a un buen restaurante, y por parte de mi abuela, con un magnífico estuche con productos Guerlain que me dejó maravillada.

Fue entonces cuando decidí marcharme a Venezuela. ¿Seguiría sintiéndome como en casa? Unas prácticas de verano en *Le Monde* habían despertado en mí la afición por el periodismo. Mi padre decretó: «Es una profesión en peligro». De todos modos iría a Caracas a ver, por si acaso...

Llegué en plena campaña electoral presidencial. Después de unas semanas en la sección internacional del principal periódico del país, *El Nacional*, me uní a un equipo de campo especializado en la actualidad de los barrios de chabolas. Por la mañana, había que hacer la cuenta de las personas muertas durante la noche debido a las reyertas habituales —en Caracas, cada diecinueve minutos fallece una persona de muerte violenta—, realizar encuestas para comprender los motivos que la policía ignoraba, hablar con los testigos y las familias, y buscar noticias más alegres como, por ejemplo, la última fiesta de barrio.

Acudía a las maternidades para ver a los cientos de adolescentes que, apenas llegadas a la pubertad, daban a luz a su segundo hijo. No había ningún padre en la sala de espera. Pero ¿conocían al menos la identidad del genitor? Las hermanas, atareadas, pasaban rápidamente, abuelas jóvenes traían un poco de consuelo a aquellas niñas madres ya agotadas, las enfermeras, fatigadas por los gritos, deambulaban con calma de una cama a otra. Aquellos dispensarios públicos, limpios y abarrotados, estaban gestionados por jóvenes médicos entregados a su labor que llevaban a cabo su servicio cívico obligatorio sin rechistar, «la rural»: una clase de estudiantes privilegiados se

enfrentaba entonces a la realidad de un país desgarrado por una desigualdad flagrante.

Recorría las callejuelas erosionadas de los barrios de chabolas construidos sobre la ladera de la colina. Siempre en grupo, por miedo a ser agredida. En casitas hechas de ladrillos y cemento se amontonaba, alrededor de un televisor, una familia. Las fachadas eran toscas, pero los interiores eran a veces coquetos. Por la mañana, veía marcharse al trabajo a jóvenes elegantes con traje y corbata o a mujeres con las uñas arregladas y el pelo con permanente. Trabajaban en el centro, pero vivían allí, conectándose a la red pública para tener electricidad y apañándose las con los vecinos para el agua. Unos jesuitas voluntariosos iban a dar clase a los más pequeños.

En cuanto llegábamos, mujeres con voces chillonas salían para quejarse. Una de ellas se lamentaba de ver desde su ventana cómo se amontonaba la basura. «¿Por qué no meter la basura en bolsas cerradas y bajarlas al inicio del camino?», pregunté ingenuamente. «Sería más fácil para los camiones venir a buscarlas». «Eso es trabajo. Los basureros tienen que venir a buscar la basura a mi casa». Le expliqué que ni siquiera en París existía ese tipo de servicio. Indolentes y agobiados, los habitantes tiraban la basura en un terreno baldío, situado más abajo, sin preocuparse por los olores y las enfermedades. En aquel mundo del asistencialismo y del apaño, las mujeres eran reivindicativas y valientes; los hombres, más discretos, a menudo estaban borrachos o ausentes. Todos esperaban con impaciencia la visita de los candidatos a las elecciones. ¿Cuál de ellos iba a darles más dinero? «En mi casa, votan hasta los muertos», me aseguraba una señora bajita y simpática que confiaba en Chávez para conseguir una pensión de jubilación.

Hugo Chávez encarnaba el cambio en un sistema bipartidista agotado. Me presenté ante él, de improviso, en un restaurante. Se levantó, mientras que los demás permanecieron medio tumbados, alelados por el alcohol, y se mostró cortés y con modales militares. Aquel mulato de unos cuarenta años me confesó: «He tenido tiempo para leer a Víctor Hugo en la cárcel». ¿Pensaba seducirme con ese tipo de comentario? Tendrá más suerte con mi padre que conmigo, siempre escéptica ante militares ávidos de poder. Después de su golpe de Estado fracasado, había pasado dos años en una celda. Desde entonces, encabezaba un movimiento popular, aunque todavía no estaba seguro de su victoria. Algunas corrientes de izquierda lo apoyaban, pero los más oportunistas retrasaban su alianza con él. Encarnaba una tercera vía, que canalizaba la voluntad de cambio de todo un país que buscaba renovarse.

Nadie desconfiaba de su radicalidad. Todos pensaban que sería manipulable. Le predije un triunfo en las urnas y le pedí una entrevista.

Su ayudante de campo me llamó al día siguiente. Fijamos una cita en el domicilio personal del candidato, en un piso confortable de las afueras de Caracas. Empezó entonces la operación de seducción; presentí que deseaba, como muchos otros antes que él, llegar hasta mis padres a través de mí. Comí a solas con él bajo la vigilancia de Simón Bolívar, cuyo retrato colgado de la pared presidía la habitación. Me emborrachó con palabras.

«Bolívar no es un mito ni un santo. Es el pueblo, el rebelde. Puedo ser como él, el nuevo libertador del país». ¿Era un iluminado o estaba demasiado entusiasmado? Dudaba si reírme o no. Su simplismo resultaba enternecedor: «Según Bolívar, un buen gobierno es un gobierno que hace feliz a su pueblo». Y sus buenas intenciones reales: «El pueblo quiere más moralidad en política y más educación».

Al final del día, estaba harta de oír hablar de aquel pueblo, aquel colectivo infalible y pasivo, en nombre del cual se invocaba todo. «¿Acaso no podemos considerar al pueblo como ciudadanos, con derechos y deberes, pertenecientes a una nación?», le pregunté con la esperanza de que cambiara de disco. Sin embargo, infatigable, volvía a hablar de Bolívar, del pueblo y de su «proyecto histórico». Lo volví a intentar: «¿Cómo suscitar el interés nacional y el sentido de Estado para erradicar la corrupción que causa estragos en todos los niveles de la sociedad?».

Abandoné el tema. Impresionada por su euforia, dubitativa acerca de su programa: ¿sería él el hombre providencial que sacaría a Venezuela de sus fracasos? Pondrá en pie, según la fórmula de Juan Claudio Lechín, «un caudillismo mesiánico basado en la delincuencia», una dictadura narco-populista. Un mal a cambio de otro... Mucho más destructor.

Mi padre perdió interés por América Latina y América Latina perdió interés por él. Por ignorancia y fidelidad a unos ideales que ya no existen, se alió sin embargo con algunas causas tan grotescas como caballerescas: el subcomandante Marcos, o la revolución bolivariana de Hugo Chávez, y yo lo viví como una traición, como la negación de mis orígenes venezolanos, como la expresión de la estupidez de una izquierda cegada por los buenos sentimientos, en detrimento de la cruel realidad.

Cuando se extravió alabando los méritos de Chávez, sobre todo porque este le recitó versos de Victor Hugo durante una cena privada en casa de Dominique de Villepin, no imaginaba ni mucho menos la aplicación de la revolución bolivariana en Francia. En un país tropical y lejano, la aplaudía: el caudillismo forma parte del folclore político latinoamericano, el Estado de derecho pasa a ser un detalle que cae rápidamente en el olvido. Sin embargo, ese país exótico es también el mío: tengo familia allí, amigos, recuerdos de infancia, experiencias profesionales, una relación irracional que me liga a él, un lazo de sangre que no se disuelve con el tiempo ni el alejamiento geográfico. Venezuela no es un lugar de experiencia política para entretener a la izquierda francesa, cómodamente sentada a las mesas de los mejores restaurantes parisinos, mientras que allí no se encuentra lo necesario para sobrevivir. No se trata de una teoría, sino de una vivencia y un sufrimiento. Las manifestaciones que terminan en baños de sangre, los encarcelamientos arbitrarios, la tortura, las penurias: un país en peligro, presa del «sadismo de Estado», según la acertada expresión de Axel Gylden. Para mi padre, América Latina constituye una aventura pasajera que le reportó notoriedad; para mí, es una realidad que corre por mis venas. El apego a los principios democráticos no debiera ser prerrogativa de los países europeos. Algunos siguen sin comprender que la Guerra Fría ha terminado y que la Coca-Cola fluye a raudales por La Habana. A condición de poseer los dólares para comprarla.

Su nostalgia le venda los ojos. Para no ver crecer a mis hijos, me convengo de que la lavadora ha encogido su ropa. Es culpa de esta endiablada modernidad, sin duda no lo es de la evolución natural de las cosas. En política sucede lo mismo: para no ver el mundo evolucionar, nos aferramos a



argumentos eternos, a escenarios con los mismos buenos y malos. Tranquiliza tanto como una cantinela. Habría que poner una etiqueta a ciertos políticos que dijera «caduca a partir del año 2000». El siglo xx es entrañable, pero demasiado dogmatismo limita la capacidad de adaptación. Los dinosaurios acabaron desapareciendo de la superficie de la Tierra. Y en casa de mi padre los ordenadores se llenan de polvo. Sin embargo, nos habíamos tomado la molestia de conectar el Minitel y confieso que, siendo adolescente, había presumido mucho con el Bi-Bop<sup>[26]</sup>. Luego todo fue demasiado rápido. Con siete años, mi hijo gestiona de forma instintiva su tableta con gran destreza, mientras que mi padre sigue preguntándose cómo se enciende. Es muy injusto.

Se preocupa por la decadencia de Francia, y pasa de un brillante hombre de influencia, que tomó las armas antes de recorrer los pasillos de los palacios de la República, entre tres ensayos, dos amantes y cien cómplices, a «Pitufu gruñón» que redacta panfletos entre tres árboles, dos caballos y cien cortesanos. ¿Resulta el porvenir tan poco prometedor como para no dedicarse a él?

Desde mi marcha de España, ya no tenía un lugar mío. Mis cosas estaban diseminadas; dejé mis reliquias en casa de unos y otros, como Pulgarcito, que dejaba piedrecitas para encontrar el camino de vuelta. Mis objetos y recuerdos no inspiraban miramiento alguno: por parte de mi padre, en el mejor de los casos eran recuperados o regalados, en el peor, tirados; mi madre lo guardaba todo en cajas. Por suerte, tenía un sótano grande. Tampoco dudaba en deshacerse de pertenencias e inundaba con vajilla, plantas, ropa de casa y sofás la casa nueva de mi padre, donde él iba a fundar una familia. Yo estaba apegada a mis cosas y me dolía ver tanta falta de respeto por la «propiedad privada». Quizá era un remanente de sus años revolucionarios. Desdén, incluso sentimental, hacia el apego por la cosa material.

Tras mi paréntesis venezolano —y para no regresar a Francia, para salir de mi yugo literario y enfrentarme a la economía y las finanzas, desacreditadas por mi padre pero fundamentales a mi entender—, me marché a Londres para seguir estudiando en la London School of Economics. La publicación de mi tesis de historia en España me permitió conseguir una beca e independizarme. ¿Estaba sufriendo una crisis de adolescencia con retraso? ¿Quería únicamente formar parte de una juventud dorada y cosmopolita? El Barrio Latino me parecía *has been* y asfixiante. Al otro lado del Canal de la Mancha, gocé de una bocanada de oxígeno, de sándwiches húmedos, de los apaños entre estudiantes solidarios, y sufrí una enorme angustia ante mi primera disertación escrita en inglés —ya me costaba deshacerme de mis hispanismos en francés—. Sin embargo, volvía al seno materno cada vez que tenía un catarro mal curado y una decepción. El pájaro volaba, pero sin alejarse del nido.

Mi padre me hacía pocos regalos. Nunca comprendió qué se gana al regalar. Sin embargo, me compró tres años seguidos *Papá Goriot* para mi cumpleaños. Realmente tenía interés en que lo leyera. Con docilidad, me zambullí en la lectura de *La Comedia humana*. No imaginaba que algún día tendría que vivir una novela digna de Balzac.

El fallecimiento de mi abuela fue la ocasión de desvelar una faz oculta de las familias, una faz que hubiera preferido no conocer nunca. Mi padre y su hermano mayor no tenían nada en común, pero a pesar de todo delegó en él la gestión de la herencia de su madre, aquella mujer entregada a la que ni uno ni otro habían sabido querer. Mi padre era capaz de tomar las armas en el maquis para salvar a los desheredados de la injusticia, pero era incapaz de ocuparse de los asuntos familiares. Fue sorprendente... y decepcionante. La imagen del padre se debilitó definitivamente.

Me hubiera gustado convertir en museo el piso de mis abuelos: seguir abriendo los armarios repletos de trajes de alta costura, olisquear L'Heure bleue en el cuarto de baño, instalarme en el Eames<sup>[27]</sup> para leer un ejemplar de la Pléiade, entrar en la cocina invadida de cajas rojas Hédiard<sup>[28]</sup>, cambiar las flores de los floreros Lalique, sacar el polvo al servicio de té de plata *art déco*. Conservar las huellas de aquella burguesía ilustrada, que honraba tanto a la cultura francesa como al arte de vivir. Hacer del piso un mausoleo, un lugar de peregrinaje. Sin embargo, fue vaciado rápidamente a cambio de un cheque. Incluso mi habitación, con mis peluches, mis juegos y mis libros infantiles, que había sido mi reino y mi refugio. Y la edición original y encuadernada de *La Comedia humana*, que tanto codiciaba mi padre, fue regalada a su sobrino, que no tenía interés por la literatura.

Mi padre se convirtió en rentista, con todos los males inherentes a ese cómodo estatus. Se quedó con el dinero, pero no conservó ni los recuerdos ni el refinamiento. Enterró definitivamente a sus padres y liquidó sus orígenes. Subrepticamente, se adaptó a una nueva vida, cómoda, convencional y burguesa.

Unos días después de la muerte de mi abuela, fui a fotografiar hasta los más pequeños recovecos del lugar. ¿Por qué esta necesidad de inmortalizar hasta las pastillas de jabón Guerlain apiladas en el cuarto de baño, o el ramo de rosas colocado sobre la gran mesa de mármol del comedor hecha a medida? Sin duda preveía el desastre. Repaso aquellas imágenes poco a poco para impregnarme con los detalles. Los recuerdos se agolpan. La vuelvo a ver adormilada en el Eames, su Gauloise humeando todavía en el cenicero, con un periódico sobre las rodillas. Solía pasar por su casa después de clase, me quitaba mis «abominables zapatos», mis deportivas sucias que ella tanto aborrecía, iba a la cocina para terminar la caja de galletas inglesas, recorría el pasillo para comprobar que todo indudablemente estaba en perfecto orden, me instalaba cerca de ella en el salón con la prensa, a la espera de que se despertara, de repente pero algo confusa, contenta de verme y de iniciar una charla alegre. Volvía en sí, decidida y jovial. Se pasaba el peine, un toque de carmín, se calzaba sus zapatos de tacón, ahora con plataforma para tener más estabilidad, y el mundo era suyo. Yo seguía sus pasos. Actualmente, no hay nada que me resulte más placentero que oír hablar de ella: en ese momento mi interlocutor alcanza la cima de mi aprecio..., una cima que normalmente resulta muy difícil de alcanzar.

Me zambullo en estas reminiscencias como en un sueño. Me detengo en las fotos del dormitorio de mi abuela, tan luminoso y ordenado. Encima de la mesilla de noche, distingo un pequeño retrato en blanco y negro de su marido, joven y sonriente, y otro más grande de su padre. Delante de este marco está colocada una foto mía, tomada en España. No lo sabía, nunca me había fijado en ella. A pesar de mis huidas sucesivas al extranjero, había permanecido a su lado. Se me escapan las lágrimas. Así que los lazos estrechos que me unían a ella no eran imaginaciones mías, fue mi columna vertebral y mi salvavidas. Nadie podrá arrebatarme ese amor.

Estaba sola y decepcionada. Jérémie Chaine, mi amigo del alma con el que compartía confidencias, sueños y deseos, fallecido demasiado pronto y bruscamente de un aneurisma, ya no estaba allí para acompañarme en aquella dura prueba. Nuestras vidas habían estado unidas desde la escuela maternal; nuestros destinos siguieron conectados a pesar de mis mudanzas. «Tienes en mí otra tú misma», parecían decirme sus ojos cariñosos de color azul intenso. Una escapada a Roma, senderos en Escocia, discusiones interminables en el Chai de l'Abbaye, nuestro café preferido, un verano descubriendo explotaciones mineras abandonadas, los baños en las aguas heladas de Étretat: con él, todo era profundo y alegre. Nunca nos alejábamos demasiado el uno

del otro, siempre estábamos disponibles el uno para el otro. Todo lo habíamos previsto juntos, incluso la jubilación. El destino tomó otra decisión. A veces el destino es un cabrón. Y el vacío era enorme.

Los sufrimientos te hacen crecer. Sin mi abuela, sin Jérémie, mi vida parisina había perdido todo el sabor. Y había visto al hombre flaquear detrás del glorioso intelectual cuya impunidad aumentaba con la edad. ¿Por qué tenía que comportarme como una hija si mi padre no actuaba como un padre? Aquella herida fue mi suerte. Alcancé mi libertad, liberada de una carga que habría podido limitarme. Amargada pero espabilada, en 2000 me marché para instalarme al otro lado del Atlántico. En el imperio del sentido práctico, como decía mi madre: «¡Incluso han inventado el kleenex!», comentaba con cierta admiración ambivalente. Allí donde mi padre no podía ir por falta de visado. Sin saberlo, me hizo un favor inmenso.

Renuncié definitivamente a intentar estar a la altura de la imagen que se había forjado de la hija ideal, un proyecto que había sido una línea de conducta desde mi infancia. Me puse a buen recaudo, a la sombra de los rascacielos de Manhattan. Romper los lazos me dio alas. El despegue fue desagradable, pero no se puede saborear sin sufrimiento. Un pastel sabe mucho mejor después de un régimen.

Al seguir el camino ideal de la estudiante aplicada y gracias a la ayuda de guías eficaces, me encontré en el corazón del reactor: en aquella época, no había nada mejor que conseguir un trabajo en un banco en Nueva York. Mi padre tuvo la política en América del Sur; lo mío serán las finanzas en Estados Unidos. ¿Acaso era la misma terapia para un mismo malestar? Huir de la familia y buscar en otro lugar aquello que la madre patria no puede ofrecer: oportunidades y adrenalina. Con aquella misma mirada curiosa de Cándido sobre el mundo, aquel mismo interés por lo que es complejo y arduo. El proceso era idéntico, pero el método, opuesto. ¿Se trataba de «una infiel fidelidad»?

Estados Unidos me satisfacía. Ya no estaba obligada a elegir entre Europa o América Latina, entre Francia o España. En Miami me sentía como si estuviera en una América Latina funcional. En Nueva York, trabajaba en los mercados bursátiles latinoamericanos. Hice amistad con venezolanos, franceses y españoles. Podía adoptar un modo de vida francés por la mañana, español a mediodía y latino por la noche. Todo y todos estaban al alcance de la mano. Y el entusiasmo era permanente.

En Nueva York tenía la sensación de vivir en una película: las calles llenas de gente, las sirenas que no dejan de sonar y esos taxis amarillos que se pillan al vuelo. Me gustó aquel ardor y aquella eficacia, sin cursilerías ni sentimientos. También el respeto hacia los demás, sin juicios de valor. No tuve tiempo de deprimirme, ni de cuestionarme. Había que llegar al alba al banco, en aquel mundo embriagador y aséptico en el que me invadía un sentimiento de poder un poco absurdo.

Aquella euforia también se debía a las posibilidades infinitas que ofrecía aquel país multicultural, integrador y flexible a cualquier individuo motivado.

Lo que me definía era mi trabajo o mis ambiciones, y no tanto mi apellido o mis estudios. Y ya no tenía miedo de fracasar o de decepcionar: había dejado a mis espaldas la mirada inquisidora de mis padres. Se acabaron las angustias paralizantes. En Estados Unidos, los errores forman parte del proceso de aprendizaje. No existe una vida de éxito sin altibajos: hay que caer para volver a levantarse, empezar de nuevo y llegar a lo más alto. Ver a lo grande y lanzarse. Las personas se mostraban accesibles y abiertas: todos disponíamos de esos cinco minutos de oportunidad para convencer y hacernos un hueco. La juventud era nuestra baza, la energía nuestra fuerza, no importaba si cometíamos faltas en inglés. La confianza que depositaban en nosotros nos obligaba a dar lo mejor de nosotros mismos. El mito se hacía realidad.

A esa edad mis padres hacían la revolución. A mí me gustaba la implacabilidad de las cifras, el anonimato de una sala de mercado, la dureza de las relaciones profesionales. Mi selva personal era más lujosa que la suya, pero era igual de exigente e intransigente: faltaban las armas, pero reinaba la avidez. Tomar el mundo tal como es y sacar provecho de él. Todo era explícito, franco, directo: sin rodeos, sin disquisiciones académicas en tres partes, sin escrúpulos. Por supuesto, eso resulta menos glorioso que salvar a los pueblos de la injusticia y la desigualdad. Me parecía patético el desdén de la izquierda biempensante hacia el dinero e inquietante su desprecio por los desafíos económicos. Mi padre no entendía por qué prefería ir a Davos que a una de sus reuniones de mediología. Unos hacen el mundo e intentan preverlo; otros lo analizan *a posteriori*. Yo prefería estar del lado de la acción. Así que apechugaba con hojas de Excel y planes de negocio, y gozaba de pequeños placeres glamourosos con mis amigos, orgullosos de gastarnos nuestros sueldos en viajes y salidas. Tuvo que suceder el 11 de Septiembre para que despertáramos.

Me encantó esa vida en la que se pasa del vestido de lentejuelas al *jogging*, del gimnasio al despacho y luego al bar, en la que se cena a las siete de la tarde en el restaurante porque las mujeres no se realizan con su cocina sino con su carrera. No se empeñan en ser totales, solamente eficaces. Mis padres, que siempre me dieron la libertad «de estar emparentada» con otros, fueron suplantados por un banquero tan enérgico como simpático, encarnación del *selfmade-man*, y su esposa, distinguida y refinada, de origen franco-venezolano, directora del Ballet de Nueva York. John Heimann y María Cristina Anzola combinaban encanto y generosidad y me transmitieron alegría y apoyo. En aquel torbellino, tenía un epicentro al que acudir para

reponer fuerzas, una amistad sólida y sincera en la que apoyarme. Era imposible soñar con unos padres adoptivos mejores. Después vino la conmoción de las Torres Gemelas y la no renovación de mi visado, lo que me recordó que solo era una invitada temporal. ¿Hice todo cuanto estuvo en mi mano para quedarme? A veces lo dudo, frustrada por la corta duración de aquel capítulo de mi vida, tan formativo y liberador. Dos años que volaron de un plumazo.



## VI. Un padre, un marido y un rey

Tras un corto periodo en la Escuela de Estudios Superiores de Comercio, HEC, y luego en el corazón de las finanzas, vacilé. «En tu padre y en tu madre tienes dos ejemplos evidentes que no hay que imitar. Te bastará con hacer lo que no han hecho y todo irá de maravilla», aconseja Fitzgerald a su hija. Yo no estoy tan segura. Lo intenté... y el resultado no fue concluyente, a pesar de que todo parecía perfecto: un trabajo bien remunerado, salidas, viajes, vestidos bonitos y un matrimonio (bien) con un hombre fiable que gozaba de la enorme ventaja de tener hermanos solidarios y generosos —entre los cuatro encarnaban al hombre ideal—. Me ofrecían lo que me había faltado: un lugar y una estabilidad afectiva. Mi padre se adaptó a aquel yerno científico y atlantista: se tragó su antiamericanismo, aliviado al ver colocada a una hija tan molesta e impertinente. Pero un día me desperté.

Un accidente de coche me obligó a largos meses de sufrimiento e inmovilidad. De inmediato fui sustituida en el despacho: así que no era en absoluto indispensable. Me asaltó la sensación de ser una superviviente vulnerable. El destino me ofrecía una segunda oportunidad, algunos años más que no debía desperdiciar. Llegaron los niños y me recondujeron a lo esencial, desviando mi atención de mi apariencia y de la superficialidad. La lucha por la vida de mi cuñado, David Servan-Schreiber, y su bondad luminosa me incitaban a buscar un sentido allí donde yo solo veía inseguridad e inestabilidad. Abandoné mi vida planificada, común y corriente, con el apoyo de un marido movido por la innovación y la inteligencia más que por el dinero, y cuya seguridad tranquila acabó por contagiarme. Vivir con coherencia se convirtió en mi meta.

Provengo de una familia bastante ingenua para valorar la investigación y la escritura. Así que me puse a hacer lo mismo que ellos; por fin me permití escribir. No tenían el monopolio del libro. Mi madre se mostró escéptica, pero me ayudó; mi padre, por su parte, no estaba dispuesto a ver decaer la marca en subproductos. Sigue apegado al principio del monopolio: sin duda un remanente de su pasado comunista. Volví a mis primeros intereses —España y su Rey— del mismo modo que se bebe en la fuente original. Para marcar mi territorio, mi ámbito. El análisis, la investigación y la escritura fueron una

ascesis y una vuelta a las fuentes. Me sentí orgullosa del trabajo realizado y aún más de que despertara interés. Tuve la cándida impresión de reparar el desconocimiento de los franceses sobre la historia contemporánea española; y también de repararme.

Ya no se me podía encasillar. ¿Acaso la pertenencia que siempre había buscado había acabado por asustarme? ¿Soy una madre dedicada a las labores del hogar porque voy a buscar a mis hijos al colegio? ¿Una periodista porque he escrito una decena de artículos, una historiadora aunque no enseñe, una escritora por haber publicado dos libros? No he querido adoptar el apellido de mi marido por feminismo, pero sobre todo por miedo a que me roben mi identidad, ya frágil por haber vivido en varios mundos y tejido lazos entre universos no siempre reconciliables. A la temible pregunta de: ¿a qué se dedica?, ¿tengo que responder: a ser fan del Rey de España?

Siempre me he recluso en un segundo plano, cómodo a la postre. ¿O tal vez se trata del lugar que mis padres me han proporcionado y con el que yo me he conformado? Esta vez me toca a mí hacerle las preguntas al Rey, delante de la cámara, para un documental de France 3. Salir de mi zona de confort y quizá quemarme las alas. No conformarme con ser una comentarista pasiva y admirativa, y convertirme en una interlocutora, para hablar de su vida, para comprender su motivación y medir su calado. Será mi encuentro con la historia. ¿Estaría a la altura de mis expectativas? ¿Iba, por fin, a enterrar mis ilusiones de niña?

No voy en busca de hombres providenciales. Al final te decepcionan. Mi padre salió quemado de sus relaciones apasionadas con el Che, Fidel, Mitterrand. No he necesitado un gurú, mi cuñado ocupó de forma admirable este cargo: tomo religiosamente mis cápsulas de omega 3 todas las mañanas, tan atenta al contenido de mi plato como a mi coherencia cardiaca. Mis padres abrazaron grandes ideales políticos para intentar orientar en el buen sentido el curso de la historia; yo he preferido velar por mi salud y el bienestar de mis hijos: una elección más egoísta, menos grandiosa, que sin duda no impedirá que mi prole vaya a quejarse al psicólogo y que yo, probablemente, sufra un cáncer, como le sucede a una persona de cada cuatro.

Me sentí desconcertada. Tras años de investigación, mi trabajo de historiadora se tambaleó. Finalmente, la verdad reside tanto en el fondo de los ojos como en los archivos: sin un encuentro íntimo con el sujeto de estudio, no hay más que vanas conjeturas. Me había imaginado un rey maquiavélico y ambicioso y tenía frente a mí a un hombre discreto y espontáneo. ¿Es la humildad un indicio de grandeza? Juan Carlos siempre se mostrará modesto —solo cumplió con su deber, dice—, dejando que a veces aflore su emoción. Yo pensaba que los hombres de esa talla estaban protegidos de cualquier emoción. Incluso dudó abiertamente de sí mismo. ¿Acaso un soberano no debería ser arrogante y estar seguro de sí mismo como la mayoría de los hombres de poder? No me lo podía creer... ¿Me estaba manipulando? Y cuando se mostró acomplejado por no poseer un título universitario, al contrario que su hijo, que posee un máster de una prestigiosa universidad

estadounidense, me derrumbé. ¿Acaso no podía esforzarse y representar el papel de rey para coincidir con una estampa de Épinail? Estuve a punto de señalarle que Felipe tampoco había entrado en la Escuela Normal Superior, pero es tal la admiración que siente por su hijo que no me aventuré a bromear sobre el tema.

Juan Carlos ha sido el «esclavo voluntario» de su país y de la Corona, en detrimento de sus deseos. No se ha servido de la nación para sus ambiciones personales; se ha puesto al servicio de la nación. Cuando el Rey se refiere a España, alza los ojos al cielo como si invocara a un dios todopoderoso. No conozco a nadie que mantenga este tipo de relación con Francia. De Gaulle sin duda. ¿Y desde entonces? El sentido de Estado no está de moda. No por ello el Rey es víctima del circo que le rodea: ha vivido demasiado para creer en la comedia del poder.

La corona se transmite de padre a hijo, con un lote de valores y privilegios asociados a ella. «Somos los eslabones de una cadena», me explicó con humildad Felipe. Un rey encabeza una institución que le sobrevivirá: está al servicio de una trascendencia. Legar esa carga sagrada a su heredero constituye un objetivo y un orgullo. Del mismo modo el hecho de que el heredero esté a la altura de la misión: la formación es la clave. ¿Cómo se aprende a ser rey, un empleo para toda la vida, sin periodo de prueba, difícilmente recusable y que solo tiene en cuenta el mérito del ADN? No existe una ENA de la realeza, como mucho, algunos preceptores. «Con el ejemplo de tus padres», prosigue Felipe. ¿La ejemplaridad es el fundamento de una educación conseguida? Felipe omite hablar de la atención y el amor parentales, pero cuando lo vi con su padre, rápidamente comprendí que no le han faltado.

Cuando tantos otros luchan por mantenerse en primera línea, Juan Carlos ha dado un paso al lado. Ha elegido la hora de su marcha. Este gran gesto de generosidad me impresiona. Estoy más acostumbrada a la lucha de egos que a la majestad de la retirada. Aceptar vivir voluntariamente en la sombra para que su descendencia acapare toda la luz. En Francia, los exsesentayochistas se aferran a su puesto de mandarines, disimulan su pelo blanco y se creen todavía flamantes seductores y unos pensadores influyentes que no desisten de tener razón. «El juvenilismo es la enfermedad senil del izquierdismo», señala Jean-Christophe Buisson. Sobre todo conservar el poder y no dejar sitio a los jóvenes: han vendido al mundo su solidaridad, pero actúan como grandes egoístas. Han disfrutado del pleno empleo, nunca han conocido la angustia de la precariedad y dispondrán de las últimas pensiones honrosas. A

fuerza de haber tenido ideales, dejan a sus hijos el calentamiento climático, una deuda pública elevada, pensiones que no están financiadas, el paro masivo, un sistema educativo poco eficaz. Sin remordimientos ni cuestionamiento. Mientras que Juan Carlos declara el día de su abdicación, el 2 de junio de 2014: «Dejo [el trono] a una generación más joven, con nuevas energías, decidida a emprender con determinación las transformaciones y las reformas que la coyuntura actual exige, para hacer frente [...] a los desafíos del mañana», me asombra tanta abnegación.

Gracias a su instinto político legendario, ha comprendido que no podía ser el rey que necesita la España del siglo XXI. Para que los españoles se reconcilien con la monarquía, Felipe reinará a partir de ese momento bajo la mirada de su padre, que se retira con discreción. ¿Su motivación común? Una ética del deber y un sentido de la trascendencia. ¿Acaso es necesario ser un «iluminado» para ser ejemplar? ¿Un político podría mostrarse tan entregado a su país, sin verse obnubilado por los privilegios y gratificaciones? Juan Carlos me dijo una y otra vez: «No me gusta el poder». ¿Es la corona un regalo envenenado? Detrás del glamour, el peso del Estado.

Ocho meses después de su abdicación, temí verlo amargado y sin energía; me encuentro con un hombre alegre y rejuvenecido. Por coquetería, sigue sin llevar gafas. Habría que decirle que no es un deshonor tener aire de intelectual. Ni siquiera intenta construirse una leyenda. Únicamente desea gozar de una libertad bien merecida, aliviado por no tener que cargar con el peso del poder sobre sus hombros. Conozco sus tropiezos y sus deficiencias, pero sigo fascinada por su sinceridad y el desapego que siente por su imagen. No reniega de sus errores; no intenta ser otra cosa que no sea él mismo. ¿Se trata de humildad o de desparpajo? Mi familia política recuerda sus conexiones pasadas y brillantes con el poder, mi padre se dejó secuestrar por su personaje y él me desarma por su desinterés por la gloria. Tiene la conciencia tranquila del hombre de acción que ha actuado y transmitido; las posiciones y los comentarios no le preocupan. Resulta tranquilizador.

De nuevo otro viaje de ida y vuelta a Madrid. Me voy como un niño que come a escondidas un caramelo. A la vuelta, me agobia como siempre esa sensación de que ha sido demasiado corto. Regreso con el corazón lleno de sol y cordialidad. Pronto echo de menos la amabilidad de los taxistas y los camareros, la animación de la calle, incluso de noche, y mi periódico preferido de la mañana.

Me encuentro por casualidad con Juan Chávez, un fotógrafo veterano de *Hola* que ha seguido a Juan Carlos y a la familia real durante casi cuatro décadas. «Forma parte de la familia», declaró el Rey cuando su fotógrafo oficial decidió jubilarse, anticipándose un año a la abdicación del jefe del Estado.

Me entero, estupefacta, de que empezó su carrera viajando a Camiri, en 1967, para fotografiar a un joven intelectual francés encarcelado.

Un «azar objetivo».

El círculo se cierra; mi rompecabezas encaja.

## AGRADECIMIENTOS

Este libro ha sido el fruto de una larga maduración.

Anne Fulda me dio el empujón inicial. Valérie Solvit me dio confianza y me acompañó con generosa benevolencia. Mi marido, Émile Servan-Schreiber, toleró este segundo libro, más acaparador de lo previsto, temiendo el dicho: «No hay dos sin tres». Su apoyo constante fue indispensable. «Mi amigo desde hace treinta años», Emmanuel Vazquez, me animó a ir siempre más allá, al tiempo que velaba para que el resentimiento no se inmiscuyera entre líneas.

Son muchas las personas que aportaron su grano de arena a mi reflexión. Sylvie Angel, Manolo y Cigale d'Arthuys, Pierre Baratçabal, Francis Chouraqui, Isabelle de Courson, Catherine Dolto, Caroline Eliacheff, Christophe Girard, Caroline Mangez, Mazarine Pingeot, François Vitrani, Amandine Loayza-Desfontaines y Pierre Wiaz aceptaron entregarme documentación o contestar a mis preguntas.

Los ánimos puntuales de Marion Khoury, Federica Matta y Flore Olive me permitieron aclarar dudas. Pierre Baratçabal, Marie Filippi y Boris Lyon-Caen fueron lectores atentos. Leah Pizar me ofreció una mesa de despacho cargada de historia donde poder concentrarme. Fueron todas valiosas expresiones de amistad.

Para la relectura de la traducción de este libro en español, aparecieron varias hadas madrinas que me ayudaron: María Guadalupe, Consuelo Sáizar. Y quiero dar las gracias más particularmente a Karine Taylhardat y Elizabeth Burgos por su dedicación meticulosa.





LAURENCE DEBRAY nació en París en 1976 y creció entre Francia y España. De su estancia en Sevilla surgió su interés por la Transición española y la figura del rey Juan Carlos, sobre el que escribió *Juan Carlos de España*. Su segundo libro, *Hija de revolucionarios*, ha recibido en 2018 el Prix du Livre Politique, el Prix des Députés y el Prix Étudiant du Livre Politique-France Culture.

# Notas

[1] En la rue Ulm, en París, se encuentra la Escuela Normal Superior. (*N. de la T.*). <<

[2] Rassemblement du Peuple Français, partido político fundado por De Gaulle el 14 de abril de 1947. (*N. de la T.*). <<

[3] Antigua librería fundada en París, en 1956, por François Maspero que cerró en 1976. (*N. de la T*). <<

[4] VRP: Voyageur Représentant Placier, en castellano representante comercial. (*N. de la T.*). <<

[5] Palabra procedente de *barbu* («barbudo»), que designaba a los miembros de un grupo no oficial creado para luchar contra la organización clandestina de extrema derecha OAS, a principios de los años sesenta, durante la Guerra de Argelia. (*N. de la T.*). <<

[6] Hace referencia al protagonista del cuento filosófico de Voltaire *El ingenuo*, publicado en 1767. (N. de la T.). <<



[7] Célebre frase de uno de los personajes de Molière. (*N. de la T.*). <<

[8] SFIO: Sección Francesa de la Internacional Obrera. (*N. de la T.*). <<

[9] PCF: Partido Comunista Francés. (*N. de la T.*). <<

[10] PSU: Partido Socialista Unificado. (*N. de la T.*). <<

[11] En francés, burgués bohemio, en su clasificación sociológica informal. (*N. de la T.*). <<

[12] Autoservicio de bicicletas parisino. (*N. de la T.*). <<

[13] GLAM. Unidad del ejército del aire francés creada para proteger los viajes de políticos y militares de la República. (*N. de la T.*). <<

[14] Una especie de croquetas de pescado, plato típico de Lyon. (*N. de la T.*).  
<<



[15] SDF: Sans Domicile Fixe (Sin Domicilio Fijo). (*N. de la T.*). <<

[16] Kiki es un osito de peluche muy popular en los años ochenta. (*N. de la T.*).

<<

[17] Emblemática pastelería parisina. (*N. de la T.*). <<

[18] Galleta tradicional belga. (*N. de la T.*). <<

[19] La traducción literal en español es «maestro de peticiones». Designa a los miembros del Consejo de Estado cuyo grado se sitúa entre el de auditor de primera clase y el de consejero de Estado. (*N de la T.*). <<

[20] Lucie Aubrac fue líder de la Resistencia y participó en diversas operaciones de rescate durante la Segunda Guerra Mundial. En la posguerra fue militante pacifista. (*N de la T.*). <<

[21] Sastrería parisina reputada por vestir a la élite. (*N de la T.*). <<

[22] Nombre de unos almacenes parisinos. (*N. de la T.*). <<



[23] Proyecto de ley para la reforma de las universidades francesas. (*N. de la T.*). <<

[24] Jules Ferry, ministro de Instrucción Pública (1879-1881 y 1882) y presidente del Consejo de Ministros (1880-1881 y 1883-1885), estableció un sistema de enseñanza pública laica, obligatoria y gratuita. (*N. de la T.*). <<

[25] En Francia las clases preparatorias son un curso de dos años, después del bachillerato, que prepara para el ingreso en las grandes escuelas universitarias. (*N. de la T.*). <<

[26] Teléfono móvil que se utilizó en Francia entre 1991 y 1997 en entornos urbanos. (*N. de la T.*). <<

[27] Sillón diseñado por Charles y Ray Eames en 1956, un clásico de la historia del mobiliario moderno. (*N. de la T.*). <<

[28] Tienda de productos gourmet inaugurada en 1854 en París. (*N. de la T.*).

<<